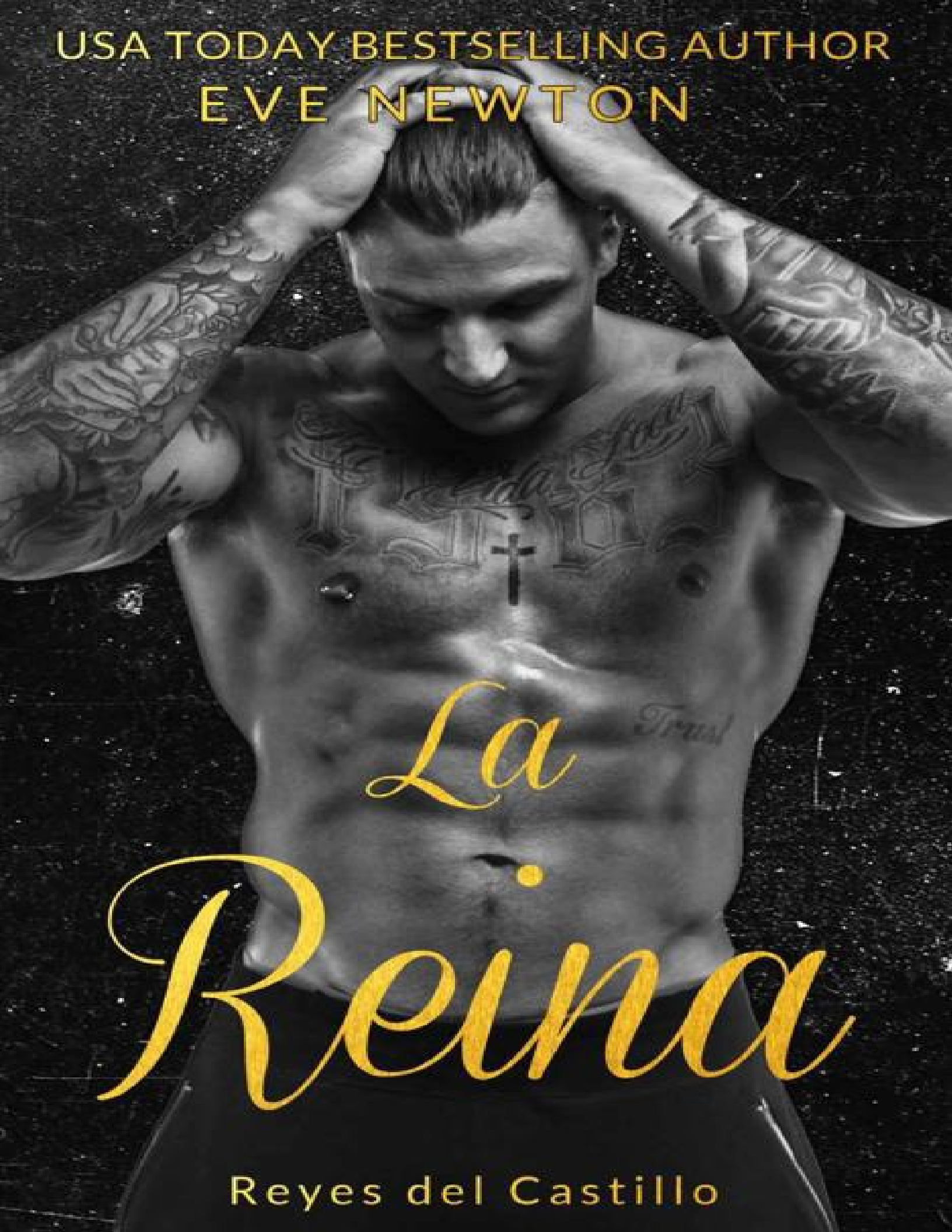
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

EVE NEWTON



La Reina

Reyes del Castillo

LA REINA

A DARK REVERSE HAREM ACADEMY

REYES DEL CASTILLO

LIBRO DOS

EVE NEWTON

Copyright © 2024 Eve Newton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

Prefacio

1. Eliza
2. Eliza
3. Eliza
4. Eliza
5. Raphael
6. Eliza
7. Eliza
8. Tarquin
9. Eliza
10. Eliza
11. Eliza
12. Eliza
13. Eliza
14. Raphael
15. James
16. Oliver
17. Raphael
18. Eliza
19. Raphael
20. Tarquin
21. Eliza
22. Eliza
23. James
24. Eliza
25. Oliver
26. Eliza
27. James
28. Eliza
29. Eliza
30. Eliza

También De Eve Newton

PREFACIO

Nota de la autora

Esta es una novela contemporánea de romance oscuro con harem inverso para jóvenes adultos. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Los Reyes del Castillo son esencialmente villanos. Si buscas una lectura suave y reconfortante, no la encontrarás en estas páginas.

Los Reyes contiene contenido adulto y gráfico, y se recomienda discreción al lector.

Puedes encontrar una lista completa de advertencias de contenido para este libro/serie exclusivamente en mi sitio web: o escanea el código QR a continuación

Únete a mi grupo de Facebook para actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas:



Eve Newton

CAPÍTULO I

ELIZA

La sangre retumba en mis oídos, un rugido ensordecedor mientras apunto con mi arma a la hermana gemela de mi madre muerta, Lila Foster. Está ahí parada, tan tranquila como si nada, como si no hubiera causado una destrucción inconmensurable en una universidad donde la próxima generación de la mafia aprende a jugar el juego mientras mantiene una apariencia externa de un exclusivo entorno universitario privado.

Me sonríe con suficiencia desde el otro lado de los pocos metros que nos separan en el patio, rodeadas de caos.

—Nunca pensé que serías el cerebro detrás de este desastre —le espeto.

La tía Lila inclina la cabeza, su sonrisa familiar curvando sus labios en un gesto condescendiente. —Oh, Eliza. Si tan solo supieras la mitad.

—¿La mitad de qué? —La rabia arde en mi pecho, caliente y viciosa. Pensé que conocía al jugador en este retorcido juego, el maldito Felix, mi medio hermano, pero aquí está la imagen especular de mi madre muerta, burlándose de mí con su existencia. Después de que ella murió, no podía mirar a Lila sin estallar en lágrimas y salir corriendo. Era demasiado doloroso. Pensé que Lila lo entendía y se mantenía distante por mi bien, enviando una tarjeta por correo en mi cumpleaños y en Navidad, pero ahora me pregunto qué demonios estaba haciendo. Claramente se alejó porque me odia—. ¿De verdad me odias tanto? —grazno, luchando contra las lágrimas de una traición que corta bastante profundo a pesar de la distancia entre nosotras.

—¿Odiarte? —dice con una risa sarcástica que me pone los dientes de punta—. ¿De verdad creíste que esto se trata de ti?

—Que te jodan —escupo, apretando mi agarre en el arma. Se siente como una extensión de mi voluntad, fría y mortal—. ¿Quieres a mi padre, así que vienes a por mí?

—No solo él —escupe con furia, gesticulando salvajemente—. Todos ellos.

—¿Todos ellos?

Doy un paso adelante, la determinación reemplaza el shock que momentáneamente me había paralizado. No dejaré que esta mujer, sangre o no, destroce el reino de Castle. *Mi* reino. No mientras aún pueda apretar un gatillo.

—Se acabó, tía Lila. Esto termina ahora.

Estoy a un suspiro de apretar el gatillo, de poner fin a esta pesadilla que ha orquestado, cuando alguien choca contra mí por detrás, y antes de que pueda reaccionar, el suelo se precipita hacia mí, el impacto arrancándome un gruñido de los labios cuando golpeo el suelo de concreto, inmovilizada y luchando por respirar.

—¡Hijo de puta! Quítate de encima, maldito cabrón —rujo, lanzando mi codo hacia atrás y conectando con un crujido satisfactorio.

Mi entrenamiento, listo para entrar en acción, surge por mis venas como adrenalina. Ruedo cuando el peso de mi atacante se aleja, y estoy de pie en un instante. Él se está sujetando la nariz, su mirada furiosa.

—Vamos, pues —gruño, con los músculos tensos, lista.

El agresor carga, una promesa silenciosa de violencia. Pero soy una Hughes. Estoy hecha de material brutal, forjada en fuego y sangre, y todo eso. Me hago a un lado, pivoto, y mi brazo se engancha alrededor de un cuello, arrastrándolo conmigo. Somos un enredo de extremidades y gruñidos, su fuerza contra la mía, pero he estado luchando contra chicos grandes desde que podía caminar.

Su respuesta es un intento desesperado por dominarme. Pero no es suficiente, no contra mí. Me retuerzo, con la ventaja de mi lado, y termina inmovilizado debajo de mí, jadeando por aire mientras presiono mi ventaja.

—Basta de juegos —murmuro, es hora de acabar con esto. Sacando a Flick de la funda de mi cinturón, le corto la garganta con la hoja y me aparto de él en mi siguiente respiración, buscando el arma que me quitó de un golpe y a la tía Lila.

Se ha ido, desvanecida en el caos del que se escabulló. Maldigo, mi voz un silbido ácido que corta a través del pandemónium que ahora cubre la Universidad Castle.

—Mierda —escupo. La revelación de que Lila, mi propia sangre, podría ingeniar tal destrucción, se retuerce en mis entrañas, una aguda traición que se niega a asentarse. Estoy tambaleándome, pero no hay tiempo para el shock. No hay tiempo para la náusea en mi estómago ante la idea de la familia librando una guerra contra la familia.

Agarrándome el costado, que aún no se ha curado correctamente después de la competencia de combate, me inclino, y mis dedos se aprietan alrededor del arma que había dejado caer para lidiar con el imbécil a mis pies, su peso un frío recordatorio de lo que está en juego. Cada instinto se afina en la caza, la necesidad de poner fin a esta locura. Aprieto la mandíbula con fuerza, provocándome un dolor de cabeza.

—Zorra escurridiza —murmuro, la furia hirviendo en mi sangre mientras mi mente corre para armar su próximo movimiento. El aire aún está cargado con los restos de su batalla contra nosotros, y mi pulso martillea contra mis sienes, marcando el tiempo con el furioso latido de mi corazón. Esto está lejos de terminar. Lo sé en mis huesos: la cruda realización de que esto es solo el comienzo se hunde, y me hace preguntarme si Felix es parte de su organización de venganza o si es solo otro jugador que necesita ser derribado.

De cualquier manera, el juego ha cambiado, y la tía Lila ha hecho su jugada. Pero no parece haberse dado cuenta de que ya no soy esa niña triste. Soy la Reina de este maldito tablero que intentó destruir, y acaba de cometer un movimiento gravemente erróneo contra mí.

Bajando el arma mientras Oliver tropieza hacia mí, golpeado y sangrando, lo miro fijamente y luego de vuelta al hombre a unos metros de distancia.

—Mierda —murmuro. Su pecho sube y baja con respiraciones laboriosas, y por un momento, el mundo gira, y pierdo mi equilibrio seguro, pero Oliver está ahí para sostenerme. Mis ojos arden, la visión se nubla mientras las lágrimas de frustración y rabia se acumulan. Las parpadeo, negándome a dejarlas caer—. ¿Estás bien? —le pregunto a Oliver, aunque sé que está lejos de estarlo.

—He tenido días mejores —gruñe. Hay sangre, su camisa está rasgada, y siento que algo primario se enciende dentro de mí. ¿Protección? ¿Rabia? ¿Ambas?

—Mierda. —La palabra es una bala, disparada con todo el veneno que puedo reunir. Lila se ha ido, desvanecida como el humo, y es un golpe al estómago. Estoy jodidamente furiosa, y

siento como si estuviera ardiendo por dentro.

—Eliza —empieza Ollie, pero lo interrumpo con un gesto brusco mientras me dejo caer de rodillas junto a mi Rey caído.

—No. Simplemente... no.

CAPÍTULO 2

ELIZA

El cuerpo de Tarquin yace desplomado en el suelo, su pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales. Gime —un sonido crudo y gutural— y sus párpados se abren temblorosos, revelando ojos nublados por el dolor.

—Tarquin —susurro. Mis dedos tiemblan mientras trazo los contornos de su rostro maltratado, manchado de sangre y tierra. Su piel está caliente al tacto, un recordatorio de la violencia que acaba de desplegarse.

—Eliza... —Sus labios se abren para pronunciar mi nombre, pero se interrumpe con un siseo de dolor cuando intenta moverse, incorporarse. Las heridas en su cuerpo protestan, y él se estremece, apretando la mandíbula.

—No te muevas —ordeno, con un tono cargado de autoridad que no logra ocultar del todo el temblor de miedo que lo subyace—. Estás herido.

Las lágrimas nublan mi visión. Verlo así —vulnerable, roto— enciende un incendio de emociones. El alivio de que esté vivo lucha contra el terror de lo cerca que estuve de perderlo.

—Estoy bien —gruñe y se sienta, haciéndose el macho y toda esa mierda.

Riéndome de su despliegue de masculinidad cruda, lo agarro, apretándolo contra mí, sus gruñidos ahogados de dolor mientras lo aprieto demasiado fuerte no son un impedimento.

Oliver se arrodilla junto a nosotros, pero apenas levanto la vista del rostro maltratado de Tarquin. Su mano se posa suavemente en el hombro de Tarquin.

—Joder, tío —exhala Oliver, el alivio brotando de él como una presa reventada. Su sonrisa es temblorosa, pero está ahí, tratando de ser fuerte por todos nosotros—. Creí que la habías palmado.

—Vete a la mierda —los ojos de Tarquin brillan con algo que podría ser humor o tal vez solo dolor—. Ni de coña.

No puedo evitar la pequeña risa que se me escapa; incluso entre los escombros de nuestro mundo, la presencia de Oliver es el alivio cómico que necesitamos.

Me inclino hacia Tarquin, cerrando la corta distancia entre nosotros, y presiono mis labios contra los suyos en un beso desesperado. Es desordenado e imperfecto, pero es vida, es mío, es nuestro.

—Eliza —murmura Tarquin contra mi boca, el sonido quebrado pero tan jodidamente dulce.

—Cállate —susurro en respuesta, mis manos enmarcando su rostro, sosteniéndolo contra mí con fuerza.

Me devuelve el beso con fiereza, y puedo saborear la sangre y la arena, los restos de nuestra batalla. Sus manos encuentran mi cintura, débiles pero insistentes, y algo se tensa en mi pecho. Esto es lo que se siente el amor, pienso: dolor y miedo a perderlos enredados con un deseo tan

poderoso que podría hacerme caer de rodillas.

—No vuelvas a hacer eso nunca, joder —murmuro entre besos.

Él gruñe. —Lo intentaré, joder. Es lo mejor que puedo hacer.

—Suficiente por ahora.

Sus ojos azules se clavan en los míos en una promesa, una que no necesita palabras.

Nuestro momento se hace añicos cuando unas pesadas botas crujen sobre los escombros y dos sombras familiares se ciernen sobre nosotros. Los ojos de Raphael están duros, y su mandíbula está tensa en una línea que significa negocios. James está de pie junto a él, sosteniendo una pistola con soltura, ambas miradas exigiendo respuestas entre los escombros.

—¿Estás bien, gilipollas? —le pregunta a Tarquin.

Tarquin suelta una risa entrecortada. —De puta madre, gracias por preguntar, capullo.

—¿Alguna idea? ¿Fue Felix? —pregunta Raph.

Me pongo de pie, mis piernas inestables pero mi voz sólida como el acero. —Fue Lila —escupo, el veneno cubriendo mi lengua. El nombre se siente como una traición, amargo y vil.

—¿Lila? ¿Quién coño es esa? —pregunta Oliver, también levantándose y luego ayudando a Tarquin a ponerse de pie.

—Mi puta tía. La hermana de mi madre. —La furia se enciende de nuevo como una hoguera en la noche de Guy Fawkes.

—¿Tu tía? —James frunce el ceño—. Eso es... inesperado.

—¿Tú crees? —lo fulmino con la mirada.

—Solo digo lo obvio —murmura.

—Joder —maldice Raphael, los músculos tensos de rabia apenas contenida—. ¿Sabes por qué?

—No realmente. Dijo que no iba solo tras mi padre, sino tras todos. No sé por qué ni a quién se refiere exactamente, pero supongo que fue tras lo único que iniciará una guerra entre bandas.

—Los hijos de los jefes. —Tarquin me lanza una mirada que grita rabia y frustración que coincide con la mía.

—Sí.

—¿Estás segura de que es solo venganza? —pregunta Oliver—. ¿Por qué?

—¿Algo relacionado con tu madre? —pregunta Raphael sin rodeos.

Me encojo de hombros, sin querer realmente remover todo esto. —No lo sé. Ella murió cuando la atropelló un conductor borracho...

Parpadeo.

Los chicos se quedan callados, pero intercambian miradas que hablan por sí solas.

—No creerás... —trago con dificultad el horror que está a punto de revelarme esta revelación.

—Un golpe —murmura Raph.

—Joder, Raph —murmura Tarq—. No seas gilipollas ahora.

—No —digo, levantando la mano—. Quiero decir, no. Quiero decir... joder. Tenía seis años.

—Y creíste lo que tu padre te dijo. Por supuesto que sí —dice Oliver, tomando mi mano suavemente—. Pero no pinta bien, Eliza.

—No, tienes razón. Tienes razón. Debería hablar con mi padre y ver qué tiene que decir, ¿no? Sí. Hablar con mi padre.

—Joder —susurra James y me aparta de Oliver, envolviéndome con sus brazos.

El silencio es pesado, lleno del peso de las batallas que hemos librado y las que se avecinan en el horizonte. Pero esto no es solo negocio; esto es personal, y acaba de volverse mucho más oscuro que solo una jugada de poder.

Cuantos más segundos pasan mientras me aferro a James como si fuera lo único que me impide derrumbarme, más sentido tiene todo. Mi madre fue eliminada en un golpe de la banda, y papá no quería que lo supiera. Obviamente, a los seis años, puedo entender por qué mintió, pero ¿ahora? ¿Por qué nunca me lo dijo?

—Esto es una mierda —suelto de repente, apartándome de James—. No cambia una puta mierda. Lila hizo esto, no solo a mí y a vosotros, sino a cada estudiante y miembro del personal aquí. No va a salirse con la suya.

—De acuerdo —afirma Raph mientras los otros chicos asienten.

Puede que la tía Lila haya iniciado este fuego, pero nosotros somos la tormenta que viene a apagar sus llamas y ahogarla en su propia venganza.

CAPÍTULO 3

ELIZA

El silencio nos envuelve, pero no es pacífico; es la quietud de un cementerio, mientras permanecemos aquí, un círculo de cuerpos rotos y cristales destrozados. Escaneo los escombros, con el corazón hecho pedazos, pero lo hago a un lado en un movimiento tan familiar como respirar.

—Ha hecho su movimiento. Ahora es nuestro turno —dice Oliver, con la mandíbula apretada en una línea dura.

—Limpiemos este desastre primero —murmuro, pasando por encima de los escombros, sintiendo el poder y el propósito que conlleva ser la Reina de la universidad—. Y luego, nos reagrupamos. Tenemos que asegurarnos de que este lugar sea seguro para los estudiantes. Esta mierda no puede volver a pasar *nunca*. Aseguremos nuestro imperio. Por nosotros, por los que hemos perdido hoy y por el futuro que vamos a recuperar a toda costa.

Los chicos asienten y nos ponemos manos a la obra, incluso Tarquin, limpiando los escombros con una determinación obstinada que podría mover montañas, o al menos los montones de escombros que nos rodean. James y Raphael desaparecen en los restos del edificio para buscar rezagados que puedan estar atrapados o escondidos, mientras Oliver comienza a coordinarse con los guardias de seguridad supervivientes para establecer un perímetro.

Enderezo la columna, sintiendo que la líder dentro de mí se levanta para tomar el control. Mi padre me enseñó que en tiempos de caos, hay que tomar el control. —Quiero un recuento: cada estudiante, cada miembro del personal. Si alguien falta, quiero que lo encuentren —le digo a Ollie y al personal de seguridad que se coordina junto a nosotros.

Oliver asiente. Su eficiencia es solo una de las razones por las que es indispensable en mi vida.

—Eliza —dice Tarquin, su voz ronca por el dolor y la emoción mientras se acerca a mi lado, rozando nuestros brazos—. ¿Estás bien?

Lo miro, realmente lo miro; su cara está manchada de sangre, su frente arrugada de dolor, pero esos ojos están claros, con determinación. —Estoy bien. Me preocupas más tú.

Su mano encuentra la mía y la aprieta con fuerza por un momento antes de que me aparte al ver una figura que se acerca: es uno de nuestros hombres. Es joven, de primer año, tal vez de segundo como mucho. Un grupo de estudiantes desaliñados lo sigue, formando un grupo de cerca de cien personas.

Se detiene frente a mí. —Eliza. Soy Robert Gannon, de primer año, y estos son algunos de mis compañeros de clase.

—¿Cómo estás, Robert? —pregunto, examinando su rostro pálido. Su determinación es sorprendente, rayando en lo impresionante para un chico de diecinueve años que acaba de estar

bajo asedio.

—Bien, gracias —dice con una sonrisa—. ¿Y tú?

—He estado mejor —digo, tratando de no reírme ante lo absurdo de estas cortesías.

—Sin duda —asiente—. En fin, todos estamos aquí para jurar lealtad a ti como Reina del Castillo. Lo que necesites, házmelo saber. Puedes contar con nosotros.

Las compuertas emocionales han sido severamente alteradas hoy, y siento que me emociono de nuevo con la sinceridad de este chico. —Gracias, tío —digo, dándole un puñetazo en el hombro para que no vea mi debilidad—. Lo aprecio.

Él asiente. —¿Dónde nos quieres?

—Algunos pueden ayudar a limpiar y con el recuento. Necesitamos saber quién sigue con nosotros.

Intercambiamos una mirada de dolor, pero dura solo un segundo antes de que él asienta. —Entendido. Jess trabaja en la oficina de asistencia. Puede ayudar con los nombres.

—Genial —digo, dándole una sonrisa a Jess mientras levanta la mano ante mi mirada interrogante sobre la multitud—. Pongámonos a trabajar.

Robert organiza a sus tropas con la eficiencia de un General, y yo respiro hondo.

—Vaya —murmura Tarquin, apoyándose pesadamente en el tronco de un árbol que fue destrozado por una explosión contenida en el suelo—. Eso es grande.

—¿Por qué? —pregunto, volviéndome hacia él.

—Los Gannon son solo una de las familias criminales más grandes de Irlanda y del Norte. Acabas de conseguirte un aliado poderoso, pequeña paloma.

—Bueno saberlo —murmuro, mirando de nuevo a Robert, que me hace un gesto de aprobación con el pulgar.

El poder tiene una forma de acumularse en charcos inesperados, y en este momento, estoy de pie en medio de uno hasta las rodillas.

—Bien, pongamos este espectáculo en marcha —digo, haciendo un gesto a Tarquin para que se siente antes de que se caiga—. No me sirves de nada si te desangras.

Él frunce el ceño pero obedece, hundiéndose contra la corteza astillada con un gemido reprimido.

En ese momento, James regresa, con Raphael detrás junto a Jess, que lleva una lista en la mano.

—¿Todos contabilizados? —pregunto.

—En ello —responde Raph secamente y pasa junto a nosotros con Jess mirándolo con ojos de cordero degollado.

Apretando los labios para no soltar una risa inapropiada ante la completa falta de conciencia de Raph sobre esto, siento una mano cálida en la parte baja de mi espalda; es Oliver, que de alguna manera siempre siente cuándo lo necesito más. —El perímetro está asegurado, por ahora —dice—. Las cámaras de seguridad están fuera de servicio, pero tenemos ojos en cada entrada. Nadie va a entrar sin ser notado.

—Buen trabajo —reconozco, con la voz firme aunque el suelo bajo nosotros se sienta todo menos estable—. Tenemos que movernos rápido. No sabemos cuál será su próximo movimiento.

Siento la tensión de Oliver mientras aprieta su mano en un puño contra mi espalda. —No va a parar hasta que tenga lo que quiere... o esté dos metros bajo tierra.

—Y no podemos bajar la guardia hasta que sea lo segundo —añado en voz baja.

CAPÍTULO 4

ELIZA

Mis puños pican por volar, pero canalizo a mi padre y lo dejo pasar. Que hablen. No saben una mierda de esto.

De alguna manera, la participación de Lila está circulando y, por supuesto, ahora parece que los he jodido a todos porque es familia.

Bueno, que se jodan.

Arrastro un pedazo de escombro a un lado, vertiendo mi ira en la limpieza. Por suerte, los edificios no están tan mal como pensábamos al principio. Están mayormente intactos, salvo por las ventanas que fueron destrozadas. Estos eran explosivos pequeños y contenidos colocados afuera, destinados a asustar y posiblemente matar a cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca. Hemos perdido a un par de personas, y más se han ido a casa, considerando que este ambiente no es lo que firmaron. No los culpo.

Oliver y Raphael me flanquean, su presencia deteniendo la mayoría de los comentarios, estoy segura. La mano de Oliver encuentra la mía, un apretón que me dice más que las palabras. Raphael mira con furia a cualquiera que se acerque, desafiando a alguien a hacer un movimiento.

—Eliza no tiene la culpa de la mierda de su familia —la voz de Robert hace eco desde algún lugar detrás de nosotros, haciéndome girar para verlo enfrentándose a un grupo de estudiantes de segundo año—. Esto es una traición de su sangre. Como si no hubiéramos presenciado eso antes. Maduren de una puta vez y dejen de ser unos llorones al respecto.

Para mi sorpresa, los de segundo año se retiran. Parece que hay que tener en cuenta a Gannon.

—Salgamos de aquí —sugiere Oliver, su mano firme en mi hombro, guiándome lejos de la pelea que está por estallar—. Todos están agotados y las cosas se están saliendo de control. Necesitamos retroceder y hacer un balance.

—De acuerdo —murmura Raph, tomando mi mano y prácticamente arrastrándome—. Vámonos.

El camino de vuelta a la casa adosada es una marcha silenciosa. Los Reyes se mantienen cerca, y su proximidad es un recordatorio constante de la lealtad inquebrantable que compartimos.

—Gracias —murmuro cuando llegamos a la seguridad de nuestro santuario, la puerta cerrándose detrás de nosotros con un golpe definitivo—. Necesitamos limpiar a Tarquin y meterlo en la cama.

—¿Ah, sí? —responde Tarquin ansiosamente con una ceja levantada.

—Ya te gustaría. Estás en las últimas —me río, contenta de estar de vuelta en casa y lejos de las acusaciones. Ojalá hubiéramos podido quedarnos para ayudar un poco más, pero era

demasiado distractor.

Apenas hemos cerrado la puerta cuando hay un golpe, y James la abre de nuevo, ya a la defensiva. Se relaja cuando ve quién es.

—Esperaremos afuera —murmura, haciendo un gesto a los otros chicos para que me dejen sola con mi padre, quien entra en el vestíbulo con los ojos entrecerrados.

—¿Escuché correctamente? ¿Lila?

Cuadro mis hombros, negándome a doblegarme bajo su mirada. —Sí.

—Necesito saber sobre mamá —voy directo al grano; no hay tiempo para bailar alrededor de verdades largamente enterradas—. ¿Fue realmente un conductor ebrio, o acaso ella...?

—¿Ella qué? —Sus ojos son hielo, desafiándome a decirlo.

—Fue eliminada.

Papá vacila, el silencio se extiende entre nosotros como un abismo.

—No fue un accidente, Eliza.

—Joder, papá —la revelación golpea como un puñetazo en el estómago, dejándome aturdida —. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque algunas verdades cortan demasiado profundo —aparta la mirada, las líneas grabadas en su rostro hablan volúmenes de las guerras que ha librado en las sombras.

—¿Quién lo hizo? —insisto, necesitando entender el alcance completo de la traición.

—Nadie lo sabe —responde papá, su mirada oscura—. Nunca se resolvió.

El silencio araña mis entrañas mientras papá permanece allí, el peso de su confesión anclándolo al lugar. Sus ojos, usualmente tan duros e ilegibles, titilan con algo que parece arrepentimiento.

—Debería haberte dicho la verdad cuando creciste, pero la historia ya había sido contada. No quería abrir viejas heridas ni que fueras a buscar la verdad.

—¿La verdad? ¿Por qué no la estás buscando tú? —chillo, perdiendo de repente cada gramo de mi compostura ante esta horrenda revelación.

—¡Cada día! —escupe—. ¡Cada maldito día durante los últimos quince años!

Mi corazón martillea contra mis costillas mientras nos gritamos, pero solo está empeorando las cosas.

Pero no hay tiempo para la autocompasión; necesito respuestas, y las necesito ahora. La pregunta que temo se enrosca en mi garganta como una víbora, lista para atacar.

—Mamá... ¿era parte del negocio familiar? ¿O solo estaba casada con él?

La boca de papá se tensa, su mandíbula apretándose como si las palabras fueran demasiado amargas para dejarlas salir. Aparta la mirada, una señal clara de que está luchando con la verdad y las mentiras protectoras que ha tejido durante tanto tiempo.

El silencio es denso y sofocante. Los labios de papá se presionan en una fina línea, sus ojos nublados con algo oscuro y pesado. Mira hacia otro lado, su mirada posándose en algún lugar por encima de mi hombro.

—Eliza —comienza, con voz áspera como grava—, Diane era más que solo mi esposa.

Me quedo helada, mi corazón martilleando contra mis costillas.

—¿Qué quieres decir? —La pregunta sale más afilada de lo que pretendo, pero ahora mismo, no puedo preocuparme por las sutilezas.

Suspira, un sonido que parece cargar el peso de mil arrepentimientos no expresados.

—Diane no estaba al margen, cariño. Estaba profundamente involucrada, igual que yo.

—Joder —¿Mi madre era realmente de la mafia? Esto remodela cada recuerdo y proyecta largas sombras sobre cada verdad que creía conocer.

Una revelación rompe la quietud de la habitación. Encaja, la pieza faltante se coloca en su lugar con una brutal finalidad.

—Lila va por todas las familias de la mafia. Cree que una de ellas, *nosotros*, es responsable de lo que le pasó a mamá.

Los ojos de mi padre se oscurecen.

—A la mierda con esto. No vale la pena. Ven a casa. Es más seguro.

—No voy a huir —espeto, el acero en mi tono igualando el suyo—. La Universidad Castle es mi territorio ahora. Protejo lo que es mío. No voy a abandonar a los estudiantes y dejarlos ser atacados de nuevo, solo que esta vez peor.

—Terca como tu madre —murmura, pero hay un destello de orgullo en sus ojos. Ajusta los puños de su traje a medida, un símbolo silencioso de la vida que llevamos.

Se acerca, atrayéndome hacia él para un fuerte abrazo y besa la parte superior de mi cabeza antes de soltarme y girarse hacia la puerta.

—Tu madre estaría orgullosa, Lizzie. Igual que yo lo estoy —con esas palabras de despedida, sale a zancadas, dejándome sola con el peso de mi legado y la lucha que se avecina.

CAPÍTULO 5

RAPHAEL

Los gritos desde el interior de la casa atraviesan el aire nocturno, lo suficientemente agudos como para ponerme los nervios de punta. Tarquin, James, Oliver y yo intercambiamos una mirada que no necesita palabras: nuestros ojos lo dicen todo. Eliza está ahí dentro, manteniéndose firme como siempre lo hace. Nosotros estamos afuera, esperando pacientemente a que resuelvan sus problemas familiares.

Los segundos pasan, pesados y cargados. Entonces la puerta se abre de golpe.

Damon sale, todo poder y fría determinación.

Antes de que pueda decir algo, doy un paso al frente, sin inmutarme bajo su mirada. —Eliza nos tiene a nosotros —le digo directamente—. Ella es nuestra Reina, y nosotros somos sus Reyes. Nada ni nadie pasará sobre nosotros.

Sus ojos se entrecierran, buscando en los míos cualquier indicio de duda. Pero no lo encontrará, ni en mí ni en ninguno de nosotros. Estamos unidos a ella por sangre y juramento; sangraremos por ella, lucharemos por ella y moriremos por ella si es necesario.

Tarquin da un paso al frente, su mirada ardiente mientras fija sus ojos en Damon. —Eliza está bajo nuestra protección —su voz retumba, baja y llena de acero—. Nada va a tocarla. —James y Oliver asienten, sus rostros pétreos, todo seriedad.

—Escuchen —sisea Damon, el filo en su voz lo suficientemente afilado como para hacer sangrar—. Si lo arruinan, si algo le pasa a ella... —Deja la amenaza en el aire, pero todos conocemos las consecuencias. A pesar de que él es un Hughes y nuestra sangre está separada por lealtad familiar, su palabra es ley, y su ira es legendaria.

—Entendido —interrumpo, mi tono no deja lugar a discusión. Todos nos mantenemos firmes, con los hombros cuadrados, listos para dar nuestras vidas por Eliza sin pensarlo dos veces—. Ella lo es todo para nosotros.

Damon gruñe, un sonido casi de aprobación, pero no del todo. Nos escanea a cada uno, su mirada intentando atravesar nuestra piel para ver si hay alguna traición oculta. Pero somos sólidos, forjados en amor y peligro, un pacto que solo los de nuestra clase podrían entender.

Mis músculos se tensan, una reacción instintiva a la gravedad en la mirada de advertencia de Damon. Mantengo mis ojos fijos en los suyos, dejándole ver que no solo estoy soltando palabras; cada una de ellas tiene un significado. —La seguridad de Eliza es nuestra prioridad principal. Nuestra *única* prioridad.

Su frío silencio me hace divagar de repente, pero las apuestas son más altas que antes. Primero, ella era una obsesión, algo que tenía que tener sin importar las consecuencias, sin importar el costo. Ahora, ella es el aire que respiro. Sin ella, estoy perdido. Ella alimenta cada parte de mí, la oscuridad, el resquicio de luz, los deseos sexuales, que ella ni siquiera ha

descubierto son mucho más perversos de lo que piensa. Hemos sido suaves con ella. Todos nosotros. Cómo diablos James y Oliver no la han inmovilizado y follado hasta ahora es un testimonio de su fuerte voluntad.

Damon mantiene la mirada de Tarquin por un momento más largo de lo que sé que es cómodo para él. Normalmente es el que divaga y está a punto de colapsar si Damon no habla pronto. Pero él sigue buscando, sondeando cualquier indicio de vacilación. Trabajamos en su tiempo, no en el de nadie más.

Pero no hay absolutamente nada que encontrar.

—Sangraremos por ella si es necesario. —La voz de James no vacila; es un bajo retumbar de trueno que promete una tormenta.

—Joder que sí, lo haremos —añade Oliver, moviéndose al lado de James. La tensión en su postura, enrollada y lista para entrar en acción, habla por sí sola—. Eliza es nuestra Reina, sellada con un juramento de sangre.

Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros, una promesa que no necesita adornos. Conozco cada uno de sus gestos, el compromiso en sus voces. Eliza es el alma que nos une.

Un músculo se contrae en la mandíbula de Damon, su escrutinio persistiendo antes de dar un solo asentimiento. No hay calidez en él, solo el frío cálculo del poder reconociendo el poder; por mínimo que sea el nuestro comparado con el suyo, él sabe quiénes somos.

—Los haré responsables de eso, y si algo le pasa a ella, cualquier cosa, ustedes cuatro van a ser colgados por sus putos huevos. ¿Estamos en la misma página aquí?

—Sí, señor —murmuro.

Damon gira sin decir otra palabra, su abrigo ondeando como las alas de algún ángel oscuro retirándose a su Aston Martin.

—Eso fue intenso —Oliver suelta un suspiro segundos después de que Damon sale rugiendo por el camino de entrada.

—Gracias por la actualización, Capitán Obvio —gruño y empujo la puerta principal para encontrar a Eliza sentada en el escalón inferior, luciendo como si hubiera visto un fantasma, lo cual probablemente no está lejos de la realidad.

—¿Obtuviste respuestas? —pregunto. La delicadeza no es lo mío; soy directo, pero creo que ella aprecia eso de mí. Al menos, espero que lo haga porque algunas cosas nunca cambiarán.

—Algunas. Pero abre más preguntas. Mamá fue asesinada por encargo, pero mi padre no sabe quién lo hizo. Nadie lo sabe. Por eso Lila está yendo tras todos. Está en una puta venganza, y va a hacer que todos paguen.

—¿Por qué ahora? —pregunta James, sentándose junto a ella y dándole una mirada inquisitiva.

—Porque estoy aquí. No creo que quiera lastimarme; quiere convertirme.

—Tiene sentido —murmuro—. ¿Y Felix?

Ella niega con la cabeza. —Desconocido. Pero si está involucrado con ella, es otro nivel de mierda que tenemos que considerar.

Sus dedos se entrelazan en su regazo, sus nudillos blanqueándose por la fuerza de su agarre. Odio verla así: tan fuerte, tan compuesta, pero con esta incertidumbre royéndola.

—Descubriremos quién lo hizo —dice Tarquin, su voz firme—. Levantaremos cada piedra si es necesario.

—Si mi padre no puede averiguarlo, ¿qué te hace pensar que nosotros podemos?

—Porque somos geniales —respondo, agachándome frente a ella—. Tenemos ojos frescos y contactos nuevos.

Ella extiende la mano con una suave sonrisa y traza la cicatriz bajo mi ojo. —¿Quién te lastimó? —murmura.

Su pregunta queda suspendida en el aire, y yo sonrío con suficiencia, lanzando una mirada divertida a mi hermano.

Tarquin levanta la mano, y la ceja de Eliza se arquea. —Ah, mierda —murmura—. No voy a lastimarte, dulce niño.

Él retrocede ante el apodo, lo que me hace reír. —Lo tienes calado, sin lugar a dudas —me río.

—Que te jodan —gruñe y luego se tambalea. Está decayendo. Rápido.

—A la cama —ordeno—. Nos reuniremos mañana.

Su toque persiste en mi piel, enviando una carga eléctrica por mi cuerpo. Es difícil concentrarse cuando está tan cerca, su aroma envolviéndome. Pero no hay espacio para distracciones, no cuando nuestro mundo se balancea en el filo de una navaja.

James ya está de pie, extendiendo la mano para ayudar a Eliza a levantarse.

Ella se pone de pie, recuperando la fuerza en su postura mientras vuelve a su modo de perra dura.

—Necesitamos hablar con Felix —afirma—. Si está con Lila y no solo contra nosotros... cambia el juego.

—Nos ocuparemos de él. Está lo suficientemente enojado como para que sus convicciones se alteren con el incentivo adecuado.

—Esperemos que sí —murmura y se gira para subir las escaleras pesadamente, golpeada, magullada, sucia y ensangrentada, pero aún luchando.

—Te amo —grito y luego trago saliva, ya que esas palabras no estaban en mi lengua hace un segundo.

Ella se detiene, sin voltearse. —Yo también, cariño.

Eliza sigue caminando, y yo entrecierro los ojos mirándola. No me lo dijo de vuelta, pero sé que lo siente. Simplemente está demasiado asustada para admitirlo en voz alta, temiendo perderme a mí y a nosotros.

Pero debería saber a estas alturas que nadie se mete conmigo.

El fuerte golpe en la puerta me hace fruncir el ceño, pero cruzo para abrirla de un tirón, con la mano en la empuñadura de mi cuchillo.

—Drago —murmuro—. ¿Qué coño quieres?

—La otra mitad de mi paga.

—No hiciste nada para merecerla.

—Un trato es un trato.

—Grenville se ha ido.

—Lo que significa que mi cheque se fue con él. —Me mira fijamente, golpeando su enorme mano contra la puerta, supongo que en caso de que se me ocurra algo.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Paga o un trabajo?

Los ojos de Drago se entrecierran mientras me evalúa. —Ambos —gruñe, su voz tan áspera como la grava—. Ya no tengo nada que perder.

—Nosotros tampoco —interviene Tarquin desde detrás de mí, su voz engañosamente tranquila a pesar de que está a punto de perder los estribos con el imbécil que lo tenía en una llave al cuello. Oliver y James lo flanquean, un frente unido contra esta nueva amenaza, una amenaza que podría convertirse en un activo.

La voz de Eliza flota desde lo alto de las escaleras: —Déjalo entrar, Raphael. Tiene razón;

los tratos son tratos.

Me hago a un lado, pero no sin fulminar con la mirada a Drago, cuya masa enorme apenas cabe por la puerta. El aire cambia, cargado con las posibles implicaciones para nuestras operaciones.

—Podemos ofrecerte un puesto —dice Oliver una vez que Drago está dentro—. Pero viene con condiciones. Juegas según nuestras reglas, las reglas de la Reina.

La mirada aguda de Drago se dirige hacia Eliza, que está de pie en lo alto de las escaleras como una diosa hecha carne; su voluntad es ley dentro de estas paredes. —¿Y si no me gustan estas reglas?

—Te gustarán menos estando muerto —comenta James sin emoción. La mirada en sus ojos es oscura y fría.

Eliza baja las escaleras con propósito y autoridad, grabados en cada paso. Su presencia domina la habitación, e incluso Drago parece sentir su poder mientras se acerca a él.

—Ahora trabajas para mí —declara sin vacilación ni duda—. Recibirás tu paga cuando demuestres que lo vales. Pero si me traicionas a mí o a los míos —sus ojos verdes brillan peligrosamente—, desearás que te hubiera apuñalado un poco más fuerte y un poco más a la derecha para que pudieras desangrarte.

Mi alma oscura se llena de una satisfacción tan plena que no creía que existiera. Si no estuviera ya enamorado de ella hasta el punto de matar por ella, sé que lo estaría ahora.

—Hecho —dice Drago con un asentimiento—. Me pondré en contacto.

Me lanza una mirada asesina mientras se va, y yo cierro la puerta de golpe detrás de él. —¿Es una buena idea?

—Da miedo como la mierda —dice Eliza—. Y está construido como un tanque. Tenía a Tarquin contra las cuerdas en una pelea abierta. Es un activo.

—Oye —ladra Tarquin—. Me tomó por sorpresa.

Eliza y yo compartimos una sonrisa. —Claro que sí, hermanito. Claro que sí.

Él me hace un gesto obsceno con el dedo y, con su dignidad hecha pedazos, sube cojeando las escaleras pasando junto a Eliza para lamerse las heridas.

—Estará bien —le digo mientras ella se muerde el labio inferior con preocupación—. Ve a descansar un poco.

Ella asiente y nos hace un gesto de "paz" antes de volver a su habitación, y yo me apoyo contra la puerta principal con un suspiro.

—Esto solo se va a poner más difícil.

—Podemos con esto —dice Oliver.

—Sí —respondo, mirando el lugar donde Eliza estaba de pie hace unos momentos—. Podemos.

CAPÍTULO 6

ELIZA

El sol ni siquiera ha salido, pero la traición no necesita la luz del día para fermentar. La veo en el circuito cerrado de televisión, la tía Lila, merodeando fuera de nuestra casa adosada como una rata husmeando en busca de sobras. Mi sangre se calienta, mi corazón golpea contra mi pecho: ya he tenido suficiente de sus juegos.

Salgo por la puerta, cerrándola silenciosamente detrás de mí con una furia justiciera que me hace desear poder arrancarla de sus bisagras. Me dirijo hacia ella, cada paso es una promesa de la tormenta que ha provocado.

—Buenos días, Eliza —me saluda, su voz destilando una falsa dulzura.

—Déjate de tonterías, tía. ¿Por qué estás aquí?

Chasquea la lengua, negando con la cabeza como si estuviera decepcionada.

—¿Es esa forma de saludar a la familia?

—¿Familia? —La palabra me sabe amarga en la lengua—. Dejaste de ser familia en el momento en que intentaste volarme en pedazos.

—Qué acusaciones tan duras —vuelve a chasquear la lengua—. Y yo que pensaba que podríamos tener una conversación civilizada.

—Ahórratelo. Tienes suerte de no estar muerta ya. Y la única razón, por cierto, es para que me des algunas malditas respuestas.

Sus ojos se entrecierran, con un destello de malicia en sus profundidades.

—Eliza —advierte, su tono cambiando a uno cargado de veneno—. Estás jugando un juego peligroso.

—¿Ah, sí? —Me inclino hacia ella, mi voz baja y amenazante—. Porque el único juego que veo es el que has estado perdiendo desde que lo empezaste.

Da un paso atrás, su fachada deslizándose para revelar la víbora que ahora sé que se esconde debajo.

—¿Te crees muy lista, verdad? ¿Crees que puedes burlarme?

—¿Burlar? No —Sonrío con suficiencia, la confianza fluyendo a través de mí—. Sobrevivir, ciertamente.

La boca de Lila se tuerce en una mueca.

—Ya veremos.

—¿Ah, sí? —la desafío, manteniéndome firme—. Porque desde donde estoy, parece que tú eres la que se va a quedar atrás. Viniste aquí buscando algo de *mí*.

—Cuidado, Eliza —escupe mi nombre como si fuera veneno—. No querrás hacerme tu enemiga.

—¿Acaso no lo eres ya, Lila? —Cruzo los brazos, sin acobardarme—. Por lo que a mí

respecta, te convertiste en mi enemiga en el momento en que pusiste un pie en ese campus detrás de ti.

—¿Tu preciada institución mafiosa? —Su risa es cruel, burlona—. No siempre estarán ahí para protegerte.

—No necesito protección —replico con brusquedad—. Especialmente no de ti. Tú, tía, puedes irte a la mierda —Mi voz corta el aire quieto de la mañana. Puedo sentir mi sangre hirviendo, mi corazón latiendo contra mi caja torácica con una fiereza que iguala la rabia en mis ojos verdes.

Lila solo me sonríe con suficiencia.

—Oh, Eliza —se burla en un tono condescendiente—. Solo intento mostrarte la verdad. No puedo dejar que te cieguen tus lealtades mal colocadas.

—¿Ciega? —Me acerco más, con la mandíbula apretada—. Veo más claro que nunca. Veo a una serpiente intentando mudar su piel y deslizarse en nuestras vidas con mentiras y engaños.

Su risa es baja y burlona, un sonido que me pone los nervios de punta.

—Tu pequeño imperio mafioso no es tan intocable como crees. Es hora de que aprendas quién eres realmente, fuera de la sombra de los Hughes.

—Cuidado —gruño—. Sé exactamente quién soy, y no necesito que una traidora como tú me diga lo contrario.

—¿Traidora? —Finge sorpresa antes de que sus facciones vuelvan a adoptar una máscara de suficiencia—. Solo estoy velando por ti, querida sobrina. Me lo agradecerás cuando estés libre de sus cadenas.

—¿Libre? —Río sombríamente, negando con la cabeza—. Tú eres la que está encadenada, Lila, y ni siquiera lo sabes.

Mis dedos se envuelven alrededor de la fría empuñadura del cuchillo metido en la parte trasera de mis pantalones de chándal.

—Eliza, no seas estúpida —advierte Lila.

El cuchillo cobra vida en mi agarre, una extensión de mi propia sangre hirviente mientras lo saco. —¿Estúpida? —Le devuelvo la palabra como un desafío—. Estúpido sería confiar en ti.

—Guárdalo —dice, con un tono casi aburrido. Pero hay un destello en sus ojos, una sombra de algo como miedo o tal vez respeto. Sabe de lo que soy capaz. Ambas lo sabemos.

—¿O qué? —Me acerco, mis nudillos blancos como el papel mientras aprieto mi agarre en el cuchillo—. ¿Vas a volarme por los aires otra vez?

Hay un clic agudo y definitivo, y mi pulso se acelera. Con un movimiento fluido que habla de una práctica habitual, Lila saca una pistola de su abrigo y la apunta directamente a mi corazón. Su sonrisa es toda dientes, cruelmente divertida.

—Tal vez solo esperaré —se burla, su dedo relajado en el gatillo—. Esperaré a que la cagues, a que traiciones a los tuyos. Después de todo, la traición está en tu sangre.

—Que te jodan —escupo, mientras miro fijamente el cañón, viendo la muerte ante mí. Pero no me muevo, no me estremezco—. Adelante —le digo, con voz baja, cada palabra goteando desafío—. Hazlo. Porque te juro que no tendrás otra oportunidad.

Por un segundo, hay un destello de algo en los ojos de Lila, sorpresa tal vez, o reconocimiento. Ella también lo ve, la línea sobre la que estamos bailando, una que no puede cruzar sin consecuencias. Mi paso adelante es firme. No dejaré que vea un atisbo de miedo.

—Elizabeth... —Su voz se apaga mientras me mira con pesar—. Tu madre no querría esto para ti.

—No hables de ella. No sabes nada sobre lo que ella quería para mí.

—Pero sí lo sé. Estaba lista para dejar esta vida y llevarte con ella. —Sus ojos se agrandan al soltar ese pedazo de información que probablemente debería haber permanecido en secreto.

Sabiendo que me ha dejado clavada en el sitio, aprovecha y retrocede rápidamente, bajando su arma apenas una pulgada.

Se retira a su coche, cerrando la puerta de un golpe que resuena en la calle vacía. El motor cobra vida, una bestia rugiente lista para huir. Me mantengo firme, observándola, haciéndole saber solo con mi postura que no tengo miedo ni dudo de cuál es mi lugar.

Mientras el coche se aleja, los neumáticos chirriando contra el asfalto, una oleada de ira me invade. La traición escuece, aguda y ardiente, pero no es nada comparado con la frustración de no poder terminar con esto ahora, en mis términos.

Las luces traseras del coche de Lila se encogen hasta desaparecer, tragadas por las fauces del amanecer creciente. Mi pecho se agita, la adrenalina aún bombeando por mis venas como fuego.

¿Fue eso una mentira? ¿Una mentira usada para escapar, sabiendo lo que me haría?

Cada parte de mi cerebro me dice que lo decía en serio, y eso hace que sea difícil tragar sin ahogarme. ¿Lo sabía mi padre? ¿Acaso él...?

Joder. No. No vayas por ahí.

Respiro hondo, el aire fresco hace poco para frenar el calor de mi ira. Mis ojos se mueven rápidamente, penetrando las sombras en busca de cualquier señal de emboscada, cualquier indicio de más engaños acechando en los márgenes. La calle está tranquila.

Necesitando descargar la pura enormidad de lo que Lila dijo, me balanceo sobre las puntas de mis pies y luego, con solo un leve pensamiento para los chicos dentro y lo cabreados que estarán al saber que he salido sola, me lanzo hacia adelante con mis zapatillas, habiendo estado en camino al patio trasero para patear la mierda de los muebles del jardín y posiblemente el tendedero durante un rato antes del desayuno.

Pero necesito moverme, quemar este cóctel tóxico de adrenalina y furia que corre por mis venas. Mi pecho se agita con respiraciones profundas mientras mi cabeza nada en pensamientos.

Me meto a Flick en la parte trasera de mis pantalones de chándal mientras me dirijo hacia los terrenos del campus, que se ven un poco maltratados, pero no tan mal como parecía ayer.

Acelero el paso, el frío de la mañana enfriando el sudor en mi frente.

El sol puede estar saliendo, pero para algunos, está a punto de ponerse permanentemente porque cuando vienes por la Reina, más te vale no fallar.

CAPÍTULO 7

ELIZA

Salgo disparada a través del césped cubierto de rocío, mi aliento formando nubes de vapor en el aire fresco antes de que la luz del amanecer se haga plena. La discusión con la tía Lila se me pega más que mi camiseta empapada de sudor. Lanzó una granada a lo que yo creía que era la verdad: ¿mi madre quería sacarme del legado de los Hughes? ¿De esta vida? ¿De la vida de mi padre?

Con las piernas bombeando y el corazón retumbando, me esfuerzo más, intentando dejar atrás el caos en mi cabeza. Pero es inútil; la revelación se aferra, royéndome como una picazón persistente.

A los chicos les saldrá vapor por todos los orificios cuando descubran que me he ido, pero tenía que moverme, correr, *pensar*.

Un trozo de suelo delante parece completamente fuera de lugar, un recordatorio de lo que ocurrió aquí ayer. Es un montículo de tierra elevado, irregular y desgarrado, muy parecido a mi corazón en este momento. Reduzco el ritmo a un trote, luego a una caminata, hasta que me detengo justo frente a la anomalía, lista para empujarla de vuelta a su lugar con el pie, pero me quedo paralizada.

Mi respiración se entrecorta mientras miro fijamente el suelo y luego caigo de rodillas, mis dedos recorriendo la tierra aún suelta por la explosión.

—Vaya, ¿qué es esto? —murmuro, limpiando la tierra con movimientos rápidos y decididos. Mis uñas están llenas de tierra, pero no me importa. Hay una trampilla oculta bajo el suelo de la academia y lo que una vez fue césped perfectamente cuidado.

Agarrar el frío anillo de metal incrustado en la trampilla de madera es como tocar un pedazo de otro mundo, y la buscadora de emociones que hay en mí no dejará escapar nada.

Tiro con fuerza, mis músculos se flexionan, y la trampilla gime antes de ceder. Es más pesada de lo que esperaba, y la oscuridad de abajo se abre de par en par, invitante o amenazante, tal vez ambas cosas.

—Es hora de averiguar cuál.

Esto podría ser una trampa, podría ser una prueba, podría ser la clave de... algo.

La adrenalina se dispara, una amiga familiar en el caos de mi vida. Surge a través de mí, poniendo mi corazón en un ritmo frenético. Me bajo al vacío, buscando con los pies los peldaños de una escalera. Encuentran metal y empiezo a descender, cada paso resonando en el espacio silencioso que devora la luz y el sonido.

A medida que desciendo, el aire cambia a mi alrededor, más fresco y húmedo. Estoy ciega en la oscuridad, incluso cuando mis ojos se adaptan.

Al tocar suelo firme, la oscuridad me envuelve como un sudario. Estoy en el fondo, el olor a

moho de la tierra vieja llenando mis fosas nasales. El silencio es denso, cada respiración suena demasiado fuerte en mis oídos. Un escalofrío recorre mi espalda al pensar en lo que podría encontrar aquí abajo, perdido y olvidado.

Busco a tientas mi teléfono, escondido en mi sujetador, la superficie lisa es un frío consuelo. Al encender la linterna, la luz corta la oscuridad, ofreciéndome lo justo para dar un paso adelante y ver exactamente dónde piso.

La luz del teléfono revela un túnel bastante ancho, y lo sigo, mi mano rozando la piedra desgastada por el tiempo.

Al doblar una esquina, el haz de mi linterna capta algo: una ruptura en la monotonía de la piedra. Un nicho. Mi corazón salta a mi garganta, latiendo un feroz staccato ante lo que podría encontrar.

Moviendo la luz alrededor, se topa con un interruptor en la pared cerca de mi cabeza. Es viejo y está oxidado, pero es una promesa de luz. Lo subo, conteniendo la respiración. La bombilla sobre mí chisporrotea y cobra vida, tosiendo un débil resplandor que lucha contra las sombras que se aferran a los bordes del espacio.

—Vamos, pedazo de chatarra —animo, golpeando suavemente la pared junto al interruptor hasta que la luz se estabiliza.

Bajo el tinte amarillento, hay una gran mesa redonda y, en el centro, un libro viejo, su cubierta de cuero agrietada por el paso del tiempo. Símbolos, escudos y signos de historia y poder están grabados en su superficie.

—Joder —exhalo, con reverencia mezclada con un duro filo de emoción. Extiendo la mano para trazar los contornos de los escudos, para abrir la cubierta y sumergirme en las profundidades de cualquier sabiduría o advertencia que contenga. El emblema de los Hughes me devuelve la mirada, junto con los Blackthorne, los Carver y los Sterling. Las cuatro familias más importantes, cuyo dinero y poder son legendarios y han construido los cimientos sobre los que se asienta esta Universidad, metafóricamente hablando, por supuesto. Pero hay uno más que no reconozco. Mi pulso se acelera mientras me inclino, sosteniendo el teléfono aún encendido sobre la portada. Trazo el nombre en la parte inferior del escudo, escrito en una tipografía antigua.

—Gannon —frunzo los labios—. Gannon. Como en Robert. Tarq dijo que eran influyentes, pero ¿por qué no forman parte de esta alianza de las Cuatro Familias? O más bien, parece que lo *estuvieron*, pero por alguna razón, ya no lo están. Una vez fueron Cinco Familias, pero ¿qué pasó?

Me doy cuenta de que estoy hablando en voz alta conmigo misma, pero no hay nadie más aquí para discutir esto.

Mis dedos rozan la cubierta, sintiendo el pulso de la historia bajo ellos. El aire se siente cargado, pesado con el aroma del papel viejo y los secretos. Abro la tapa, el crujido de la columna rompe el silencio, y me estremezco, esperando no haberlo dañado.

—Bien, veamos qué tienes para mí —entrecierro los ojos hacia la primera página, absorbiendo la elegante caligrafía, los símbolos que parecen bailar ante mis ojos. La escritura es antigua, y el lenguaje es arcano, pero puedo descifrarlo. Parece que la mafia ha existido durante un tiempo. Un tiempo muy largo. Quizás no siempre como es ahora, pero ahí está.

Página tras página, voy girando, absorbiendo las palabras como si fueran oxígeno, vislumbrando el cambio a medida que pasaban los siglos. Nombres saltan a mi vista: ancestros, acuerdos, secretos enterrados profundamente en el tejido de sectas religiosas convertidas en crimen organizado.

—Cristo —murmuro. Esto es impresionante en todos los sentidos imaginables. Tanta

historia, tanto conocimiento. Es decir, la historia es lo mío, vivo para ella. La Historia Medieval es mi especialidad, por el amor de Dios, y aquí tengo ante mí algo que se remonta a varios siglos atrás.

Pero los nombres han cambiado, y las familias han cambiado. Vuelvo a la portada y la miro fijamente. Es más nueva que el resto del libro. Tal vez un siglo de antigüedad, tal vez más, podría ser menos.

Tan rápido como me atrevo, avanzo y luego me detengo en seco.

Gannon. Ahí está ese nombre otra vez, pero esta vez unido a un nombre que es demasiado familiar.

Diane.

El nombre de mi madre.

Mis dedos golpean la página manchada, la tinta sangrando en el papel como si resistiera la historia que cuenta. Una historia de poder y alianzas.

Damon Hughes y Diane Gannon, casados para alinear dos familias. Pero ¿por qué nunca he oído hablar de los Gannon fuera de ayer? ¿Por qué nunca supe que mi madre era una de ellos? Lila. Su apellido es Foster. Tal vez era el apellido de soltera de mi abuela. Tal vez se rebeló contra el sistema. Tendría sentido por qué está tan empeñada en acabar con todo lo relacionado con la mafia. ¿Están muertos mis abuelos, como mi madre me dijo una vez, poco antes de morir? ¿O siguen vivos y no quieren saber nada de mí?

—Joder. Joder. Puto joder —Mi cerebro está a punto de explotar con todas estas preguntas.

Levantando el libro, lo aprieto fuerte contra mí. Lila abrió la tierra sobre este túnel y sabía exactamente lo que estaba haciendo. Quería que esto fuera encontrado. Pero ¿cómo sabía que yo sería quien lo encontraría? ¿O no importa quién lo encuentre? Ella solo quiere que cualquier secreto que contenga salga al mundo.

Echo un último vistazo al nicho, grabando cada centímetro en mi memoria. Esto no es solo un viejo rincón polvoriento; es una bóveda de verdades ocultas, una encrucijada de pasado y futuro.

Apago la luz, sostengo mi teléfono e ignoro el zumbido de Raph llamando, de alguna manera consiguiendo señal tan lejos bajo tierra.

Subo la escalera con una mano, después de meter mi teléfono de vuelta en mi sujetador.

Mientras emerjo de debajo de la tierra, la luz de la mañana me lastima los ojos, demasiado brillante después de la oscuridad. Me cubro la mirada y miro hacia atrás al suelo roto.

—¿Dónde coño has estado? —Raph me grita y luego mira furioso hacia el túnel.

—Eso explica por qué no contestabas —dice Tarquin, también mirando de reojo el túnel.

—Lo siento, sí, larga historia. Os lo contaré de camino a casa. Cerradlo y echad ese trozo de tierra encima, ¿queréis?

Raph obedece sin cuestionar, enviándome una oleada de lo que estoy tratando de no pensar como amor.

En silencio, nos dirigimos de vuelta a la casa, mi mente dando vueltas por la sobrecarga de información. Al ver a Robert mientras continúa limpiando, le saludo con la mano. Él me devuelve el saludo y luego se da la vuelta.

¿Quién es él para mí?

¿Está relacionado conmigo de alguna manera?

Todo esto está jodidamente loco, pero necesito respuestas. Después de una taza de café y tal vez más sueño.

CAPÍTULO 8

TARQUIN

Empujando la puerta de la casa adosada, entramos, y yo la cierro de un portazo, apoyándome en ella mientras miro a Eliza con una mirada furiosa. —¿Y bien?

—Ahora no. Te juro que os lo contaré todo cuando estéis todos aquí. No me gusta repetirme —levanta la barbilla y me sostiene la mirada, y veo el destello de algo salvaje, indómito. Es lo que me atrae de ella, lo que me mantiene al límite.

Me dirijo hacia ella y le tomo la mano, ignorando el viejo libro polvoriento que lleva. Tengo una curiosidad salvaje, pero lo dejaré para después. Ella confesará cuando lo haga y ni un minuto antes. Ahora mismo, hay algo más que necesita hacerse.

Llevándola escaleras arriba, abro de una patada la puerta de su dormitorio y le quito el libro, colocándolo sobre la cómoda.

Se lame los labios mientras Raphael se une a nosotros, cerrando la puerta tras él.

Hay una lección que debe ser enseñada, y vamos a hacer que sea una que no olvidará.

Sacando mi cuchilla, observo cómo los ojos de Eliza se entrecierran cuando la mira.

Extendiendo la mano, tomo el dobladillo de su camiseta y deslizo el filo afilado a través de la tela. Se parte como el agua, cayendo de su cuerpo. Su piel se revela centímetro a tentador centímetro, y me encanta la forma en que se queda allí de pie, desnuda y hermosa, toda gracia y desafío.

—Manos arriba —murmuro, y ella obedece, levantando los brazos por encima de su cabeza. La rodeo, con el cuchillo aún en la mano, asegurándome de que cada centímetro de su ropa sea removido sin un solo rasguño en su piel. Raphael se acerca, su mirada oscura de deseo. Quiere desatarse con ella de maneras que aún no ha experimentado con nosotros. Yo también lo necesito. Hoy, ella aprenderá quiénes somos realmente.

Eliza está expuesta ahora, completamente vulnerable a nuestra mirada y toque. Aquí es donde le recordamos a quién pertenece, quién controla su placer y su dolor. Aquí es donde empezamos a desentrañarla, pieza por pieza.

—Date la vuelta —ordeno.

La obediencia de Eliza es inmediata, sus movimientos fluidos mientras gira, mostrándome el magnífico tatuaje en su espalda. Agarro las útiles bridas del bolsillo trasero de mis pantalones. Sus ojos se fijan en los míos en el espejo, un desafío silencioso, incluso mientras ato sus muñecas lo suficientemente apretadas como para dejar una marca.

—¿Demasiado apretado? —pregunto, sabiendo muy bien que la presión es justo la adecuada, un recordatorio de que las acciones tienen consecuencias.

—Que te jodan —escupe en respuesta, las palabras impregnadas de veneno pero su tono traicionando un toque de excitación. Esa es mi chica: fuego y hielo, envueltos en un paquete

demasiado tentador para resistir.

La giro hacia la cama y la hago avanzar, empujándola para que su mejilla presione contra las sábanas frías. —Quédate quieta. —Es una sola palabra, pero contiene el peso de nuestra dinámica tácita. Ella no se mueve, su cuerpo mantenido en su lugar por algo más que solo las ataduras: por la anticipación, la necesidad de lo que está por venir.

Mi mano se cierne sobre su trasero, piel pálida y suave, suplicando por ello. Me echo hacia atrás y bajo la palma con fuerza, el chasquido de carne contra carne reverberando por la habitación. Ella jadea, el sonido mezclándose con el rugido de la sangre en mis oídos. Una y otra vez, mi mano cae, cada azote una oleada de dolor y placer que se desliza por su piel y resuena en su núcleo.

—Tarquin... —Su voz rompe la neblina de su castigo, entrecortada y tensa con un toque de deseo. Puedo sentir su cuerpo respondiendo, ondulándose bajo la fuerza de mi mano, empujando hacia atrás contra cada golpe.

—Silencio —gruño, sin querer sus palabras, solo sus reacciones: la brusca inhalación, el escalofrío que la recorre cada vez que mi mano conecta con su carne. Su trasero está rojo donde mi mano la ha golpeado, pero eso no me detiene. La azoto de nuevo, y ella gime suavemente, pero sé que puede soportar esto y más. Esto es lo que ella necesita, lo que anhelamos: el intercambio crudo y sin filtros de poder, la armonía de la agonía y el éxtasis, y vamos a prolongarlo hasta que esté deshecha.

Raphael se acerca, habiendo sido un voyeur de su azotaina. Ahora necesita tocar, atormentar. Me hago a un lado mientras Eliza permanece desplomada sobre la cama. Los dedos de Raph se deslizan por los muslos temblorosos de Eliza, tan cerca de donde ella arde por su toque. Observo, con el pecho tenso de control mientras él la provoca desde atrás, su toque ligero como una promesa.

—Recuerda por qué estás aquí, pequeña asesina —el suave gruñido de Raphael contra su oído envía escalofríos por su columna—. Huiste, y huir tiene consecuencias.

Eliza se retuerce, sus caderas inclinándose hacia él, buscando lo que él no le dará. Sus gemidos son una emoción, del tipo que se te mete bajo la piel y hace que tu polla palpite. Pero no hemos terminado, ni de cerca.

Me coloco detrás de ella de nuevo mientras Raph se aleja, mi mano encontrando su camino hacia esa marca roja fresca de mi trabajo anterior. Me inclino, mis labios apenas rozando su piel caliente. —Aún no, Eliza. No te corres hasta que lo digamos.

Su jadeo es como gasolina en mi fuego, y Raphael está ahí de nuevo conmigo, avivándolo, sus manos crueles en su negación, llevándola al borde solo para retroceder. Es una danza, áspera y cruda, y Eliza está atrapada entre nosotros, su cuerpo un campo de batalla de necesidad y castigo.

Raphael se ríe, oscuro y lleno de pecado, mientras la levanta y la empuja de vuelta a la cama, dejándola de espaldas, con las manos atadas torpemente detrás. Ella se mueve para ponerse más cómoda, pero esa será la menor de sus preocupaciones.

—Buena chica —murmuro, quitándome la ropa lenta y deliberadamente. La hoja de Raphael brilla, trazando una línea justo encima de sus perfectos pechos, dibujando una gota de sangre que se desliza por su piel. Todo es parte del juego, y joder, lo jugamos bien.

Empujo mis dedos en su húmedo coño, ahogando mi gemido. La deseo tanto que mi polla duele, pero primero necesita ser castigada. Luego podremos tomarla y satisfacer nuestros oscuros anhelos mientras la dejamos al borde, suplicándonos que la dejemos correrse.

El control es embriagador; es nuestra para usar, castigar y dar placer.

Los ojos de Eliza están salvajes, su pecho agitándose con cada respiración. Observo cómo la sangre del corte superficial alrededor de su pezón, que Raph está convirtiendo en arte, se mezcla con el sudor que cubre su piel. Raphael es implacable y despiadado en sus provocaciones, pero yo también lo soy. Mis dedos bailan sobre su clítoris, acariciándolo tan ligeramente. Ahora está jadeando, desesperados suspiros escapan de sus labios entreabiertos, pero no suplica, no en voz alta. Su orgullo no se lo permite, y joder, nos encanta.

—Dinos lo que quieres.

Sus ojos verdes arden con un furioso deseo, una súplica silenciosa por liberación. Pero en su lugar, se muerde el labio inferior, negando con la cabeza en desafío.

—¿Quieres correrte? —pregunta Raphael con una sonrisa burlona mientras yo rodeo su clítoris con una persistencia que roza la crueldad.

Esta vez asiente frenéticamente, incapaz de resistir la abrumadora necesidad por más tiempo.

Empujo más fuerte ahora con mis dedos, sintiendo lo empapada que está, lista y dispuesta para más. —Aún no.

Posiciono mi polla en la entrada de su coño, un coño tan listo para mí que casi me está llamando. Empujando lentamente, saboreo cada centímetro de su apretado calor envolviéndome. Eliza se arquea hacia la hoja de Raph, y él sisea mientras la corta más profundo de lo que quiere. El olor metálico de la sangre llega a mi nariz mientras me hundo en ella con un gemido bajo de placer desenfrenado.

—¡Joder! —Parece el pecado encarnado debajo de nosotros, desesperada pero conteniéndose porque lo exigimos, porque necesita la espera insoportable. Su cuerpo se estremece con cada embestida, su respiración atrapada en su garganta, un sollozo de placer intentando abrirse paso.

Raphael se inclina, lamiendo el rastro de sangre que hizo florecer en su piel. La vista por sí sola me tiene casi al borde. Pero esto no se trata de mí; se trata de Eliza y hasta dónde puede ser empujada.

—Eliza —jadeo, manteniendo mi ritmo—, necesitas pedirlo. Suplicanos.

Ella permanece en silencio, dándole al sádico en mí una oscura emoción. Saco mi polla de repente, dejándola vacía y anhelando más. Deja escapar un grito de frustración que lleva mi lujuria al límite. Mi polla está empapada con sus jugos, y se siente como el cielo.

Raphael reemplaza mi ausencia con dos dedos, curvándolos dentro de ella mientras su pulgar circula sobre su clítoris con una precisión que hace que sus caderas se levanten para encontrarse con su mano. Ahora le está susurrando obscenidades al oído, promesas de lo que vendrá si solo se rinde.

Raph retira sus dedos mientras ella deja escapar un grito de frustración. La levanta y la voltea mientras yo agarro el lubricante. Necesito correrme, pero no le daré la satisfacción de descargar mi carga en su coño. No, aún no es el momento.

Lubricando su ano rápidamente, no le doy mucha preparación, sabiendo que arderá y queriendo que sienta el tamaño de mi polla mientras me hundo en su apretado agujero. Empujo lentamente, saboreando su apretado agarre. Eliza grita, un sonido tan crudo que podría ser dolor o placer, o ambos entrelazados en uno. Se retuerce en la cama debajo de mí, tratando de conseguir presión en su clítoris, así que le doy una palmada en el trasero de nuevo, y ella se detiene.

—Las chicas malas no se corren —murmuro mientras fuerzo mi polla en su culo hasta que estoy completamente dentro.

Su espalda se arquea, un agudo jadeo escapa de ella mientras trata de ajustarse a la plenitud, al estiramiento.

Establezco un ritmo castigador; cada embestida deliberada y calculada para volverla loca de necesidad y recordarle a quién pertenece.

Raph se desnuda rápidamente, y con un rápido asentimiento, saco mi polla de su culo para que él pueda subirla a la cama en sus manos y rodillas. Retomando mi posición detrás de ella, guío mi polla de vuelta a su culo mientras Raph se arrodilla frente a ella, con su polla en la mano.

—Nuestra pequeña asesina, deshecha por los mismos que la apoyarán a través del infierno. —Sus ojos brillan con ese mismo fuego posesivo que arde a través de mí.

La mirada de Eliza se fija en Raphael mientras él se acaricia, el visual un tormento adicional del que no puede escapar. —¿Ves algo que quieres? —se burla con una sonrisa cruel.

Ella asiente impotente.

Alcanzo alrededor, pellizcando su clítoris entre mis dedos, fuerte, provocando otro grito ahogado de sus labios.

Raphael empuja su polla a sus labios, guiando su polla a esa boca perfecta. Ella lo toma ansiosamente. Él folla su boca con embestidas cortas mientras yo continúo golpeando en su culo.

Es un ritmo salvaje que hemos perfeccionado, este vaivén entre placer y dolor. Eliza está atrapada en la implacable marea de nuestro deseo, un desastre retorcido de sudor, lágrimas y sangre.

La respiración de Eliza es entrecortada, su cuerpo tensándose con cada embestida castigadora. Mi agarre en sus caderas deja moretones, pero ella empuja hacia atrás contra mí, encontrando mis embestidas con una desesperación que nos lleva a ambos más cerca de ese precipicio.

Raphael me mira, una conversación silenciosa en sus ojos. Ambos estamos cerca de perder el control, pero quiero presionarla un poco más.

Puedo sentir mi orgasmo construyéndose rápidamente ahora, caliente e imparable, pero me contengo porque esto no se trata de mí; se trata de Eliza y el castigo que se ha ganado por hacernos preocupar hoy.

—Joder —jadeo mientras salgo casi por completo y luego me hundo de nuevo en ella. Raphael es implacable, su mano en la parte posterior de su cabeza, manteniéndola en su lugar mientras folla su boca.

—Eso es, Eliza —la insto entre dientes apretados—. Tómalo todo.

Raphael sale repentinamente de su boca.

—Mírate, eres un maldito desastre hermoso —gruñe—. Eres una pequeña asesina sucia, ¿no es así?

Eliza grita de nuevo, un sonido roto de lujuria y derrota. Sabe que controlamos su placer; sabe que es completamente nuestra en este momento.

Me corro intensamente, llenando su trasero mientras gimo profundamente desde mi pecho.

Él la toma de mí en el siguiente segundo, arrastrándola fuera de mi polla aún dura. Mientras me bajo de la cama tambaleándome para limpiarme antes de sumergirme en ese dulce, dulce coño suyo, él se sienta y la obliga a montarlo inestablemente con sus manos aún atadas a su espalda.

Observo cómo el rostro de Raph se contorsiona de placer mientras la folla duro y rápido, sus manos agarrando sus muslos para obtener impulso.

Me meto en el baño, me lavo y vuelvo a la habitación, recogiendo mi cuchilla y subiendo de nuevo a la cama. La sostengo contra su garganta mientras cabalga la polla de Raph mientras él agarra sus caderas con fuerza.

—Si te corres, te cortaré —murmuro antes de besar su nuca y mover mis labios por su

espalda, acariciando su tatuaje con el lado plano de la hoja, y ella llora lágrimas de desesperación. Muevo mi boca a sus mejillas y lamo sus lágrimas.

—¿Es victoria lo que saboreo? —murmuro.

—¡Jódete! —jadea, haciéndome reír.

El gemido de Raph indica su liberación, y ahora es mi turno de tomarla de él, cortando la brida de plástico con el cuchillo afilado. Ella gime, rotando sus hombros mientras Raph agarra sus muñecas y las frota rápidamente.

Acostándola de espaldas nuevamente, coloco el mango del cuchillo contra su clítoris y presiono lo suficientemente fuerte como para hacerla retorcerse.

Raphael está sobre nosotros, su expresión oscura y hambrienta, su polla ya comenzando a endurecerse de nuevo. Se inclina para susurrar en su oído. —Sigues luchando contra ello. ¿Por qué no simplemente te dejas llevar? Déjanos darte lo que necesitas.

Pero Eliza es terca, es una de las cosas que la hace perfecta para nosotros, y sacude la cabeza desafiante.

Me río oscuramente. —Qué pequeña asesina tan terca. —Su coño está hinchado y goteando de necesidad, así que empujo el mango del cuchillo en su coño, haciéndola gruñir con la invasión.

Raph lame su pezón con la lengua, retorciendo el otro dolorosamente mientras la follo con el cuchillo.

Se ve destrozada, su hermoso rostro sonrojado, ojos vidriosos con lágrimas no derramadas y deseo insatisfecho.

Raph se inclina hacia atrás, dándome espacio para trabajarla con el mango del cuchillo. Observa atentamente mientras empujo el mango del cuchillo en ella una y otra vez, golpeando todos los puntos correctos.

—Ruega por ello —murmura.

Sus caderas se mueven salvajemente, buscando más. Sus ojos verdes se clavan en los míos, suplicando silenciosamente por liberación. Pero no puedo dejarla ir tan fácilmente, aún no.

—Vas a recordar esta lección, ¿verdad, dulzura? —la provoco mientras saco el cuchillo y lo hundo de nuevo, saboreando el sonido húmedo que hace cada vez—. Nunca volverás a huir de nosotros.

La respuesta de Eliza es un gemido ahogado mientras Raph pellizca su pezón con más fuerza, y ella se arquea hacia el dolor como si fuera un dulce alivio.

Sacando lentamente el cuchillo, la veo estremecerse en anticipación de lo que viene a continuación.

Mi polla está dura de nuevo, ansiando estar dentro de ella, y esta vez, no me contendré. Separando más sus piernas, guío mi polla hacia su coño goteante y embisto con fuerza, enterrándome hasta el fondo en un suave movimiento.

Eliza grita, un sonido tan lleno de necesidad cruda que casi me lleva al límite. Pero me estabilizo, concentrándome en el poder de contenerme, controlando tanto su placer como el mío.

La follo duro y profundo, la cama rebotando debajo de nosotros.

Raph observa, acariciando su polla de vuelta a la vida. —Es una jodida Reina.

—Nuestra Reina.

Alcanzo para jugar con su clítoris, rodándolo entre mis dedos hasta que está jadeando, su cuerpo rogando por la liberación que se le ha negado por mucho tiempo. Su coño se aprieta alrededor de mi polla con cada embestida, atrayéndome más profundo.

—¿Quieres correrte? —jadeo, esperando que diga que sí ahora. Necesito sentir su coño

apretar mi polla como si fuera lo único que queda en su mundo.

—Por favor —gime, su orgullo abandonado en favor de su desesperada necesidad.

—Joder, sí —respiro con dificultad y me inclino para morder su hombro lo suficientemente fuerte como para dejar una marca mientras doy una última embestida brutal y la dejo caer en espiral hacia el orgasmo debajo de mí. Su grito llena la habitación mientras se deshace, olas de placer estrellándose sobre ella implacablemente.

Mientras se convulsiona a mi alrededor, me pierdo en ella, alcanzando el clímax con un largo gemido que hace eco al suyo. Su coño se aprieta a mi alrededor, ordeñando cada gota de semen que me queda.

—Te amo —murmuro, y ella gira la cabeza para sonreírme pero no responde. Es amor puro y posesivo que corre tan profundo como el negocio familiar en el que todos estamos enredados—. Te amo más que a nada, Eliza, pero nunca vuelvas a huir de nosotros. Si lo haces, te encerraremos donde no puedas escapar. —Me echo hacia atrás para encontrar su mirada, asegurándome de que vea la sinceridad y la advertencia en mis ojos—. ¿Entendido?

—Entendido —exhala, sus ojos verdes fijándose en los míos, el desafío y el fuego en ellos sin disminuir por la intensidad de esta lección que Raphael y yo le hemos enseñado. Pero esa es una de las muchas razones por las que la amo, la anhelo, la necesito para tomar mi próximo aliento. Ella es inquebrantable, incluso en la rendición.

CAPÍTULO 9

ELIZA

—¿Estás segura de que estás lista para esto? —murmura Raphael en mi oído mientras me acompaña por el campus, mis muslos aún temblando por el castigo de antes.

—Siempre. Tengo que mantener mis notas.

—¿De verdad crees que habrá clases hoy? —pregunta, apartándose y aceptando que estoy bien, aunque mi trasero esté un poco adolorido por las nalgadas de Tarquin. *Vaya, ese tipo tiene una mano pesada.* Me lo froto inconscientemente, haciendo que Raph se ría de mi incomodidad. Imbécil.

—Parece que sí —digo, señalando el patio donde algunos profesores están alineados, indicando a los estudiantes dónde ir si las aulas están comprometidas.

—Genial —refunfuña, pasándose una mano por el pelo.

—¿Dónde estaba Oliver antes? —pregunto la duda que me quema. Debido a su ausencia, aún no he mencionado el túnel o el libro.

—Su familia dirige un negocio en el pueblo de al lado. Estaba cobrando.

—Oh. —¿Cómo es que él consigue los trabajos divertidos y yo me quedo aquí lidiando con esta mierda?

Cuando llegamos al lado más cercano del patio y descubrimos hacia dónde se supone que debemos dirigirnos, los profesores se dispersan, dejándonos a Raph y a mí frente a un grupo de estudiantes enojados.

—Los problemas me encuentran sin importar a dónde vaya.

Sus acusaciones vuelan rápida y furiosamente.

—Hughes, ¿crees que por tu familia puedes hacer lo que quieras? ¡Todo el mundo sabe que tu familia está detrás de esto! —me escupe alguien a quien nunca he visto antes.

Pongo los ojos en blanco, mi paciencia está al límite. —No seas imbécil toda tu vida, y no hables de cosas que no sabes.

—¡Que te jodan!

La imponente figura de Raphael se interpone delante de mí, cabreándome aún más, especialmente cuando los estudiantes retroceden un centímetro, pero sus ojos siguen fieros.

—Basta —dice Raphael, su voz baja y peligrosa. Se mueve como un rayo, el sonido de su puño conectando con la mandíbula del estudiante es un chasquido agudo que resuena en mis oídos. La multitud jadea, algunos retrocediendo ante la repentina violencia.

—¡Raph! —murmuro, amando la violencia tanto como la siguiente reina de la mafia, pero esto escaló demasiado rápido, incluso para mí. Pero él ya está sacando una navaja de su chaqueta, el metal brillando frío y resplandeciente bajo el sol. Es un mensaje claro: no te metas con lo que es suyo.

—¿Alguien más quiere cuestionar a mi chica? —la voz de Raphael es tan dura como el acero, desafiando a los espectadores a hacer un movimiento. Nadie se atreve a hablar. Nadie ni siquiera respira demasiado fuerte, el miedo hacia él emanando en oleadas.

—Atrás —ordena, y obedecen, su valentía derritiéndose como hielo sobre pavimento caliente. Con cada paso que da hacia ellos, ellos retroceden dos hasta que hay suficiente espacio para que yo respire sin oler su miedo.

—Raphael, guárdala —digo—. Ya has dejado claro tu punto.

Su mirada se desvía hacia mí, luego vuelve a los estudiantes que se retiran, y después de un tenso momento, desliza la hoja de vuelta a su escondite. Pero no se relaja, no realmente. Su cuerpo permanece en tensión y alerta, una pantera entre ovejas.

Se gira completamente para enfrentarme entonces, y veo el crudo borde de protección.

Nos alejamos de la confrontación, su mano encuentra la mía, fuerte y firme, justo como el corazón del hombre que la sostiene.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —mi voz es firme, aunque mi corazón no lo esté. Respiro profundamente, tratando de calmar la adrenalina que aún no se ha desvanecido.

Nos detenemos bajo la sombra de un viejo roble que sobrevivió al ataque. Aquí, lejos de miradas indiscretas y lo suficientemente alejados de los susurros, se siente como si finalmente pudiéramos exhalar.

—No tenías que intervenir así.

—¿Ah, no? —Arquea una ceja, medio divertido, pero hay una seriedad en su mirada que me dice que habla en serio—. ¿Crees que me quedaría de brazos cruzados viendo cómo te atacan? Ni hablar —Su mano se extiende, y nuestros dedos se entrelazan, un reconocimiento silencioso del vínculo formado entre nosotros, forjado en el peligro y sellado con confianza.

—Eliza —murmura, su voz un gruñido bajo que vibra a través de mi cuerpo. El sonido es tan dominante como seductor, exigiendo mi atención de todas las formas concebibles. Se acerca más, y el espacio entre nosotros desaparece. Sus manos encuentran mi cintura, su tacto marcándome a través de la tela de mi camiseta—. Eres mía para proteger, lo necesites o no. Te dejamos hacer las cosas a tu manera al principio. ¿Ahora? Las cosas han cambiado.

—Cambiado.

No necesito preguntarle por qué. Se ha enamorado de mí. Él y Tarquin han dicho las palabras. Palabras que aún no puedo pronunciar. Lo siento. O creo que lo hago, pero si lo digo y los pierdo, no habrá vuelta atrás. No de nuevo.

Sus dedos recorren mi columna, trazando el contorno del tatuaje de calavera y rosa bajo mi top.

—Dime lo que necesitas, y te lo daré.

—Ahora mismo, solo esto —confieso, apoyándome en él, anhelando el calor de su piel contra la mía. El peligro que enfrentamos amplifica nuestra conexión, haciendo que cada toque se sienta como desafío y destino a la vez.

—Hola —murmuro cuando veo a James y Tarquin acercarse.

Oliver aparece por detrás, su rostro indescifrable mientras me giro para sonreírle.

—Ahora que estamos todos aquí, necesitamos una reunión después de clase. Hay algo de lo que tenemos que hablar —Las palabras quedan suspendidas, cargadas con los secretos que he descubierto.

Todos están de acuerdo, afortunadamente sin preguntar de qué se trata. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Es hora de ir a clase —dice James, dando un paso al frente. Hay una renuencia en la liberación de Raphael, un lento desenroscarse de su brazo alrededor de mí que habla más fuerte que cualquier declaración de posesividad.

—Cuida de ella —le dice Raphael a James, entregando el invisible bastón de mi seguridad.

—Siempre —responde James, y hay acero en esa única palabra.

Mientras nos dirigimos hacia la clase, siento la presencia de James como un manto de seducción esperando caer y ahogarme. Nuestras miradas se siguen enredando, cargadas de cosas no dichas. Cada mirada es un hilo que se tensa más, tejiendo un vínculo que se hace cada vez más difícil de ignorar, más difícil de resistir.

Con cada paso que damos, cada mirada compartida, algo se construye: un anhelo, un deseo que se hace cada vez más difícil de reprimir.

Sostiene la puerta abierta para mí en el aula habitual de Historia Medieval, y paso junto a él, lo suficientemente cerca como para captar su aroma, una mezcla de colonia y algo crudo, inherentemente masculino. Su mirada me quema con una intensidad casi tangible.

Pronto, me prometo a mí misma. Pronto probaré esa oscuridad y cuando lo haga, será magnífico.

CAPÍTULO 10

ELIZA

Los susurros cesan cuando todos notan mi entrada en la sala. Puedo sentir sus ojos recorriendo mi piel, evaluándome, intentando detectar alguna debilidad. Lástima por ellos, no hay ninguna, y ahora van a ver por qué estos constantes comentarios despectivos y acusaciones son una maldita mala idea. He convocado esta reunión de los líderes de la mafia por una razón y solo una: para mostrarles quién es La Reina aquí.

—Bien, vayamos al grano —digo, mi voz cortando el denso silencio. Los líderes reunidos del submundo de la Universidad Castle están rígidos en sus sillas, sus posturas delatando la tensa rigidez que llena el aire. Son un grupo variopinto, cada uno representando una porción del pastel del poder, pero ahora mismo, todos están bajo mi mando.

Raphael está de pie junto a la puerta, sus anchos hombros bloqueando la salida. Tarquin se apoya contra una pared, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en los labios como si conociera secretos que nadie más sabe. James observa desde la esquina, sus ojos agudos y calculadores, mientras Oliver escanea a la multitud con hiperfoco.

—Habéis visto lo que está pasando. Ataques en el campus, caos creciente, tormentas de mierda por todas partes, y de alguna manera, *mi* nombre se menciona en el asunto. Pero lo sabemos mejor, ¿verdad?

Asentimientos y murmullos recorren el grupo, aunque no estoy convencida de que sean sinceros. Todavía no. Conocen el juego, la delicada danza del poder y el miedo. Pero estoy a punto de cambiar la melodía.

—A partir de ahora, me respondéis a mí. Vamos a limpiar este desastre, y cualquiera que piense que puede desafiar eso se las verá conmigo personalmente. Todos habéis visto de lo que soy capaz y cuánto se necesita para ponerme de rodillas. Si alguno de vosotros cree que tiene ese tipo de poder, adelante, desafiadme, pero estad preparados para volver a casa en una bolsa para cadáveres.

Miradas de asombro ante mi franqueza se dirigen hacia mí, pero parece que finalmente lo están entendiendo.

Dirigiendo mi mirada a Imogen, la única en quien creo que puedo confiar en este nido de víboras, pregunto: —¿Queda claro? —Mi pregunta no es realmente una pregunta, y lo saben.

—Cristalino —murmura, y le sigue un coro de acuerdo.

—Eso está bien porque esta tormenta nos involucra a *todos*, no solo a mí, y estamos en el ojo del huracán. Es hora de mostrarles que la Universidad Castle no se queda de brazos cruzados ni lucha internamente cuando nos amenazan.

Mientras recorro con la mirada a todos, veo el amanecer de la comprensión de quién tiene el verdadero poder aquí. Este es mi dominio, y estos son mis súbditos.

Me inclino hacia adelante, colocando mis manos planas sobre la fría superficie de la mesa frente a mí en este salón de conferencias, y escaneo los rostros ante mí, cada líder de su propio pequeño imperio escondido dentro de los muros de la universidad. Mi voz corta el pesado silencio como una cuchilla.

—Hay reglas que vamos a seguir. Rómpanlas y desearán no haberlo hecho. Regla número uno —continúo, mirando fijamente a un tipo fornido que está haciendo un gran esfuerzo por no retorcerse bajo mi mirada—. Yo doy las órdenes. Os mantenéis en línea o afrontáis las consecuencias. Y creedme, no queréis descubrir lo que eso significa.

Un murmullo recorre la sala, pero levanto la mano, silenciándolos al instante. Me observan, algunos con ojos entrecerrados, otros con respeto apenas disimulado.

—No se tolerará la traición ni la desobediencia. Ni ahora, ni nunca. Si creen que pueden apuñalarme por la espalda y vivir para contarlo, están jodidos de la cabeza —hago una pausa, dejando que mis palabras floten en el aire, cargadas de amenaza—. Si me traicionan, será el último error que cometan. Iré por ustedes y los destriparé.

Les doy un segundo para que asimilen eso, haciendo una pausa.

—¿Hay alguna pregunta? —pregunto entonces, con voz engañosamente tranquila. Es un desafío, una invitación para que alguien me ponga a prueba.

Nadie cuestiona nada; nadie se atreve.

El silencio llega a mis oídos, y asiento, satisfecha con el miedo y la comprensión que veo reflejados en sus rostros. Esta es mi corte, y estos líderes, por más renuentes que sean, son mis peones en el juego por el control. Ellos lo saben, yo lo sé, y los Reyes a mi lado son los ejecutores de este nuevo orden mundial.

—Unidad. Lealtad —mi voz resuena en la habitación como un disparo—. No son solo palabras; son nuestros cimientos. Solos, somos blancos fáciles para cualquiera que busque una porción de nuestro mundo. Juntos, somos una fortaleza. Un imperio formado por reinos que no pueden ser sacudidos.

—¿Qué nos impide ser eliminados uno por uno? La confianza escasea aquí —pregunta Conrad Clinton. No me sorprende. Él es de nivel más bajo que la mayoría y nunca ha tenido que lidiar con esta mierda antes.

—Protección —respondo rápidamente—. Ustedes cuidan mi espalda; yo cuido la suya. Mantenemos a nuestros enemigos adivinando, y atacamos como uno solo. Cuando golpean a uno de nosotros, nos golpean a todos, y lo pensarán dos veces antes de intentarlo de nuevo.

Imogen, con ojos como el hielo y una reputación que hace juego, pregunta: —¿Y si uno de nosotros se sale de la línea? ¿Cómo lidiamos con los traidores entre nosotros?

—Solo hay una forma de lidiar con los traidores —declaro y recibo algunas respuestas murmuradas.

Pero luego un murmullo de asentimiento recorre la habitación, y sé que los tengo. Son míos, y juntos, vamos a sacudir los cimientos de esta universidad y reescribir las reglas del juego.

—Pueden retirarse —digo, y los veo salir, un frente unido listo para desatar el caos bajo mi mando. Mientras desaparecen, me vuelvo hacia mis Reyes, las piedras angulares de mi gobierno.

—Es hora de jugar al ajedrez con el diablo —murmuro, y ellos sonríen con suficiencia, listos para incendiar el tablero si es necesario.

—Buen trabajo —dice Raphael, su voz baja y áspera, cortando la tensión persistente como un cuchillo. Se acerca más, con orgullo evidente en su mirada.

—Cada uno de esos bastardos se tragó lo que estabas vendiendo —la voz de Tarquin es suave y controlada, pero capto un destello de admiración. Hay respeto, no solo por el plan sino

por la mujer detrás de él.

James no dice una palabra. No tiene que hacerlo. Su mirada es tranquilizadora, un símbolo de solidaridad.

Oliver completa el cuarteto, apoyándose contra la pared con esa gracia casual suya. —Impresionante —es todo lo que ofrece, pero sus ojos reflejan el sentimiento, encendidos con un fuego que iguala al mío.

—Gracias, chicos —respondo, mi voz uniforme pero impregnada con el filo de mando con el que todos están demasiado familiarizados—. Tenemos trabajo que hacer, pero recuerden, jugamos esto de manera inteligente. Sin cabos sueltos, y si alguien siquiera respira en la dirección equivocada, háganlos arrepentirse. Pero pasando a otro tema. Necesitamos hablar sobre las Cinco Familias.

—¿Cinco? —pregunta Raphael, alargando la palabra lentamente—. ¿Quieres decir Cuatro?

—Cinco —confirmo con una sonrisa burlona. Disfruto el momento, observando sus caras mientras la comprensión amanece—. Eso es lo que descubrí en ese túnel secreto antes. Los Gannon alguna vez fueron parte de esta alianza, y la cereza del pastel es que mi madre era una Gannon y una verdadera Reina de la mafia —no me molesto en andarme con rodeos. ¿Quién tiene tiempo o paciencia para esa mierda?—. Eso me convierte en Reina del Castillo dos veces.

—Mierda —exhala James, levantando una ceja.

Oliver me lanza una mirada curiosa. —¿Por qué nadie sabía de esto?

—Tiene que ser algún tipo de encubrimiento —afirmo—. La generación actual ha enterrado la verdad. Pero ahora, vamos a exponerla completamente.

Sus asentimientos son lentos, medidos. Perciben la magnitud de lo que nos enfrentamos, la historia que estamos a punto de reescribir.

—Esto es grande —murmura Tarquin.

—Enorme —musito en respuesta—, pero cualesquiera que sean los secretos que nuestros padres están ocultando, los vamos a descubrir.

—¿Eso te hace pariente de Robert Gannon? —pregunta Oliver.

—Supongo que sí —me encojo de hombros—. Realmente no conozco los detalles. El libro no lo dice. Solo hay una persona que puede llenar los espacios en blanco, pero no estoy lista para esa confrontación todavía. Hay cosas más grandes que manejar, como Lila y Felix. Una vez que ese polvo se asiente, Papi tiene algunos grandes secretos que revelar.

—Joder —murmura Raphael—. Pero primero necesitamos...

CAPÍTULO II

ELIZA

Las luces se apagan de golpe, y todos miramos hacia el techo.

—Espera un momento, ¿qué demonios? —murmuro, frunciendo el ceño y levantando la mano mientras escuchamos un suave crepitar.

—Confinamiento en efecto hasta que haya cazado a Eliza Hughes y la haya destripado como a un pescado en viernes —resuena una voz distorsionada a través de un altavoz—. Todas las salidas están barricadas, y si intentan escapar, serán acribillados antes de que puedan dar dos pasos. Eso significa alejarse de las ventanas, y si alguien intenta algo, este lugar explotará como un gigantesco fuego artificial *de élite*.

—Felix —gruño, apretando los puños con tanto esfuerzo para no abrir un agujero en la pared.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunta Oliver, poniéndose manos a la obra. Saca una pistola de la funda en su espalda y la revisa.

—Por la forma en que dijo "de élite". Celos. Lila creció con dinero. Probablemente asistió a las mejores escuelas y universidades. Lo élite no le molestaría. Además, ella no quiere hacerme daño.

Todavía no les he contado a los chicos lo que Lila dijo sobre que mi madre quería huir de esta vida. Aún no lo he procesado correctamente.

—¡Sal, sal, donde quiera que estés! —canturrea Felix por el altavoz.

—Eliza, ¿tienes un plan? —susurra James mientras un torrente de estudiantes vuelve a entrar en la sala con nosotros, algunos aterrados y otros preparándose.

—Esto se está convirtiendo en un verdadero dolor de culo —murmura Robert, mirándome con furia.

Es entonces cuando lo veo.

Sus ojos son iguales a los de mi madre. Como los míos. Ella siempre decía que los habíamos heredado de su padre. El Gannon de la familia.

Tragando la saliva que inunda mi boca al pensar en mi madre, sacudo la cabeza.

—¿No? —pregunta Oliver, con un tono de incredulidad colándose en su voz al malinterpretarme.

—Estoy trabajando en ello. —Recorro la sala con la mirada.

Tarquin está junto a una ventana, mirando hacia afuera con el ceño fruncido. Raphael golpea el suelo con el pie, una tormenta formándose en sus ojos azul acero. La mandíbula de Oliver está tensa mientras James entra en modo asesino, letal y frío.

—Quiere verme muerta —digo, con voz baja pero feroz—. Y vamos a hacerlo salir.

—¿Y si es un trabajo interno? —pregunta Raph.

Echando un vistazo al revuelo de estudiantes en el auditorio, suspiro. —Es difícil saberlo,

confiamos entre nosotros y punto.

El peso del liderazgo se asienta sobre mis hombros como un manto; el miedo no es una opción. Cada respiración es medida, cada decisión es crítica. Está claro que los estudiantes se dirigieron a esta sala en particular porque yo estoy aquí. Esperan que yo arregle esto, y lo haré o moriré en el intento. Ya estoy harta de que pequeños imbéciles y zorras vengan a mi territorio a joderme.

Felix es un fantasma entre nosotros, invisible pero audible.

—Quédate aquí —le digo a Robert—. No dejes entrar a nadie, y si alguien lo intenta, dispárale.

—Lo tengo controlado, Reinita —responde, amartillando su pistola y dedicándome una sonrisa firme.

—Eres de oro, ¿lo sabías?

—Eso es lo que dice mi padre.

—Hombre inteligente. —*¿Mi tío?*

—Vámonos. Mantengan los ojos abiertos —murmuro a mis chicos mientras me muevo entre la multitud, flanqueada por ellos. Tengo que liderar, proteger y sobrevivir.

—Donde quiera que *estés*. Voy a por ti, pequeña zorra privilegiada, y traigo el infierno conmigo.

—Auch —murmura Oliver—. Realmente odias a este tipo.

—Él me odió primero —le respondo bruscamente, dedicándole una sonrisa tensa mientras él se ríe—. Puedo seguir siendo adulta mientras tengo una rabieta infantil, gracias.

—Oh, por favor, adelante —responde él.

En el pasillo de este antiguo edificio que está literalmente construido como una fortaleza, me detengo y miro alrededor. Está más oscuro aquí, sin ventanas reales, solo paneles de vidrio en lo alto de las paredes de piedra. —Creo que es mejor que nos separemos —digo, con voz baja y firme—. James, tú vienes conmigo. El resto, tomad el ala oeste.

James asiente. No hay discusión en sus ojos, solo ese brillo familiar de algo oscuro y emocionante. Estoy siendo estratégica, pero también estoy siendo una idiota. Quiero pasar tiempo de calidad con él, y qué mejor manera que cazando a un pequeño imbécil. Juntos, nos escabullimos de los demás, nuestros pasos silenciosos sobre el antiguo suelo de piedra. El edificio principal de la universidad es un laberinto de sombras, con la carga de la historia en cada piedra.

—Por aquí a la izquierda —susurro, deteniéndome para echar un vistazo a la vuelta de la esquina y viéndola despejada, guiando a James por un pasadizo estrecho. La estructura de castillo del edificio universitario parece cerrarse sobre nosotros, presionando el peligro sobre nosotros.

Continuamos, nuestros pasos resonando ahora en los pasillos vacíos, el único sonido además de nuestra respiración.

Un ruido repentino nos detiene en seco: un sonido de arrastre detrás de una de las puertas. Intercambiamos una mirada, comunicándonos sin palabras. Alcanzo el pomo, contando silenciosamente hasta tres, y luego irrumpo en la habitación, con Flick en alto, lista para cortar y rebanar.

Está vacía, solo una pila de sillas y una pizarra con ecuaciones a medio borrar. Exhalo mientras James coloca una mano en mi hombro, una silenciosa tranquilización.

—Por aquí —dice, señalando una estantería que parece ligeramente entreabierta. La empuja, revelando un pasaje oculto, oscuro y estrecho. Sin dudarlo, entramos, las paredes cerrándose a

nuestro alrededor, lo desconocido extendiéndose ante nosotros.

Mirándolo con el ceño fruncido, lo empujo en el hombro.

—¿Cómo sabías de esto?

Él sonríe. Es una sonrisa feroz, y me emociona.

—He estado aquí un tiempo y conozco la mayoría de sus secretos.

—Quieres decir que tu padre te los transmitió.

Se ríe.

—Algunos de ellos.

—Qué suerte tienes.

Emergemos a una habitación más grande, el aire rancio y mohoso por el desuso pero por lo demás vacía.

A medida que nos adentramos más en el edificio, cada sombra parece viva, cada silencio cargado con la amenaza de traición. Es un juego del gato y el ratón en la oscuridad, y ambos somos depredadores en la caza.

—¿Dónde coño está? —murmuro, dejando que la ira me domine.

—Lo encontraremos. O los otros lo harán —responde James, deteniéndose repentinamente en un túnel estrecho, haciendo que choque contra su espalda.

—Oye —susurro.

—Lo siento, se ha puesto muy oscuro. Necesito un segundo.

Saca algo de sus pantalones de combate y luego enciende una pequeña linterna con un haz estrecho antes de continuar.

Un largo corredor se extiende ante nosotros, flanqueado por puertas, cada una un posible escondite para el traidor que se atreve a amenazar lo que es mío.

Llegamos a una puerta al final, y James mira por encima de su hombro.

—¿Estás lista?

—Siempre.

La abre de golpe hacia una habitación oscura como boca de lobo, el tipo de oscuridad que sientes en los huesos. Enciendo la aplicación de linterna en mi teléfono, necesitando la luz extra, y barro el haz por la habitación.

—Despejado —grita después de un tenso momento que se alarga demasiado para estar cómodos.

—Vamos —su voz es baja y firme.

Mientras atravesamos la habitación oscura para aparecer en un corredor iluminado, nos encontramos cara a cara con los otros chicos. Puedo notar que algo anda mal en el momento en que los alcanzamos. La mandíbula de Oliver está tensa, sus ojos revoloteando entre Raphael y Tarquin como si tratara de leer sus mentes.

—¿Encontrasteis algo? —pregunto, yendo directo al grano.

—Nada, y eso es lo que me molesta —espeta Oliver, con frustración impregnando sus palabras.

—Entonces sigamos buscando.

—Pero ¿cómo conoce este lugar mejor que nosotros?

—Buena puta pregunta —gruño, pero los empujo para seguir buscando.

—Acabamos de venir de allí —grita Tarquin.

—No significa que él lo sepa y piense que está despejado.

—Justo —murmura mientras pasamos como barcos, y siento a James deslizarse detrás de mí.

El Castillo se cierne sobre nosotros, las paredes de piedra susurrando secretos de una época

pasada. Me giro sobre mis talones, y cada crujido bajo mis botas es un recordatorio de que el peligro acecha tan de cerca como los recuerdos que rondan estos pasillos.

El aire se vuelve aún más frío mientras descendemos por una estrecha escalera. No puedo sacudirme la sensación de ojos hormigueando en mi piel, pero la aparto. La paranoia no nos ayudará ahora.

—Izquierda —murmuro por instinto, mi mano rozando la húmeda pared de piedra en busca de guía. Nos deslizamos por un arco hacia un corredor iluminado por luces de emergencia esporádicas que arrojan más sombras que iluminación—. ¿Por qué está iluminada esta parte?

—Estamos bajo el escenario —murmura James.

—Oh, eso no es nada espeluznante.

Se ríe y toma mi mano. Es como ser alcanzada por un rayo.

Mis sentidos están al máximo, buscando la más mínima pista de Felix y su grupo.

Doblamos otra esquina, y veo una puerta ligeramente entreabierta, una franja de oscuridad llamándonos.

El tiempo se nos escapa, y si no encontramos a Felix pronto, todos estamos tan buenos como muertos.

—¡Eliza! ¡El tiempo se acaba!

El repentino estruendo de mi nombre me hace saltar, agarrando a Flick con más fuerza mientras maldigo.

—Vete a la mierda, imbécil.

—¿Izquierda o derecha? —pregunta James, con voz baja, cuando llegamos a una bifurcación en el corredor.

—Derecha —decido sin dudar.

Nos movemos rápidamente, revisando cada puerta que pasamos, cada rincón sombrío donde podría acechar el peligro. Se siente como si estuviéramos persiguiendo a un fantasma, pero él está aquí, en alguna parte, observando, esperando el momento perfecto para atacar.

—Eliza —dice James, su mano en mi brazo tirando de mí justo cuando estoy a punto de dar un paso adelante.

—¿Qué? —espeto, irritada por el retraso.

Señala el suelo. Un cable delgado se extiende por el pasillo, apenas visible, casi invisible contra el suelo oscurecido. Una trampa. Mi corazón martillea en mi pecho. Tan cerca.

—Mierda, gracias —susurro, pasando por encima cuidadosamente, mis ojos escaneando en busca de más trampas. No podría asegurar que Felix puso eso, es espeluznante como la mierda aquí abajo, pero podría haber más. Ni siquiera pensé en mirar, así que gracias a la puta madre por James.

Entonces, una sombra se mueve más adelante: una figura deslizándose al doblar una esquina. Sin pensar, echo a correr, con James pisándome los talones. Doblamos la curva y nos detenemos.

—Eliza —se burla, levantando una pistola de aspecto malvado que sin duda podría volarme la cabeza limpiamente de los hombros—. Te crees tan intocable, ¿no?

—Baja el arma —ordena James, su pistola apuntando a mi medio hermano—. Sabes quién soy, así que sabes que no fallaré.

Los ojos de Felix se desvían brevemente hacia James, el miedo destellando porque lo sabe. Pero está demasiado lleno de odio para retroceder.

Es un punto muerto, el aire cargado con la posibilidad de violencia. Casi puedo saborear la tensión, mis sentidos vivos. Este es un enfrentamiento que hace que el que tuve con Lila parezca insignificante en comparación.

—Yo tampoco —se burla Felix con una sonrisa malvada.

Pero no retrocedemos. No podemos. Hay demasiado en juego.

—¿Por qué me odias? —suelto de repente, lo que hace que James me lance una mirada que podría matar a una planta de interior. Pero necesito saberlo—. ¿Estás celoso?

—¿Celoso? —se burla Felix—. ¿De ti?

—Sí, porque tengo un padre que me ama y me hizo su heredera del imperio.

—Que te jodan —escupe—. Solo eres una niñita jugando a ser dura. Te he estado observando durante meses. He analizado cada uno de tus movimientos. No tienes lo que se necesita para sobrevivir en este mundo.

Me estremezco, pero no por la revelación de que me ha estado observando tan de cerca durante meses. Oh, no. Es por la arrogancia de pensar que, incluso después de todo eso, no lo tengo en mí—. Que te jodan, imbécil. ¡Podría patearte el culo de aquí a la semana que viene!

—Vamos entonces, pequeña zorra —gruñe, y me abalanzo mientras Felix se mete la pistola en los pantalones—. Me muero por patearte el culo.

—¡Oh, igual! —gruño y salto sobre él mientras James suspira pesadamente, audible incluso sobre nuestros gruñidos.

—Eliza —espeta—. Por el amor de Dios, podría haberte volado la cabeza.

—No tiene las agallas —gruño, pateando a Felix precisamente allí.

Él gime y se dobla, y yo sigo con un codazo en el costado de su cabeza. Felix tropieza, chocando contra la pared con un golpe sordo que me emociona más de lo que debería. James se mueve a mi lado, con la pistola aún apuntando a Felix.

Pero puedo verlo en los ojos de James: la forma en que se está conteniendo, dejándome tener este momento. Porque sabe lo personal que es, cuánto necesito probarme a mí misma que puedo derribar a este imbécil.

Felix sacude la cabeza, tratando de aclarar las estrellas que, sin duda, están bailando ante sus ojos. Gruñe algo vil en mi dirección, pero yo ya me estoy moviendo de nuevo. Mi puño conecta con su mandíbula, y hay un crujido satisfactorio.

—Eliza —advierte James de nuevo mientras echo el brazo hacia atrás para otro puñetazo—. Lo necesitamos vivo hasta que sepamos quién más está aquí.

—Ya lo sé, joder —espeto sin mirarlo porque Felix está tratando de apartarse de la pared e ir por algo dentro de su chaqueta. Pateo, mi pie atrapando su muñeca y golpeándola contra la piedra. Un cuchillo cae al suelo con un tintineo.

—¡Marica! —escupo—. ¿No puedes vencer a una chica con tus puños, eh?

El conflicto surge de nuevo, casi como una danza: James vigilando mi espalda mientras yo golpeo a Felix hasta someterlo. Estamos sincronizados a pesar del caos, a pesar del filo salvaje en mis movimientos impulsados por la adrenalina.

Toma lo que se siente como segundos pero podrían haber sido minutos antes de que Felix esté de rodillas, sangrando y roto. Pero no muerto, porque James tiene razón, lo necesitamos vivo: para información, para tener influencia.

Finalmente doy un paso atrás, con el pecho agitado y los nudillos en carne viva por la paliza que le di. James por fin da un paso adelante, presionando su pistola contra la sien de Felix con una calma fría que me pone los pelos de punta—. Ni siquiera respires, joder —murmura.

Me paso el dorso de la mano por la boca, sintiendo el labio partido donde Felix logró acertar un golpe. El sabor de la sangre es metálico y agudo, pero no me molesta tanto como debería. Esta es la vida en la que nací, la vida que elijo todos los días.

—Eliza —dice James, con voz baja—. Átalo. Tenemos que volver con los demás.

Asiento, sacando bridas de mi bolsillo (siempre hay que estar preparada) y rápidamente ato las manos de Felix detrás de su espalda. Está gimiendo, escupiendo sangre y maldiciones con igual veneno. Pero ya no es una amenaza; ahora es solo un saco de mierda lamentable a nuestra merced.

—¿Dónde está el resto de tu equipo? —pregunto, levantándolo del suelo.

—¿Quién necesita un puto equipo? —escupe en respuesta.

James y yo intercambiamos una mirada mientras James se encoge de hombros y nos guía por una puerta diferente donde llegamos a la luz del día y al aire libre. Escaneando el área, no veo a nadie, pero luego me río disimuladamente mientras avanzamos, y el resto de los chicos tienen a un puñado de hombres de rodillas—. Parece que tú sí, pequeña zorra —digo, usando sus palabras en su contra.

—Que te jodan.

—Lo mismo digo.

Sí, no puedo evitarlo. Saca a la niña mezquina que llevo dentro. Es mi hermano, sin puta duda.

CAPÍTULO 12

ELIZA

Con cada zancada, mi corazón late al unísono, pero mi agarre sobre Felix es firme. Él tropieza a mi lado, con las manos atadas a la espalda, su destino sellado por la traición.

—Muévete —le espeto, mi voz haciendo eco en los edificios circundantes.

Los estudiantes están por todas partes, saliendo en tropel del edificio después del confinamiento mientras pasan apresuradamente, ansiosos por continuar con sus noches.

Por un breve instante, desearía poder simplemente irme a casa y relajarme, pero no. Tengo que lidiar con mi medio hermano, que es un completo imbécil.

Dejando a los otros tres chicos para que se encarguen del grupo, James y yo aceleramos el paso, abriéndonos camino entre la multitud de estudiantes. Puedo sentir sus miradas sobre nosotros, percibir sus especulaciones susurradas. Saben que es mejor no interponerse en nuestro camino. Felix también debe sentirlo; se ha quedado callado, el desafío drenándose de él con cada paso hacia nuestra casa adosada.

—Casi en casa —murmura James. Puedo escuchar la promesa de retribución en su voz. Felix va a hablar, de una manera u otra, y me voy a asegurar de que le saquemos hasta la última mueca de desprecio porque nadie intenta derribarme sin pagar el precio.

Felix tropieza mientras lo apresuramos. Ahora, no es más que un medio para un fin, un eslabón roto en nuestra cadena que necesita ser reparado o eliminado.

O está trabajando por su cuenta o para Lila. No importa, pero quiero saberlo para poder sacarlo de este tablero.

Marchando a través de la casa adosada y bajo las escaleras, la puerta del sótano cruje cuando la abro de un tirón, el sonido haciendo eco en las paredes de hormigón. La luz del nivel del suelo se desvanece, sumiéndonos en la penumbra de abajo, donde una sola bombilla proyecta una luz pálida y enfermiza.

—Siéntate —ordeno, forzando a Felix a sentarse en la fría silla con un empujón decidido.

—¿Estás trabajando solo o con Lila?

—¿Quién coño es Lila? —escupe.

—Lila Foster —digo con calma—. ¿Te suena de algo?

—No.

—Dios, eres un imbécil.

—Y tú una pequeña zorra.

—¡Cierra la puta boca! —ruge James de repente, golpeando su mano sobre la mesa aún manchada con la sangre de David.

Felix se retuerce bajo el escrutinio de James. El sudor perla su frente, captando la débil luz y haciéndolo parecer aún más patético, si es posible. Sus labios se separan, pero no sale ningún

sonido de inmediato, solo la respiración entrecortada de un hombre que sabe que está acorralado.

Mi postura es rígida, sin ceder ni un centímetro. Esto no es solo por la traición; es personal, una herida que supura en mi pecho y necesita ser cauterizada.

Me inclino más cerca, invadiendo su espacio, asegurándome de que sienta mi presencia, mi poder. James está de pie al otro lado de la mesa, un ejecutor letal, la promesa de violencia emanando de él en oleadas. La mirada de Felix se dirige hacia él y rápidamente vuelve a mí, sabiendo muy bien dónde reside la verdadera amenaza.

Sin ofender a James, obviamente.

—Habla —espeto, mi voz haciendo eco en las paredes.

Me mira con furia. —No estoy trabajando con Lila.

—Dices su nombre como si la conocieras.

—Sé de ella. Lo sé todo sobre ti.

—Bueno, entonces supongo que necesito ponerme al día, si me molesto después de esto. ¿Por qué me odias? No te he hecho una mierda. Si quieres odiar a alguien, odia a papá. Él es quien te abandonó. —Sí, es duro, y no estoy menospreciando a mi padre; estoy tratando de medir la reacción que obtengo.

Sus ojos destellan furiosamente. *Bingo.*

—¿Así que crees que puedes llegar a Papito a través de mí? ¿Es eso lo que es esto?

—Prácticamente, joder.

—Apestas.

—Tú también.

—¡Oh, por Dios! —exclama James, presionando sus manos contra sus ojos como si no lo creyera—. ¿Pueden terminar con los comentarios sarcásticos?

—Clásico hijo único —chasqueo la lengua, sacudiendo la cabeza mientras Felix se ríe por lo bajo.

Nos fulminamos con la mirada, pero el golpe a mi corazón es jodidamente real y me deja sin aliento.

—Mira quién habla —espeta James, señalándonos a ambos.

Observo a Felix, estudiándolo. La arrogancia es real, pero algo ha cambiado.

—Dame una buena razón por la que no debería dejar que él haga lo que mejor sabe hacer —le digo a Felix, mi voz tan fría como el aire del sótano mientras asiento hacia James.

Felix me mide, captando la fría promesa en mis ojos. Puedo ver que está sopesando sus opciones: hacerse el duro o negociar por su pellejo. Después de un momento agonizante de silencio, traga saliva con dificultad.

—Porque tengo mierda que necesitas saber —dice entre dientes apretados.

Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros, como cebo en un anzuelo que no estoy segura de querer morder. Pero la curiosidad es una perra persistente, y ahora mismo, me tiene agarrada por las pelotas.

—¿Qué mierda? —pregunto, mi voz desprovista de cualquier calidez o paciencia—. Suéltalo ya.

—Tu madre. Sé quién la mató.

—Mentira —gruñe James mientras yo me quedo ahí parada como un ciervo encandilado por los faros.

Felix sonríe con desdén, pareciéndose más que nunca a mi padre.

Nuestro padre.

Siento que mi sangre se congela y hierve al mismo tiempo. Esto no es lo que esperaba. No de

Felix, no ahora. La muerte de mi madre siempre ha sido una herida que nunca sanó completamente, un tema intocable dentro de nuestra familia, más aún ahora que conozco la verdad. O media verdad, por así decirlo.

—Empieza a hablar antes de que pierda la puta paciencia —exijo, mi voz baja con una amenaza que es más promesa que advertencia.

—¿Cuánto vale para ti?

James levanta su arma y la presiona bajo la barbilla de Felix. —Tu vida.

Felix se lame los labios nerviosamente, la fachada engreída desmoronándose al sentir la gravedad de su situación. —No fue un accidente, Eliza.

—Dime algo que no sepa.

Sus ojos brillan con triunfo, sabiendo que me tiene contra las cuerdas. Y así es. Ni siquiera me atrevo a respirar ahora mismo. El puro entumecimiento que me ha invadido hace que sea difícil mantenerme en pie. Tengo la horrible sensación de que me va a decir que mi padre lo hizo.

La tensión en el aire es tangible, pesada y eléctrica, como si estuviera lista para chispar y encenderse en cualquier segundo. Mantengo mi mirada fija en Felix, ahogándome en el veneno de su mirada, luchando contra la tormenta que ruge dentro de mí. El frío del sótano se cuela en mis huesos, pero no puede enfriar la furia que hierve en mi sangre.

—Eliza, sea lo que sea que diga, no lo escuches —advierte James, su voz gruñendo con ferocidad protectora. Pero su advertencia cae en oídos sordos; necesito saber.

—Estoy esperando —presiono, mi voz firme a pesar del huracán que arrasa en mi pecho.

Felix me fulmina con la mirada, ganando unos preciosos segundos. El arma de James se mantiene firme en su posición, un jugador silencioso en nuestro juego mortal.

—Tu padre no la mató —comienza Felix, y contengo el sollozo que estaba a punto de estallar de alivio, sin estar segura de por qué estoy entreteniendo esta locura. Esto pasó de Felix tratando de matarme a él sabiendo quién mató a mi madre.

¿Qué coño está pasando?

—Estás mintiendo para salvar tu culo, ¿verdad? —Me siento noqueada. Mi visión se nubla momentáneamente antes de volver a enfocarse con claridad letal.

—No —dice de nuevo.

—¿Entonces quién fue? —pregunta James—. Y elige tus palabras con cuidado, me estás cabreando y quiero matarte.

—Vaya, no se anda con rodeos, ¿eh? —pregunta Felix, dándome una sonrisa temblorosa.

—¿Quién fue?

—¿Sabes cuál es mi apellido? —pregunta, tomándome por sorpresa.

—¿A quién le importa una mierda?

—A ti te importará.

—¡Basta! —rujo, agarrando su camisa con fuerza mientras lo arrastro más cerca de mí—. ¿Quién coño mató a mi madre?

—*Mi* madre —dice con firmeza—. ¿Quieres saber mi apellido ahora?

Lo suelto mientras mi puño se afloja. Podría darme tres intentos, pero lo adivinaría al primero. Simplemente lo sé.

—Foster —escupe, y el suelo se precipita para encontrarse conmigo mientras todo se vuelve negro.

CAPÍTULO 13

ELIZA

Me escondo detrás de las pesadas cortinas de terciopelo, espiando la sala donde mi padre preside la reunión. El aire está cargado de humo de cigarro y el tintineo de vasos de whisky. Soy un fantasma aquí, silenciosa e invisible, aprendiendo los entresijos de nuestro mundo oculto. Mi padre se sienta a la cabecera de la gran mesa de caoba, un rey entre hombres que aspiran a ser reyes. Hablan en tonos bajos que cargan con un peso, cada palabra medida, cada pausa llena de intención.

—Presta atención a sus ojos —me susurró una vez mi padre, con una voz tan firme como la mano que apoyó en mi hombro—. Los ojos no pueden mentir como lo hacen los labios.

Ahora, observo esos ojos: cómo se entrecierran, destellan con codicia o miedo, revelan los pensamientos que las palabras intentan ocultar. Los hombres hablan de territorios y negocios, pero yo veo el baile del poder desarrollándose. Lo deseo, el dominio que mi padre ejerce, el respeto que impone. Es más que un simple deseo; es saber en lo más profundo de mis huesos que un día me sentaré donde él se sienta, tomaré las decisiones que él toma.

Luego soy mayor, sentada frente a mi padre en su despacho, la habitación donde la estrategia se convierte en nuestra religión. Despliega mapas y fotografías, fichas en un juego demasiado mortal para los no iniciados.

—Eliza —dice, y no hay duda de la gravedad en su voz—, en esta vida, cada movimiento debe ser premeditado. No solo reaccionas; planeas diez pasos por delante.

Me muestra el tablero de ajedrez en su escritorio, las piezas talladas en marfil y ébano. Su dedo golpea un alfil. —¿Ves esto? Se mueve en diagonal, cruzando el tablero. Tiene poder, sí, pero su camino es predecible. Sé la jugadora, no la pieza.

Me inclino, absorbiendo cada lección. Habla de alianzas, de fintas y faroles, de cómo a veces el movimiento más poderoso es el que no haces. Lo absorbo todo porque sé que el conocimiento es poder en nuestro mundo, y si voy a liderar, si voy a proteger lo que es nuestro, necesito ese poder.

—Tu mente, Eliza —continúa mi padre—, es tu mejor arma. Afílala. Úsala. Con ella, los superarás a todos.

Le creo.

De repente, estoy rodeada de gente otra vez, pero esta vez estoy en la habitación, notada pero ignorada.

Son figuras de un mundo sombrío donde lo que está en juego es la vida y la muerte. Mi padre se sienta a la cabecera, su rostro tenso mientras escucha los informes de sus lugartenientes. Hay una tensión aquí que puedo saborear.

—Un ataque —dice uno de ellos, un hombre con una cicatriz que le recorre la mejilla—. Es

inminente.

Padre asiente, sus ojos duros. Se levanta, camina. Contengo la respiración. Este es el momento en que debe decidir entre lo malo y lo peor.

—Mátenlos a todos.

Me veo a mí misma acostada en la cama, abrazando mi oso de peluche, pero ya no soy realmente una niña, ¿verdad? No después de presenciar eso. El sacrificio no es solo una palabra; es sangre y lágrimas. Es hacer lo que debe hacerse, incluso cuando tu alma grita que no.

Parpadeando, los años pasan volando, y tengo dieciséis, de pie en el gimnasio con Vince, el ejecutor de confianza de papá. Es una montaña de hombre, todo músculo y barba canosa, pero sus ojos son amables cuando se encuentran con los míos.

—¿Lista? —pregunta, lanzándome un par de guantes.

—Siempre —mi respuesta es rápida, automática. Me pongo los guantes, sintiendo el cuero moldearse en mis manos. Vince me enseña cómo dar un puñetazo, cómo recibir un golpe, cómo mantenerse en pie cuando cada fibra de tu cuerpo quiere desplomarse.

—Concéntrate en el pecho de tu oponente, no en sus ojos —instruye—. Te dirá hacia dónde se moverá después.

Mi cuerpo se mueve con una gracia nacida de la necesidad, cada bloqueo y contraataque una danza con el peligro. Me deleito en el sudor y el ardor de mis músculos, porque esto es poder: la capacidad de defenderme, de luchar, de sobrevivir.

—Bien —gruñe Vince mientras esquivo un jab particularmente rápido—. Le estás cogiendo el tranquillo.

Sonrío con suficiencia, jadeando, sintiendo la feroz alegría del esfuerzo.

—¿Cogiendo? Creo que ya lo tengo.

Vince se ríe, negando con la cabeza.

—Nunca seas arrogante, Eliza. El exceso de confianza te mata.

Asiento, poniéndome seria. Tiene razón, por supuesto. En nuestro mundo, la línea entre la vida y la muerte es fina como una navaja, y yo la camino a diario con el equilibrio de un funambulista. Cada habilidad, cada lección de Vince es un nudo en la red de seguridad que tejo para mí y mi familia.

—Otra vez —dice Vince, y arremeto contra él, puños volando, corazón latiendo con fuerza, y cuando pienso que todo ha terminado y que puedo desplomarme en el suelo por una semana, mi padre toma el relevo.

—Puños arriba, Eliza. Los Hughes no se quiebran.

La sangre empapa los escalones de entrada de nuestra propiedad, un cuadro sombrío expuesto para cualquiera que se atreva a acercarse. Me encuentro detrás de la pesada puerta de roble, mirando a través del cristal con diseño de diamantes, con el aliento atrapado en la garganta. Una vez, esta casa se erigía como una fortaleza inexpugnable, pero la traición ha erosionado sus cimientos.

—Eliza, arriba. Ahora. —La voz de mi padre es como un latigazo de autoridad, y obedezco sin cuestionar. Me sigue, sus pasos pesados por el peso de la pérdida inminente. Nos detenemos en lo alto de la gran escalera, con vistas al vestíbulo, donde la sangre se mezcla con el cristal hecho añicos.

—Mírame —ordena, y lo hago—. Un día, todo esto será tuyo —dice.

—Lo sé.

—Entonces defiéndelo.

Parpadeo, tomando el arma que presiona en mi mano mientras los hombres suben corriendo las escaleras.

Girándome, disparo sin pensarlo dos veces. Dieciocho años y una asesina.

Es lo que papá hizo de mí.

—Inteligente. Capaz. Astuta. Eres todo lo que esta familia necesita para sobrevivir.

El acero de mi pistola está frío contra mi piel, un recordatorio de la vida que llevo. Me encuentro en las sombras del despacho de mi padre, el mismo lugar donde aprendí a jugar al ajedrez con vidas y lealtades como peones y caballeros. Cada recuerdo, una lección grabada en mi ser, moldeándome en la líder que soy ahora: inflexible, estratégica, preparada para el embate de este mundo traicionero.

Soy la reina, la gobernante de este tablero de ajedrez del inframundo, y juego para ganar.

Es hora de mover mis piezas por el tablero y dar jaque mate a los enemigos que creen que pueden destronarme.

GIMIENDO, levanto la mano hacia mi cabeza mientras James se agacha a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sobreviviré —murmuro, sacudiéndome las extrañas secuencias de recuerdos inundados que me golpearon mientras estaba inconsciente. Cosas de mi pasado que me definieron y me convirtieron en quien soy.

Poniéndome de pie, rechazo la ayuda de James y me vuelvo hacia Felix. Él me sonríe con suficiencia por mi aparente debilidad, pero no sabe que es porque no he comido bien en tres días, ni que apenas he dormido, ni que toda esta mierda literalmente me ha quitado el suelo bajo los pies.

—Foster —gruño—. Pequeño cabrón. Así que estás trabajando con ella.

—Nah —se encoge de hombros—. No soporto a esa zorra. Pero eso no cambia nada. Quiero poder. Poder real, Eliza, y tú vas a ser quien me lo dé.

—En tus sueños.

—¿Quieres que te entregue a mi madre en bandeja de plata? Yo soy tu hombre.

—No.

—No le creas —afirma James, señalándolo mientras me fulmina con la mirada.

—Acabo de decir que no —murmuro pacientemente, lo que lleva a que me mire aún con más enojo.

—¿De verdad crees que puedes jugar a dos bandas y salir con vida? —escupe James, su ira irradiando en oleadas mientras se vuelve hacia Felix, listo para arremeter contra él.

Me deslizo entre ellos, mi presencia como una barrera de hielo. —Retrocede, James —no puedo permitir que nuestros temperamentos se inflamen ahora, no cuando hay un juego más grande en marcha.

Mis ojos se clavan en los de Felix, y él sabe quién es el depredador alfa. —Si me traicionas, personalmente arrancaré la carne de tus huesos.

—Entendido.

—¿Por qué odias a tu madre?

—Porque estaba consumida por el odio hacia tu madre, su hermana, por llevarse al hombre del que estaba enamorada, quien la dejó con un niño que criar.

—Papá dijo que no lo sabía.

—No me sorprendería. Mi madre es del tipo vengativo, y le gusta la venganza fría. No tengo duda de que estaba esperando para usarme para llegar a él.

—Suena como una joya.

—Podrida hasta el centro, tal vez.

—A pesar de eso, ¿quieres que muera?

La pregunta queda suspendida en el aire.

—Definitivamente golpeada; muerta si sucede, no me importa. Pero quiero que sepa que tuve parte en su caída —su expresión viciosa sería difícil de fingir, incluso para el mejor actor, especialmente con James volviendo a agitar su arma en su cara.

—¿Por qué diablos confiaría en ti ahora después de todo?

—Porque ambos queremos lo mismo. Simplemente estaba pasando el tiempo hasta que te dieras cuenta.

—¿Darme cuenta de qué?

—De quién era yo y lo que podía hacer por ti. Quería tu atención —sonríe con suficiencia.

—¿Así que intentaste matarme?

—Esa parte nunca fue real. Divertida, tal vez, pero no iba a matarte.

—Eliza... —advierte James al ver que estoy a punto de ceder.

Pero qué diablos. Realmente le creo. Felix. Mi medio hermano-medio primo. *Contengan las arcadas.*

Tuvo múltiples oportunidades para eliminarme y no lo hizo. Ni siquiera sabía que me estaba observando lo suficientemente cerca como para igualar mis movimientos, encontrar el mismo cuchillo exacto que el mío y tomarme una foto mientras dormía. No estoy segura de lo que eso dice sobre *mí*, pero dice mucho sobre *él*.

—¿Quieres un trozo de este pastel?

—Quiero ser un Hughes.

—Vas a tener que pasar por Papito.

—No le tengo miedo —se burla.

Me río. —Oh, deberías. Deberías estar meándote en los pantalones.

Traga saliva y palidece ligeramente.

La bravuconería de Felix se marchita como una flor en invierno, y no puedo evitar deleitarme con el cambio de poder. A pesar de toda su charla, de toda su fanfarronería, debajo de todo, es solo otro hombre tratando de abrirse camino fuera de las sombras, y nuestro padre me enseñó que yo soy el sol: es mi luz en la que está desesperado por bañarse.

Me vuelvo hacia James, que sigue enojado pero confía en mi juicio, o al menos lo respeta lo suficiente como para no discutir. Su lealtad es inquebrantable, anclándome de maneras que nunca me atrevo a decir en voz alta. Pero ahora mismo, el enfoque debe estar en la guerra inminente en nuestra puerta.

—La mierda en la que estamos es más profunda que el Támesis y está a punto de llenarse de más cuerpos. ¿Quieres ser un Hughes? Te lo ganas; no lo exiges.

Felix asiente. —Estoy dentro.

Me acerco a Felix, mi mirada nunca vacilando de la suya. —Escucha bien porque no voy a repetirme. Si te pasas de listo, mueres. Si juegas, mueres. Si piensas en traicionarme, mueres. ¿Está claro?

Sonríe. Es lento y amenazante, pero lleno del tipo de alegría que solo se ve en esta vida. —Totalmente claro.

—Entonces esta es tu misión. Te dejamos ir, y me das todas las debilidades de tu madre.

—Eso llevará algo de tiempo. No somos exactamente los mejores amigos.

—Tienes tiempo. No mucho, pero algo.

—¿Cuánto? —pregunta con suspicacia.

—No mucho.

Pone los ojos en blanco. —Bien.

James corta las bridas, y Felix se pone de pie, frotándose las muñecas. Me tiende la mano, y con una mirada feroz, la tomo, aplastando sus huesos mientras la estrecho.

Se ríe.

—Bienvenido a la familia, imbécil.

—Aún no. Solo el gran jefe puede decirme eso.

—Es suficiente por ahora. Demuestra tu valía, y yo pavimentaré el camino dorado.

—Considéralo hecho.

Asiente, y con una mirada viciosa a James, se marcha del sótano, pasando junto a los otros chicos que bajan y lo miran sorprendidos, pero no intentan detenerlo.

Los pongo al día y luego declaro: —Necesito dormir y comer y luego dormir más.

—Comida primero —murmura James preocupado, pero mi mirada lo hace callar sobre el desmayo. No necesito que todos lo sepan.

—De acuerdo —murmuro, y nos dirigimos arriba a la cocina.

CAPÍTULO 14

RAPHAEL

Ya al día con la situación de Felix y ligeramente desconcertado pero adaptándome porque confío en mi chica, el timbre rompe el silencio, abrupto y exigente mientras paseamos por el Vestíbulo de Entrada camino a la cocina. Miro a Tarquin, quien está igual de sorprendido por la visita inesperada. No estamos acostumbrados a interrupciones en nuestro mundo cuidadosamente controlado.

—¿Cerramos las puertas? —pregunta Oliver con sospecha.

—Sí, lo que significa solo una cosa... —miro a Tarq.

—Papá —suspira.

—O otra caja espeluznante —murmura Eliza—. O Lila.

—Pensé que la caja era Felix, y ahora está de nuestro lado, y si es Lila, prepárate para organizar su funeral.

—Anotado —murmura y se relaja. La amo tanto, joder.

Me dirijo a la puerta y la abro de par en par para revelar a papá en todo su esplendor.

Está *furioso*.

En realidad, eso es quedarse corto.

Está prácticamente en llamas, echando humo de lo enfadado que está.

—Raphael, Tarquin —nos saluda, con voz como de grava, sin rastro de calidez. Pasa junto a mí.

Pasa rozando a Eliza sin siquiera un parpadeo en su dirección. Ella permanece inmóvil, una estatua esculpida de compostura y gracia, sus penetrantes ojos verdes siguiendo cada uno de sus movimientos. Levanta una ceja y articula sin sonido: «Vale, entonces».

—Ve a la cocina; estaremos allí en un momento —murmuro, besando la parte superior de su cabeza e intercambiando otra mirada con Tarquin. Sabemos que es mejor no hacerlo esperar. En su lugar, lo seguimos a la sala de estar.

—Vayamos al grano, muchachos —comienza papá, hundiéndose en un sillón como si fuera un trono y cruzando las piernas mientras nos lanza una mirada regia—. He oído que las cosas no van tan bien.

—Las cosas están bien —afirmo. *Sin debilidad*.

—Bien —murmura.

—Pero ya que estás aquí, ayuda un poco a tus chicos. ¿Sabías que Eliza era una Gannon?

Entrecierra los ojos. —Lo sabía.

—¿También sabías que los Gannon formaron parte de esta alianza hace tiempo?

—Hmm.

—¿Qué significa eso?

—Significa, hmm.

Maravilloso. El querido papá está siendo tan útil como siempre. Es un firme creyente en aprender haciendo. Así es como conseguí mi cicatriz.

Tarquin se apoya contra el mueble bar, con los brazos cruzados. —¿Y bien? —Su voz es firme, pero capto la corriente subyacente de desafío.

La mirada de papá se estrecha. —¿Qué opináis de ella?

—Te refieres a Eliza.

Me fulmina con la mirada. —¿Quién más?

—Es una verdadera Reina. Ha demostrado que es fuerte física y mentalmente. Está recibiendo los golpes, lidiando con ellos y siguiendo adelante.

—Lila Foster es un problema.

—No me digas. —Sintiendo el familiar picor de la irritación, contengo la actitud tanto como es humanamente posible—. Pero Eliza tiene nuestra lealtad. Se la ha ganado. —Me mantengo firme, asegurándome de que entienda la gravedad detrás de mis palabras.

—Recuerda con quién estás hablando, Raphael —advierte papá, su tono tan duro como el acero—. La lealtad puede ser un arma de doble filo.

—Solo si estás en el lado equivocado —dice Tarquin, su actitud casual contrastando con la tensión en su mandíbula.

Papá nos estudia a ambos, y hay una mirada calculadora en sus ojos que es demasiado familiar. No es difícil ver cómo nos veremos dentro de veinte años. No puede negarnos, eso es seguro. Su ceño fruncido es la misma mirada que nos vio a través de años de duras lecciones y altas expectativas. Nos está sopesando, midiendo la convicción en nuestras voces contra los recuerdos del pasado.

—¿Qué es lo que realmente te preocupa? —pregunto, acorralándolo de una manera que él a la vez detesta y respeta.

—Los cambios de poder —dice papá, con ese filo en su voz que podría cortar el acero—. Cambian las cosas.

En el momento en que las palabras de nuestro padre quedan suspendidas en el aire, siento que se me oprime el pecho. —¿Te preocupa que Eliza se vuelva demasiado fuerte? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia adelante.

No responde.

—Eliza es diferente —murmura Tarquin, pero sus ojos son agudos, como los de un halcón—. No solo está tomando el control; está redefiniendo el juego.

Asiento, sintiendo ese fuego en mis venas, el mismo que se enciende cada vez que pienso en ella. —Tiene visión, y nosotros la respaldamos.

—Viene de dos familias muy respetadas.

—¿Y?

—Eso significa que puede liderar dos familias muy respetadas. Unirlas, formar una alianza sólida que nos verá al resto de nosotros... menos unidos.

Y entonces caigo en la cuenta. —Ya veo.

—¿Lo ves? —Los labios de papá se aprietan en una fina línea, y por un segundo, veo algo como respeto, o tal vez comprensión, brillar en sus fríos ojos azules.

—Los Gannon fueron expulsados de la alianza por esa misma razón, ¿no es así?

—Hmm.

El impulso de poner los ojos en blanco es demasiado fuerte, y sucede automáticamente.

—Su lealtad, ante todo, es hacia mí —dice—. No hacia ella ni hacia Damon Hughes.

—Eso no es novedad. Los Carver primero. Pero eso no significa que Eliza no pueda confiar en que la respaldaremos. Ella significa más para nosotros que una simple toma de poder.

—¿Es así? Demuéstrenlo —dice, el desafío claro como el cristal.

—Obsérvanos —responde Tarquin, su tono ligero pero con un filo que podría cortarte si no tienes cuidado.

El silencio se extiende, espeso como la sangre.

—¿Recuerdan los muelles? —La voz de Tarquin rompe el silencio inesperadamente, y hay una sombra en su tono que no pertenece a nuestra lujosa sala de estar.

—Cada nudillo magullado —gruño, los recuerdos destellando como el brillo agudo de cuchillos en la oscuridad.

Papá levanta la mano para entrelazar los dedos frente a él como si estuviera a punto de ser entretenido, con una sombra de sonrisa en su rostro. —Ese fue su bautismo en esta vida. Ustedes, muchachos, tenían que ser fuertes o romperse.

—No había elección —responde Tarquin, con voz baja, casi un gruñido—. Tú te encargaste de eso.

Todavía puedo sentir el ardor de la sal en los labios agrietados, el dolor en los músculos llevados más allá del límite, día tras día. Éramos niños obligados a bailar con las sombras, a luchar con fantasmas hasta que nos convertimos en ellos.

—Eliza conoce el sacrificio —digo, alejando la oscuridad con cada palabra—. Ha caminado a través del fuego igual que nosotros.

—Más de lo que creen —replica papá, pero no hay orgullo en su voz, solo el frío filo del acero que hemos llegado a reconocer.

—Entrenar con muñecas rotas, hacer ejercicios con fiebre: sin piedad, sin debilidad —dice Tarquin—. Pagamos con sangre cada lección que nos inculcaste.

—Pagamos y aprendimos bien —añado, sintiendo que las viejas cicatrices se tensan en mi piel, recordatorios de lecciones grabadas profundamente.

—Eliza no es solo dura; es intocable —suelta Tarquin, y asiento, respaldando su jugada porque es la verdad—. Lo que nosotros pasamos, puedes estar jodidamente seguro de que Hughes lo duplicó porque ella es una chica.

—Construida del mismo fuego implacable —digo, mirando fijamente a papá—. No se acobarda, ni una sola vez.

—Bien. Eso está bien —dice después de un momento, y hay un destello de algo como reconocimiento en su mirada—. Porque este mundo la devorará si lo hace, y no quiero que ustedes, muchachos, se vean arrastrados por eso.

—Que lo intente. Pero ella no necesita que luchemos sus batallas; montaremos guardia mientras ella lidera —digo, con voz baja y firme.

Papá nos observa, su escepticismo lentamente reemplazado por algo que podría pasar por comprensión, o tal vez solo aceptación. Asiente una vez, de forma brusca y definitiva, lo más cercano a un acuerdo que probablemente obtendremos.

—Entonces más les vale estar preparados —advierte, su tono cargando el peso de todos los años que ha vivido en las sombras.

—Nacimos preparados —dice Tarquin.

Hay una larga y pesada pausa, durante la cual el único sonido es el tictac del reloj en la repisa de la chimenea. Papá se levanta, el indomable Rafe Carver. No sonríe, pero sus fríos ojos azules brillan con algo parecido al orgullo.

—Estén atentos a esa alianza —dice en voz baja—. Quiero saber exactamente cuándo

sucede.

—Por supuesto.

Papá se gira y camina hacia la puerta, sus pasos deliberados. Lo observo marcharse, sintiendo a Tarquin a mi lado sin necesidad de mirarlo. Hay un vínculo que va más allá de las palabras, una historia compartida entretejida en nuestras almas.

—Parece que la mierda acaba de hacerse más grande.

—Siempre lo hace —respondo—. Siempre lo hace.

CAPÍTULO 15

JAMES

Guío a Eliza por las estrechas escaleras, apenas rozando su espalda con mi mano. Apenas ha comido, pero al menos probó algo, lo cual es un comienzo. Llegamos a la puerta de mi habitación y la empujo con más fuerza de la necesaria. La habitación está impecable, como siempre, y Eliza arquea una ceja cuando entro, con ella siguiéndome.

—¿Algo en mente? —pregunta.

—Felix.

Se gira para mirarme, sus ojos afilados, casi como si estuviera lista para la batalla. —Sí, hablemos de él porque aparentemente crees que cometí un error.

—No necesariamente —empiezo, pasándome una mano por el pelo, sintiendo la tensión crecer entre nosotros—. Pero el cambio repentino fue inesperado.

Cruza los brazos, sus impresionantes ojos verdes sin parpadear siquiera. —Para mí también.

—Las segundas oportunidades pueden matarte en nuestro mundo —digo lentamente.

—Soy consciente.

—Lo sé.

—Entonces, ¿de qué se trata realmente esto?

—Eliza...

—Vamos, James. ¿Cuál es el verdadero problema aquí? —Me está desafiando con sus palabras, presionando por la verdad que he encerrado.

Hago una pausa, luchando con la confesión que araña mi garganta. —Es difícil, ¿de acuerdo? —Las palabras finalmente salen—. Difícil verte en peligro. Difícil no preocuparme de que un movimiento en falso pudiera...

—¿Pudiera qué?

Vacilo; no puedo mirarla a los ojos. Esta habitación es demasiado estrecha, demasiado llena de su aroma, y mis pensamientos son un desastre. Mi mirada cae al suelo.

—¿James? —Su voz corta el silencio como si estuviera tratando de alcanzarme a través de un océano.

—Cuando tenía diez años —comienzo, mi voz espesa con recuerdos que desearía poder ahogar—. Hubo este trato, algo entre nuestras familias, y salió mal. Muy mal.

—Cuéntame. —Se sienta en el borde de la cama como si fuera lo más natural del mundo.

—Tu padre... Damon prometió respaldo para el mío. Pero cuando las cosas se pusieron tensas, sus hombres nunca aparecieron. Mis padres apenas lograron salir, pero otros no tuvieron tanta suerte. —La última palabra sabe a ceniza en mi boca.

—James, yo... —Eliza exhala, sus ojos verdes oscureciéndose con algo parecido a nubes de tormenta.

—Desde entonces, he aprendido a no confiar en un Hughes. —Las palabras quedan allí, pesadas como el plomo entre nosotros.

—¿Incluso en mí? —Es un susurro, pero cae como un puñetazo.

—Especialmente en ti —lo digo sin pensar y luego me arrepiento al verla estremecerse—. No, no es así. Quiero decir, porque yo...

—Porque te importa. —No es una pregunta, pero tiene razón.

—Eliza, tu familia juega duro. Guardan rencores, y no puedo dejar de pensar en lo fácil que sería que la historia se repitiera. —Me apoyo contra la pared, sintiéndome atrapado por el pasado y la chica que es parte de él.

Se levanta, se acerca y se para justo frente a mí. —Yo no soy mi padre, James. Lo sabes, y por muy insensible que pueda sonar, estoy segura de que papá tenía sus razones. Se toma esta alianza en serio. Sé que lo hace.

—Saberlo y sentirlo no es lo mismo. —Aprieto los dientes, odiándome por dudar de ella, por tener siquiera esta conversación—. Tienes que entender, esto no es solo negocios. Es personal.

—Todo entre nosotros es personal —dice, y hay una ferocidad en ella, como si estuviera lista para luchar una guerra por mí, por nosotros.

—Mira, Eliza, quiero creer. Más que nada —admito, finalmente encontrando su mirada—. Pero la creencia es un lujo que no puedo permitirme, no en nuestro mundo.

—Entonces déjame demostrártelo. —Su voz es firme y fuerte—. Déjame mostrarte que puedes confiar en mí.

—¿Confías en mí? —le pregunto de vuelta porque hay algo que necesito hacer antes de que mi alma explote con la negación que me estoy forzando a mantener.

—Por supuesto —responde sin dudarlo.

Agarrando sus brazos con fuerza, la empujo bruscamente contra la pared. —Necesito que confíes en mí, Eliza.

—Lo hago —susurra.

—Quiero decir, que realmente confíes en mí. Necesito que me dejes hacer esto a mi manera.

—¿Y cuál es esa manera?

Inclinándome, mis labios rozan su oreja. —Quiero que me pelees. Quiero que luches y grites y me digas que no antes de que te meta mi polla tan profundo en el coño que lo sentirás por una semana.

Se echa hacia atrás ligeramente, tanto como la pared se lo permite. —¿Quieres mi consentimiento para violarme?

—Crudo, pero sí.

Sus ojos se encienden, y es todo lo que necesitaba de ella. —Eres oscuro, ¿verdad, James?

—Más de lo que crees.

Ella lucha en mi agarre.

—Dilo —murmuro—. Di que me dejarás hacer esto.

—Sí —ronronea y luego coloca su mano en mi pecho para empujarme hacia atrás. Tropiezo, dejándola ir brevemente, pero mis manos vuelven a subir, y la oscuridad cae sobre mí mientras la agarro con más fuerza esta vez.

—¡Para! —dice, tratando de liberarse de mi agarre.

—Quédate quieta —murmuro, quitando mis manos de ella para empujar bruscamente su pecho contra la pared.

—¡Suéltame! —Agarra mi muñeca, pero soy inamovible. No me contendré con ella porque sé que puede soportarlo. Mi polla ya está como hierro, y apenas hemos empezado este juego.

Su lucha enciende el impulso salvaje en mí. Le arranco la camiseta, rasgándola, exponiendo sus tetas envueltas en encaje negro.

—Joder —gruño mientras arranco la tela de su cuerpo, y ella se retuerce contra mí.

Eso es lo que necesito de ella: la lucha, el fuego. Hace que todo sea más intenso y real.

La arrastro hasta la cama, la tiro y la inmovilizo con mi cuerpo mientras ella lucha contra mí. Sujetando sus muñecas sobre su cabeza con una mano, forcejeo con el botón de sus pantalones, abriéndolo y bajando la cremallera.

—¡Quítate de encima! —gruñe, retorciéndose para alejarse de mí.

—Quédate quieta —murmuro, liberando mi polla y gimiendo cuando se libera de su restricción.

Ella se sacude y se retuerce debajo de mí mientras me inclino para besarla con fuerza en la boca, ahogando sus protestas mientras mi mano libre retuerce su pezón erecto a través del encaje lo suficientemente fuerte como para hacerla gritar.

—¡Por favor, para! —grita, y eso me impulsa aún más mientras bajo el encaje de un tirón para que su teta salte libre antes de que tape su boca con la mano, y ella me muerde. Siseo mientras lucha debajo de mí, tratando de quitarme de encima—. ¡No!

Su palabra amortiguada hace que mi polla se estremezca.

—Sí —murmuro—. Sí, Eliza. Voy a follarte mientras me suplicas que no lo haga. Voy a quitarte tu poder y ver cómo lloras mientras te follo tan duro que te romperás.

—No —jadea, retorciéndose ferozmente—. ¡No, quítate de encima!

Veo el desafío ardiendo en sus ojos, y es todo. Ella es una diosa de la guerra, feroz e indómita, y yo soy la oscuridad que busca consumir su luz.

Suelto sus muñecas, y ella me empuja, tratando de quitarme de encima. Pero no hay fuerza en la tierra que pueda detener este descenso a la locura ahora.

—Lucha más fuerte —gruño contra su piel, saboreando el gusto de su sudor mientras arrastro mi lengua por su mejilla.

Ella se sacude salvajemente debajo de mí, esas uñas afiladas y puntiagudas arañando mis brazos, sacando sangre. El dolor punzante se dispara directamente a mi polla. Me froto contra ella una vez, con fuerza, la amenaza de lo que viene haciéndola suplicar—. Por favor, no —jadea, pero las palabras se pierden entre la desesperación y el deseo.

Me abofetea y araña e intenta patearme mientras grita como una loca—. ¡Quítate de encima, cabrón! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Mi respiración es entrecortada. Estoy sudando mientras me levanto lo suficiente para bajarle los pantalones y las bragas por las piernas.

Forzando sus piernas a abrirse con mi rodilla, caigo sobre ella, agarrando sus muñecas y sujetándolas a cada lado mientras mi polla presiona contra su coño.

—¡No! —grita—. ¡No!

Con un movimiento brusco, me hundo dentro de su dulce coño con un fuerte gruñido. Esta es posesión pura, reclamando su cuerpo contra su voluntad, quitándole su poder, es jodidamente eléctrico. Su cuerpo cede debajo de mí, apretado y caliente, espasmodiéndose con una mezcla de shock y placer.

—Joder, sí —gruño mientras se retuerce debajo de mí, su coño apretándose a mi alrededor en una dulce y violenta bienvenida—. Eres mía, Eliza. Dilo.

Sus ojos brillan desafiantes incluso cuando se forman lágrimas en los bordes, hermosa e inquebrantable—. Que te jodan —escupe, pero hay un temblor en su voz que me dice que está cerca del límite.

En respuesta, la embisto con un ritmo brutal. Cada embestida es una declaración, cada gemido de sus labios una afirmación del vínculo retorcido entre nosotros.

Intenta girar la cabeza, pero suelto su muñeca y agarro su barbilla, obligándola a mirarme—. Mira cómo te follo —ordeno oscuramente. Nuestros ojos se encuentran, y no hay forma de esconderse de la intensidad abrasadora entre nosotros.

—James —susurra con voz entrecortada, luchando contra el placer que amenaza con destrozar su actuación. Se está perdiendo en la rudeza de mi toque, en el impulso implacable de mi polla profundamente dentro de ella.

Me inclino para morder su cuello lo suficientemente fuerte como para dejar un moretón, marcándola como mía antes de susurrar en su oído con cada embestida castigadora—. Córrete para mí, Eliza. Córrete mientras intentas no hacerlo.

Es jodidamente carnal, un acto tanto de castigo como de pasión y estoy perdido en la profundidad de los ojos verdes de Eliza que ahora arden con algo más peligroso que el desafío: la lujuria.

—Córrete para mí, para que sepa que estás tan retorcida y jodida como yo —jadeo—. Necesito que tu coño se corra alrededor de mi polla, para saber que amas la lucha, la pérdida de tu poder.

—¡No! —grita, sacudiéndose salvajemente.

Agarro su barbilla con más fuerza mientras me araña con una mano, la otra aún inmovilizada a su lado—. Sí —me burlo, mis embestidas implacables—. Te vas a correr, Eliza, y gritarás mi nombre cuando lo hagas.

Ella maldice, su cuerpo convulsionándose mientras la follo. Está cerca; puedo sentirlo en la forma en que su coño se aprieta a mi alrededor, me agarra—. James, por favor —suplica de nuevo, pero esta vez hay una grieta en su desafío.

—Eso es, niña —gruño—. Déjate ir para mí.

Su coño aprieta mi polla lo suficiente como para partirla por la mitad mientras se deshace debajo de mí, sus gritos llenando la habitación. Sus ojos están abiertos de par en par con rendición, la lucha finalmente abandonándola mientras cabalga su orgasmo.

Pero no me detengo.

En cambio, sigo embistiéndola, persiguiendo mi liberación. Sus ojos se ponen en blanco, y se queda flácida debajo de mí pero aún responde a cada embestida castigadora.

—Eliza —gruño una última vez mientras mi control se rompe. Con unas cuantas embestidas más, me corro duro dentro de ella, descargando en su coño chorreante mientras mi visión se vuelve borrosa.

Jadeando, lentamente suelto sus muñecas y ruedo hacia un lado mientras recuperamos el aliento en jadeos entrecortados.

Por un largo momento, solo hay silencio, el tipo que está cargado de palabras no dichas y pesado con el peso de lo que acaba de suceder.

Luego ella se gira para mirarme y hay una extraña calma en esos ojos esmeralda.

Se quita las botas y se desprende de sus pantalones antes de montarme a horcajadas, inmovilizando mis manos mientras frota su coño lleno de semen sobre mi polla semierecta—. ¿Fue bueno para ti? —ronronea—. ¿Disfrutaste violándome?

—Sí —jadeo porque no puedo mentir. Me encantó cada segundo y lo quiero de nuevo. Solo que la próxima vez, más brutal, más salvaje. Quiero lastimarla, hacerla sangrar.

Ella se inclina y lame mi cara antes de susurrar—: La próxima vez, tendrás que perseguirme y atarme antes de que te deje violarme de nuevo, James.

—Sí —respondo con voz ronca de lujuria, mi polla ya dura como una roca otra vez tan pronto como pienso en ello—. Sí, por favor.

—Sé un buen chico, y te diré cuándo sea el momento adecuado.

—Sí —gimo porque me tiene exactamente donde me quiere. Ella me dará la emoción retorcida que necesito, pero todo está en sus manos.

—Bien —murmura y luego se baja de mí, recoge su ropa y se dirige a la puerta.

La abre de un tirón, y el resto de los chicos están allí de pie, con los ojos desorbitados y las caras sombrías.

—Hola, chicos —dice y pasa entre ellos—. Todo bien aquí.

—Sí —jadeo, apoyándome en mis codos mientras la veo desaparecer—. Todo jodidamente bien.

CAPÍTULO 16

OLIVER

Estamos desparramados en el sofá, con el resplandor de la televisión parpadeando por la habitación. Le echo miradas furtivas a Eliza mientras se ríe de algo tonto en la pantalla. Hay un zumbido en mi cabeza, una especie de vibración eléctrica que no tiene nada que ver con la comedia que se desarrolla frente a nosotros. Es toda ella: Eliza, con esos ojos verdes penetrantes que no se pierden nada y esa risa que podría hacer girar las cabezas en cualquier habitación.

Todavía estoy completamente asombrado por ella y lo que hizo por James. Él tiene necesidades oscuras que mantiene bajo un estricto control. Es el hombre más controlado que he conocido, pero antes, Eliza le dio algo que lo deshizo por completo. Ojalá hubiera podido verlo. La próxima vez, y sé que habrá una próxima vez, necesita dejarme ver cómo se fuerza sobre ella. Ver cómo ella pierde esa parte de sí misma ante él será el preludio más dulce antes de que yo mismo la folle. Me muero por ello. Soy el único que queda, pero eso es algo que planeo rectificar ahora mismo.

Eliza no pasa por alto la forma en que la miro, probablemente como un perro con la lengua colgando. Vuelve su mirada hacia mí, las comisuras de sus labios se elevan en esta sonrisa lenta, como un puñetazo directo al estómago, de la mejor manera posible. Esa sonrisa me promete cosas, susurrando secretos sin una sola palabra pronunciada. Y estoy aquí para ello, listo para sumergirme en lo que sea que esté ofreciendo.

Extiendo la mano, rozando con las yemas de los dedos su mano, que descansa casualmente en el sofá entre nosotros. Se siente como encender un interruptor; el contacto enciende algo crudo e intenso. Tomo su mano, su piel suave pero su agarre fuerte.

Me observa con esos ojos hipnotizantes mientras me acerco, atraído por una fuerza invisible a la que no quiero resistirme. Mis dedos, temblando de necesidad y deseo, encuentran la línea de su mandíbula. Ella inclina la cabeza, concediendo mejor acceso.

—¿Estás celoso de toda la atención que están recibiendo los demás?

Resoplando ante su franqueza que nunca pasará de moda, murmuro:

—Joder, sí.

—Bueno, tal vez sea hora de subir la temperatura de este fuego lento, entonces.

Ambos estamos atrapados en este momento que parece haber estado construyéndose desde siempre.

Nos inclinamos, lenta pero imparablemente. Mis labios se ciernen cerca de los suyos, lo suficientemente cerca para sentir el calor que irradia de su boca. La tensión se enrosca más fuerte en mis entrañas, la anticipación agudiza mis sentidos hasta que no hay nada más que el espacio entre nosotros esperando a ser destrozado.

Nuestros labios chocan, y la lenta combustión se enciende en un infierno furioso. Agarro su garganta, acercándola más, devorando su boca con la mía. Mi corazón late con un ritmo brutal contra mi pecho; le digo con cada beso que he terminado de esperar.

Empujándola hacia atrás, estoy sobre ella en un instante, mi cuerpo presionando el suyo contra los cojines mientras mis dedos tantean la cintura de sus pantalones de chándal.

—Ollie —suspira, con un desafío entrelazando su voz.

Tiro de la suave tela hacia abajo por sus piernas, exponiéndola ante mí, mientras mi otra mano trabaja para liberar mi polla palpitante.

Eliza se sacude debajo de mí, sus manos subiendo para empujar mi pecho. Pero atrapo sus muñecas, inmovilizándolas junto a su cabeza. Ahora no pasan palabras entre nosotros; no las necesitamos. Su lucha no es miedo, es invitación, es la emoción de la pelea que hace que nuestra sangre bombee más caliente.

Nos conoce tan bien a todos, sabe lo que necesitamos que nos dé. Es una maldita revelación.

Aprieto mi agarre sobre ella, sintiendo su pulso acelerado bajo mis dedos.

Agarrando mi polla, dura y lista, el aire es fresco contra mi piel acalorada.

Su cuerpo se arquea, un grito silencioso de desafío y deseo, y sonrío con suficiencia.

—Te encanta esto, ¿verdad? —susurro, sabiendo muy bien que ella prospera en el límite tanto como yo.

No responde, pero no tiene que hacerlo. La forma en que me mira, la forma en que su cuerpo responde bajo el mío, habla más fuerte que cualquier palabra. Ahora estamos en nuestro propio mundo, un mundo regido por la lujuria y el poder, donde solo sobreviven los deseos más fuertes.

Empujo dentro de ella con fuerza, sin dejar espacio para dudas o vacilaciones. Mi polla se desliza en su calor empapado, y un sonido gutural se desgarra desde lo profundo de mi garganta. Su humedad me cubre, y me pierdo en la sensación.

Agarrando las caderas de Eliza, mis dedos se clavan en su carne para anclarla a la realidad de nuestro polvo. Cada embestida es más urgente que la anterior, persiguiendo el borde del olvido.

El cuerpo de Eliza se convulsiona, su coño apretándose rápidamente con fiereza alrededor de mi polla. Su grito llena la habitación, un sonido crudo y primario que envía una oleada de triunfo por mis venas. Se está deshaciendo, y yo soy quien tira de los hilos.

—Joder, Eliza —gimo, la lujuria arañando mis entrañas como una bestia enjaulada desesperada por liberarse. La visión de ella retorciéndose debajo de mí, la sensación de ella aferrándose a mí tan fuertemente... es demasiado, demasiado bueno.

No bajo el ritmo, no puedo. En cambio, la embisto con todo lo que tengo, más fuerte y más rápido, implacable. El sudor se forma en mi frente, pero apenas lo noto. Todo en lo que puedo concentrarme es en el calor, la estrechez, el placer resbaladizo de ella envuelta alrededor de mi longitud.

Ella es mi ritmo, mi razón, mi puto éxtasis. Es oscuro y sucio y perfecto.

Entonces me golpea, una explosión de sensaciones que obliteran cada pensamiento excepto su nombre. Me corro con fuerza, liberándome profundamente dentro de ella en chorros calientes y feroces, mi cuerpo temblando mientras colapso sobre ella, jadeando como si acabara de correr una puta maratón.

Los labios de Eliza atrapan los míos en un beso abrasador, sus ojos brillando con ese fuego salvaje que conozco tan bien ahora. Sonríe, el tipo de sonrisa que promete problemas y provoca placer, todo enrollado en uno. Sus ondas castañas rozan mi rostro mientras me empuja hacia atrás, rompiendo la conexión que acabamos de quemar.

Observo mientras se sube los pantalones de chándal, se pone de pie, sus movimientos fluidos

como los luchadores con los que creció entrenando. Hay gracia en sus pasos, una Reina alejándose de su tierra conquistada.

Me quedo ahí, desparramado en el sofá, el calor aún pulsando por mis venas. No puedo apartar la mirada de ella; tiene esta presencia, este poder que te mantiene en tu lugar, y Dios, estoy atrapado, encadenado, jodidamente hechizado.

Con una sonrisa lenta, sale caminando, sus caderas balanceándose con confianza, dejándome en el suelo, jadeando y completamente obsesionado. Eliza Hughes... es el tipo de problema que persigues sabiendo que te destruirá, pero quemarías tu mundo solo para volver a quedar atrapado en sus llamas.

CAPÍTULO 17

RAPHAEL

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, sacándome de la conferencia sobre derecho internacional que finjo que me importa. Lo saco, manteniendo la cabeza baja mientras el profesor sigue hablando monótonamente sobre tratados y soberanía. La pantalla se ilumina con el mensaje de Drago: Afuera ahora.

Con la espalda del profesor vuelta, me escabullo rápidamente, metiendo el teléfono de vuelta en el bolsillo de mis pantalones y dirigiéndome afuera bajo el débil sol de la tarde. Viendo a Drago inmediatamente merodeando cerca de un viejo roble, me acerco y me detengo frente a él, con los brazos cruzados y los pies plantados.

—¿Qué pasa?

—Podría no ser nada, pero mi instinto me dice que es una amenaza. Necesitas saberlo.

—¿Alguna idea?

—No puedo decirlo con seguridad. Me llegó el rumor de conversaciones mencionando a los Reyes y a Hughes. Demasiado cerca de casa para ignorarlo —responde.

De ninguna manera voy a sentarme a otra hora de clase cuando hay una sombra cerniéndose sobre nosotros. Es hora de profundizar y averiguar de dónde y quién está detrás de esto. Nuestra pequeña familia tiene suficiente potencia de fuego, cerebro y agallas, pero la seguridad de Eliza no es negociable. Ya sea que esto sea un rumor, Lila, Felix o cualquier otro cabrón tratando de hacerse notar, tendrán que pasar sobre mí primero. Soy el único en el campus esta tarde. Los malditos afortunados tuvieron clases temprano y ahora están holgazaneando en la casa. Debería interrumpirlos y gritar un llamado a las armas, pero que se jodan. Que tengan su tiempo de descanso. Raramente me relajo lo suficiente para eso, siempre estoy al borde, siempre listo para la siguiente granada. Papá era un imbécil así. Tan pronto como te quedabas dormido, te lanzaba algo, y más te valía estar despierto y listo con los puños en alto, o era un fracaso. Y no quieres fallar las pruebas de Rafe Carver. El aislamiento y ser rociado con agua helada cuando eres solo un niño es una tortura que va más allá de la vida normal de la mafia. ¿Me ayudó a estar siempre alerta? Sí, claro. Pero, ¿me dejó cicatrices profundas para que nunca pueda dormir? También es cierto.

Tarquin lo tuvo un poco más fácil, pero no por mucho. Yo soy mayor, el que heredará el negocio familiar cuando papá decida pasar el bastón o si muere antes de que eso suceda. No está fuera de discusión, pero no es algo que espero que pase pronto. No lo odio por lo que hizo; debería estar agradecido, pero ser el jefe de una familia cambia las cosas. Te cambia a ti.

El campus afuera está bullendo de estudiantes, todos perdidos en sus pequeños mundos de exámenes, fiestas y rivalidades familiares mezquinas. La mayoría no ve las líneas invisibles de una batalla que se está dibujando justo bajo sus narices. No necesitan hacerlo.

Con Drago siguiéndome de cerca, luciendo sospechoso como la mierda, paso entre ellos, dirigiéndome hacia los lugares donde los susurros se convierten en gritos si escuchas lo suficiente.

Contacto a mis informantes, jugadores de bajo nivel que me deben favores o temen la ira del legado Carver. La información es moneda, y planeo gastar lo que sea necesario para mantener a Eliza a salvo.

—¿Algo raro pasando? —le pregunto a uno, un chico nervioso fumando en la esquina del patio norte donde se juntan los más rudos. Él conoce toda la mugre.

—Hombre, es la universidad. Lo raro es normal aquí —bromea, pero puedo decir que se está conteniendo mientras mira a Drago.

—Si confías en mí, confías en él.

—Claro, porque no estaba trabajando para David Grenville hace no mucho. ¿Has visto a ese cabrón últimamente? Yo tampoco.

—Grenville le disparó a mi chica y pagó el precio —declaro, sin preocuparme ni un poco por las represalias. Su padre podría ser uno de los imbéciles más conectados del bajo mundo, pero sigue siendo un imbécil, y le tiene miedo a mi padre, lo que significa que me tiene miedo a mí. No es sorprendente. La mayoría de la gente lo tiene.

—Vamos, Lucas, sabes a lo que me refiero. ¿Caras desconocidas, alguien haciendo demasiadas preguntas?

Duda, mirando alrededor antes de inclinarse más cerca. —Sí, de hecho. Algunos tipos nuevos han estado husmeando. No encajan, ¿sabes? Todo muy secreto. Les oí mencionar a Eliza una vez.

—Bien —digo, dándole una palmada en el hombro con un poco más de fuerza de la necesaria—. ¿Dónde los viste?

Señala hacia el sur, frotándose el brazo.

Nos movemos por el campus, con los ojos bien abiertos en busca de cualquier cosa fuera de lugar. Mi teléfono vibra con otro soplo de uno de mis contactos, una chica que trabaja en la biblioteca. Siempre está enterrada en sus libros, pero lo ve todo y sale con Lucas de vez en cuando.

—Encuéntrame en la entrada trasera —dice su mensaje, breve y conciso.

Me deslizo entre los estudiantes hacia la puerta trasera de la biblioteca, que está entreabierta con un ladrillo, y me cuelo dentro sin que nadie se dé cuenta.

—Habla conmigo, Katie —digo tan pronto como la veo entre las estanterías, con las gafas ligeramente torcidas.

—Raphael —exhala, su voz un susurro silencioso solo para mí. Sus dedos se retuercen nerviosamente—. Ha habido este tipo. No para de preguntar por textos de historia antigua, pero no los lee. Solo se sienta y observa.

—¿Descripción?

—Un metro ochenta, quizás más. Pelo oscuro, ojos azules.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa rápida, una que no llega a mis ojos porque las sonrisas son baratas y la confianza es cara. No puedo permitirme ninguna de las dos ahora mismo. Suena como Felix, pero quién coño sabe. Esa es una conversación que aún hay que tener con Eliza, pero ella insiste en que se puede confiar en este medio hermano suyo.

O eso, o está jugando a largo plazo y aún no nos ha puesto al día.

Al salir de la biblioteca, no puedo quitarme la sensación de que me están observando. La sensación me sube por la columna, insistente e inquietante. Escaneo la multitud, tratando de

detectar a alguien que se demore demasiado o mire demasiado de cerca. Pero todos son solo caras en un mar de estudiantes: posibles amenazas e inocentes espectadores mezclados.

Tomo el camino largo de vuelta, haciendo giros al azar, volviendo sobre mis pasos. Si alguien me está siguiendo, lo descubriré. Sin embargo, lo siento, la mirada fija en mi espalda, siguiendo cada paso.

—¿Lo sientes? —le pregunto a Drago, el gigante silencioso a mi lado.

—Siempre. —Se endereza, una ligera mueca torciendo sus labios mientras me mira directamente a los ojos—. En aras de ser franco, hay algo que deberías saber. —Drago duda, un destello de algo ilegible cruzando sus facciones antes de volver a adoptar esa despreocupación practicada—. Mensajes diciéndome que cambie de bando, ofreciéndome dinero, poder, todas las habituales promesas de mierda.

—¿De quién? —exijo, con voz baja y dura.

—Anónimos. Pero persistentes. —Se encoge de hombros, un gesto que pretende parecer descuidado, pero hay tensión en sus hombros, una disposición contenida—. No entienden que no estoy en venta. ¿Crees que iría contra la familia Hughes y el resto de vosotros? Eso es suicidio, y no tengo la costumbre de cavar mi propia tumba.

—Mantenlo así —le advierto, mi instinto me dice que confíe en él por ahora. Si Drago fuera el enemigo, ya habría intentado algo contra Eliza. ¿Y *el resto de vosotros*? Joder. ¿Cuándo nos convertimos en los compinches?

Gruñe su respuesta y vuelve a ser silencioso y letal.

—Respóndeles. Di que estás dispuesto a hablar de condiciones.

—¿Eh?

—Hazlo.

Acaba de entregarme una oportunidad, y vamos a aprovecharla. Tenemos que preparar esto rápido. Drago va a ser el cebo. Es la única manera de sacar a las serpientes que amenazan a Eliza.

—Rusty Anchor, quince minutos.

—Eso fue rápido.

—Estoy muy solicitado.

—¿Entonces por qué no cambias de bando?

Me mira a los ojos. —Ya te lo dije.

—Hmm.

Puedo ver que esa respuesta le irrita tanto como a mí cuando mi padre me la hace. Ahora entiendo por qué lo hace. Te mantiene en vilo y se supone que debe iniciar ese balbuceo en el que te delatas. Pero Drago no es ningún tonto. Juega el juego.

Mientras nos dirigimos al viejo bar de mala muerte, soy plenamente consciente de que esto podría torcerse muy rápido, pero es un riesgo que tenemos que correr.

Los ojos de Drago se entrecierran, evaluándome mientras esperamos en el callejón trasero, aguardando el espectáculo. —Si esto sale mal...

—No saldrá mal. —Lo interrumpo. No hay lugar para la duda. No cuando cada movimiento es de vida o muerte.

Me apoyo contra el ladrillo frío; mis ojos permanecen fijos en Drago, que está de pie a unos metros de distancia bajo la luz parpadeante de una farola que siempre está encendida en este escenario sórdido. Es sólido, una montaña de músculos que ni siquiera se inmuta ante el peligro que se cierne sobre nosotros.

—Ya no parece que estemos solos —murmuro, con la tensión apretándose en mis entrañas.

Los tipos enviados para eliminarnos se acercan rápidamente. Veo un destello de acero, y luego están sobre nosotros.

La adrenalina surge y mi entrenamiento se activa. La memoria muscular guía mis movimientos mientras esquivo un golpe dirigido a mi cabeza y contraataco con un puñetazo sólido al estómago.

Han venido a por sangre, e instantáneamente reconozco a uno de ellos del ataque a la universidad. Es difícil no fijarse en él con su pelo pelirrojo y los tatuajes en la cara: la pandilla de Lila. Mis puños son un borrón, conectando con carne y hueso mientras mantengo un ojo en Drago para asegurarme de que está luchando de mi lado y no a punto de clavarme un cuchillo por la espalda.

Sin embargo, parece un hombre poseído, lanzando puñetazos y bloqueando ataques con una ferocidad salvaje que me dice que no es el enemigo. Nos movemos espalda con espalda, cubriendo los puntos ciegos del otro mientras peleamos con los agresores. El callejón es una jaula, las paredes nos atrapan con estos matones que creen que han acorralado a su presa.

Drago asesta un golpe sólido a la mandíbula de otro tipo antes de agarrarle la cabeza y girarla, partiéndole el cuello antes de que sepa lo que viene. Esto me deja claro que está demostrando su valía después de todo. La confianza no es fácil en nuestro trabajo, pero las acciones hablan más alto que cualquier juramento de lealtad.

—Vienen más —advierto, oyendo pasos que se acercan. Estamos en desventaja numérica, pero no en calidad. Para esto fuimos creados: luchar, sobrevivir, proteger lo nuestro.

—Que vengan —escupe Drago, y no puedo evitar la sonrisa torcida que cruza mi rostro. Estos cabrones no tienen ni idea de con quién se están metiendo.

El aire del callejón se llena con el sonido de carne golpeando carne, gruñidos y alguna que otra maldición mientras esquivo otro golpe salvaje. Mis puños son mis armas, mi cuerpo un escudo. Me muevo entre los atacantes, cada movimiento calculado, confiando en el puro instinto para mantenerme un paso por delante. Sabían lo que estábamos haciendo y vinieron aquí para matarnos a ambos. Ese era probablemente su objetivo final, y probablemente esperaban que hubiera más que solo yo.

Giro justo a tiempo para atrapar a un imbécil que intenta acercarse a escondidas. Clavo mi codo en sus costillas, la satisfacción recorre mi cuerpo cuando oigo el crujido. Se desploma, jadeando en busca de un aire que no llegará fácilmente.

El sudor perla mi frente, pero no tengo tiempo de limpiarlo. Otro viene hacia mí, con un cuchillo brillando en la tenue luz. Me hago a un lado y agarro su muñeca, retorciéndola hasta que suelta la hoja. Una rodilla en su estómago lo hace tambalearse hacia atrás, cayendo sobre los brazos de otro cabrón. Caen en un enredo de extremidades.

—Buen intento —gruño.

La pelea es un borrón de adrenalina, cada momento se arrastra y a la vez vuela. Ahora todo depende de los reflejos de incontables peleas anteriores.

Finjo ir a la derecha, luego lanzo un gancho de izquierda a la sien del matón más cercano, viéndolo desplomarse en el suelo. Los otros dudan, viendo cómo disminuye su número. Drago sigue fuerte a mi lado, asestando un golpe demoledor al tipo lo suficientemente loco como para enfrentarse a él.

Me giro justo a tiempo para recibir un puñetazo dirigido a mi cara. Conecta, haciéndome tambalear, pero el contraataque es rápido: un golpe en la garganta que hace que el tipo se atragante y retroceda.

Un dolor agudo en mi costado me hace sisear. Bajo la mirada, veo sangre y siento el calor

extendiéndose por mi piel. Mierda. Uno de ellos logró acertarme. Pero no hay tiempo para pensar en ello; no puedo mostrar debilidad. Ni ahora, ni nunca.

—El último es para ti —dice Drago, clavando su cuchillo en las tripas del tipo que me apuñaló.

—Bien. —Avanzo hacia el último idiota en pie, que parece listo para huir. Me acerco amenazante, dejándole ver la promesa de dolor en mis ojos. Él se lanza desesperadamente, pero ya estoy dentro de su alcance, propinándole un golpe que lo deja fuera de combate y lo envía a desplomarse sobre sus amigos inconscientes.

Respirando con dificultad, presiono una mano contra mi costado, sintiendo la humedad de mi propia sangre; no hay tiempo para pensar en el dolor. Necesito volver con Eliza y decirle que la tía Lila está haciendo su movimiento: eliminando a los Reyes para llegar a la Reina.

—Vamos —le digo a Drago, que asiente, entendiendo la urgencia. Dejamos atrás el callejón, y exhalo—. Esto fue una trampa dentro de otra trampa —declaro lo obvio—. Pero ahora sabemos lo que intentaba hacer.

—Usándome para llegar a ti. —Drago está furioso—. Nadie me usa, joder.

Le doy una palmada en el brazo y asiento. —Sí, conozco esa sensación.

—Necesitas que te curen.

—Sí, y luego Eliza me va a patear el culo con ganas.

Resopla, pero no dice nada más mientras nos dirigimos a través de la ciudad de vuelta a casa, donde la Reina espera y donde voy a estar en serios problemas por hacer esto sin ellos.

CAPÍTULO 18

ELIZA

—¡Eres un completo imbécil!

—Anotado —gruñe Raph mientras Tarquin lo cura—. Pero estoy bien.

Estoy caminando de un lado a otro en la sala de la casa, cada paso es un latido silencioso de frustración.

—¿Cómo te atreves a ir por tu cuenta?

—Era una oportunidad y no tenía tiempo para esperar sentado a que todos ustedes se pusieran las pilas. Fue una decisión y llevo haciendo esto un tiempo. No soy un maldito idiota.

—¿Ah, no? Pues desde donde estoy, lo pareces.

—Entonces muévete a otro lado —gruñe, harto de tonterías.

Le siseo y salgo de la sala, más que cabreada. Ahora Lila caerá sin piedad.

Las paredes se sienten demasiado cercanas, asfixiantes, casi como si estuvieran empapadas de sombras y susurros de peligro. He estado encerrada aquí demasiado tiempo, ansiosa por actuar, cuando el timbre del intercomunicador exterior interrumpe mi furia.

—¿Qué? —espeto después de presionar el botón.

—Eliza —la voz de Felix corta la tensión—. Tengo información.

—Más te vale no ser un cabrón traidor porque ahora mismo tengo ganas de matar.

—Guarda esas ganas porque sé dónde está ella.

Eso me hace pausar.

Presionando el botón que abre las puertas, lo veo entrar en la pequeña cámara antes de cerrarlas de nuevo, vigilando que nadie intente colarse detrás de él.

Abro la puerta de golpe y lo observo subir por el camino de entrada, luego retrocedo cuando su figura llena el umbral, con los ojos fijos en los míos. Está todo en modo profesional.

—¿Dónde está? —Mi pregunta es afilada como una navaja.

Entra a zancadas, cerrando la puerta con un suave clic que de alguna manera resuena más fuerte de lo que debería en el silencio.

Me cruzo de brazos, pero no puedo mantener mis manos quietas; tiemblan con el impulso de hacerla pagar.

—En una casa segura a unas cuantas ciudades de aquí. Está allí ahora mismo, Eliza. Esta es nuestra oportunidad. —Felix no se inmuta cuando me acerco, invadiendo su espacio.

—¿Cómo lo sabes?

Levanta su teléfono y veo a Lila sentada bebiendo una copa de vino tinto mientras mira los papeles esparcidos sobre su escritorio.

—Bien. —Mi voz es fría y desapegada, todo dentro de mí se reduce a un solo propósito—. ¿Estás seguro de esto? Después de todo, es tu madre.

—Me crié solo mientras ella planeaba su venganza y suspiraba por tu padre, y cuando se acordaba de mí, algún que otro golpe no estaba descartado. Créeme. Nací preparado. —Su tono es como el hielo, y ese tipo de odio es difícil de fingir. No tenía ese tono cuando me provocaba.

El aire entre nosotros es pesado, cargado de entendimiento tácito. Ambos sabemos lo que esto significa. Venganza. Es por lo que respiro ahora mismo, cada parte de mí necesita ajustar cuentas por Raph, por mamá, por el caos que esta mujer despiadada ha sembrado en nuestras vidas.

—Dame cinco minutos. —Giro sobre mis talones, dirigiéndome a mi habitación, donde tengo guardadas mis armas. No hay vacilación cuando abro el cajón, y el familiar metal frío de mi pistola me recibe. Es una extensión de mí misma, una que rara vez uso, pero hoy la situación lo requiere. Estoy a punto de usarla para tallar justicia de esta jodida situación.

Enroscando el silenciador, guardo la pistola, oculta pero fácilmente accesible, y deslizo mi cuchillo en mi bota. Afilado y letal, muy parecido a la rabia que ha hervido.

Cuando bajo las escaleras, veo a Oliver de pie junto a Felix, mirándolo con recelo.

—¿Adónde vas? —me pregunta, mirándome.

—Tiempo de unión familiar —respondo.

—¿Qué significa eso?

—Voy a matar a Lila.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Vámonos —digo, pasando junto a Felix, que asiente, su propio rostro una máscara de determinación—. Esto es algo que haré por mi cuenta.

—Eliza, espera, necesitamos un plan.

—Ya lo tengo. Apuntar y disparar.

—Jesús, tranquilízate. —Me agarra los brazos cuando llegamos a mi Mercedes estacionado en la entrada.

—No. Esto ya ha durado demasiado. Mató a mi madre, Ollie. Tengo la oportunidad de acabar con ella. Me voy.

—Entonces déjanos ir contigo. —Sus ojos me gritan que me calme.

—Raph necesita quedarse aquí, y tengo a Felix. Por favor, Ollie. Esto es algo que tengo que hacer sola.

—Entonces, ¿por qué va *él* contigo?

—Él sabe dónde está ella.

—Eliza...

—No —digo, levantando la mano—. No estoy siendo imprudente. Estoy fría y calmada.

—¿Y si es otra trampa? —pregunta James, acercándose por detrás de Oliver.

—¡No tengo tiempo para esto!

—Eliza, tenemos que movernos; no sé cuánto tiempo va a permanecer allí —murmura Felix.

—Bien, coche separado, pero no intervengan a menos que necesite ayuda. Esta es *mi* muerte.

—Entendido —dicen y se amontonan en el Jeep, que creo que pertenece a Oliver. Nunca he visto a nadie conducirlo antes, pero entiendo su plan. Es más fácil disparar desde ahí si nos atacan.

Mientras me deslizo en el asiento del conductor y Felix ocupa el del copiloto, lo agarro por el cuello. —Júramelo. Jura que esto no es una trampa.

Los ojos de Felix se encuentran con los míos, y hay una solemnidad en ellos que me dice que entiende lo que está en juego. Su mano va a su pecho, justo sobre su corazón.

—Por mi sangre, te lo juro, Eliza. Tienes mi palabra como Hughes.

—No eres un Hughes. Todavía no.

—Entonces déjame demostrarte cuánto quiero serlo, hermana.

—De acuerdo —digo, y eso es todo. La confianza es rara, y ahora mismo, con esta zanahoria que me está ofreciendo, voy a ser el burro que lo siga.

Nos marchamos en silencio, viendo a los chicos detrás de mí, manteniendo su distancia.

—Gira a la izquierda —murmura Felix, ya moviéndose para tener una línea de visión clara.

Mis palmas están sudorosas mientras sigo sus breves instrucciones, y me asalta un momento de duda. ¿Puedo hacer esto? ¿Puedo mirar a la mujer que tiene el rostro de mi madre y apretar el gatillo?

Supongo que el tiempo lo dirá.

—Te lo voy a preguntar una vez más, Felix. ¿Puedes hacer esto?

—Sí. ¿Puedes tú?

Nos detenemos en un semáforo en rojo, y lo miro fijamente. —Sí.

—Entonces no queda nada más que decir excepto, aquí a la derecha.

Asiento y enciendo el intermitente, esperando para girar.

—A unos dos kilómetros a tu derecha —murmura después de unos minutos, durante los cuales la tensión y mi ansiedad alcanzan su punto máximo antes de que la calma de la guerra se asiente sobre mí.

—Detente aquí —susurra, y silenciosamente estaciono el Mercedes junto a la acera mientras miro fijamente un bungalow apartado de la carretera sin nada más alrededor.

Bien.

Felix y yo salimos, y miro con severidad a los chicos para que se queden donde están.

Avanzamos sigilosamente a través de los setos, sabiendo que la seguridad vendrá por nosotros en cualquier momento. Pero necesitamos ver a qué nos enfrentamos.

—Allí —murmuro.

Ocurre rápido, como arrancar una tirita. Dos disparos resuenan casi al unísono. Dan en el blanco, y los guardias se desploman sin siquiera un gemido. Mi pulso no se dispara; no hay lugar para la adrenalina cuando cada momento cuenta.

—Despejado —dice Felix, y avanzo, pasando por encima de los cuerpos con una indiferencia nacida de la necesidad.

La puerta principal está cerrada, pero eso no es nada que una patada bien colocada no pueda solucionar. Se abre de golpe bajo la fuerza, y estamos dentro antes de que el eco de la madera astillada se desvanezca. El pasillo se extiende ante nosotros. —No es una casa muy segura, ¿verdad?

—¿Sabes lo que eso significa?

—Problemas.

Avanzamos sigilosamente, y empujo una puerta para abrirla sin sigilo. Solo somos nosotros y lo que sea que espera al otro lado. Mi corazón martillea en mi pecho mientras entro en la habitación, la sangre en mis venas ruge como la marea, la furia y el dolor me ahogan.

Lila está sentada en un escritorio, y levanta la mirada.

—Eliza.

—Hola, Lila —digo, con voz firme como un alud. Mi mano agarra el frío metal de mi pistola, estabilizada por la rabia.

Su mano se levanta, sosteniendo una pistola, pero la mía ya está apuntada y lista.

—Mal movimiento —digo mientras aprieto el gatillo. Fallo mi objetivo cuando ella se agacha, haciendo añicos el jarrón detrás de ella en una lluvia de porcelana y agua.

Ella responde el fuego desde detrás de su escritorio, haciendo que Felix y yo nos lancemos en direcciones opuestas.

—¡Pequeña mierda! —grita, creo que a Felix—. ¡Maldito traidor!

—¡Tú eres la maldita traidora! —le grito de vuelta desde detrás de un sillón antes de asomarme y disparar, y ella responde.

—Igual que tu madre, una pequeña zorra. ¡Te mataré como lo hice con ella!

Si necesitaba una confesión, que no la necesitaba, sus acciones actuales han sido suficientes para justificar esto, acaba de asegurarse de que no fallaré.

La habitación se desdibuja en una neblina de humo de pólvora y adrenalina mientras las balas vuelan por todas partes.

—Ríndete, Lila —grito—. No vas a salir de esta.

Ella responde con una risa, cruel y vacía de cualquier calidez. —¡Tú tampoco, cariño!

Felix capta mi mirada mientras se arrastra por detrás del sofá. Me mira fijamente y luego inclina la cabeza. Lo sé. Simplemente lo sé.

Nos levantamos como uno solo desde detrás de nuestras barreras de muebles, y él atrae su fuego. Ella no duda en intentar matar a su hijo, y eso me enfurece más allá de cualquier cosa que haya sentido antes. El mundo se reduce al espacio entre mi pistola y Lila. Ella es rápida, sus disparos pasan demasiado cerca para estar cómoda, pero yo soy más rápida. Mi dedo aprieta el gatillo una vez, dos veces...

Un disparo da en el blanco.

Lila se tambalea, con incredulidad grabada en su rostro, una mancha carmesí extendiéndose por su pecho.

—Eliza... —balbucea, su pistola resbalando de sus dedos flácidos.

Mi agarre en la pistola se aprieta, y con cada respiración, me vuelvo fría y cortante mientras clavo mis ojos en Lila. Su mirada es un revoltijo salvaje de miedo y desafío, pero ya es demasiado tarde para ella.

—Justicia —digo, con voz calmada y letal—. Por mi madre, por Raph, por cada vida que has arrebatado y por intentar disparar a tu propio hijo, maldita perra.

La habitación está cargada de tensión, cada segundo se extiende como una eternidad. Me yergo sobre Lila, observando cómo el subir y bajar de su pecho se ralentiza hasta detenerse. Yace ahí, inmóvil, con la finalidad de la muerte grabada en la quietud de su forma.

Una ola de triunfo me invade, pero rápidamente es perseguida por una marea de dolor. Está hecho. Se ha ido, pero eso no me devuelve a mi madre.

—¿Eliza? —La voz de Felix rompe el silencio, tentativa. Aún no lo miro; no puedo. Mi atención está en el cuerpo a mis pies, el costo de esta guerra que estamos librando escrito en sangre.

Tomo un respiración temblorosa, intentando calmarme. La he vengado; he mantenido el honor de nuestra familia. Así es como se ve la victoria en la mafia: una maraña de pérdida y justicia servida en frío.

—Vámonos —digo finalmente, enfundando mi arma. Su peso contra mi cadera es un consuelo familiar. Felix asiente, sujetando su otro brazo.

—¿Estás bien?

—La perra me disparó.

—Joder.

—Te dije que era una zorra.

—Era.

—Sí.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Sus ojos azules escudriñan los míos.

—Por matar a tu madre.

—Bueno, ella mató a la tuya, así que supongo que estamos a mano.

—Sí. ¿Pero estás bien?

—Un rasguño, sobreviviré.

Jodido ni siquiera alcanza a describirlo.

Damos la espalda a la carnicería y nos topamos con Oliver y James, inmóviles y silenciosos mientras presencian este desastre.

Ambos asienten pero no dicen nada, y yo sonrío forzadamente mientras me alejo. El aire afuera se siente diferente, más limpio de alguna manera, pero no hace nada para lavar la mancha en mi alma. Sigo caminando, cada paso un eco silencioso de los que vinieron antes, un ritmo para el caos que ha sido mi vida desde que nací en esta familia.

Mi coche me espera, una bestia silenciosa en la calle sombría. Nos deslizamos dentro, y Felix arranca el motor sin decir palabra, con el conocimiento tácito de que necesito que asuma su papel de hermano mayor ahora mismo. El zumbido llena el espacio entre nosotros, una barrera para la conversación, para las preguntas, para el consuelo, pero está bien porque las palabras son inútiles en este momento.

Me reclino contra el asiento, cierro los ojos y dejo escapar un largo suspiro. Mi cuerpo duele por el esfuerzo de cada pelea en las últimas semanas y por el peso de lo que he hecho. Pero se acabó. Lila ya no hará daño a nadie más.

—Eliza —dice finalmente Felix, su voz baja y áspera por la emoción—. Lo siento. Por todo.

Abro los ojos y lo miro. Su perfil está tenso, mandíbula apretada, ojos fijos en la carretera. Me cuesta suavizar mi voz, aceptar la disculpa que sé que le costó dar. —Disculpa aceptada, Felix. Pero no pretendamos que todo está olvidado.

—Es justo —responde. El resto del viaje se ahoga con el sonido de los neumáticos sobre el asfalto mojado mientras cae la lluvia otoñal, provocando que un escalofrío se filtre hasta mis huesos.

Cuando la casa señorial aparece a la vista, algo me carcome las entrañas: un susurro molesto de que esto no es el final. Sacudo la sensación mientras él estaciona el coche junto al Porsche de Raph.

—Antes de que te vayas —digo, volviéndome hacia él—, hablaré con papá. Me aseguraré de que entienda tu papel en todo esto. Pero tienes más que demostrar, especialmente a él.

Felix asiente, una determinación sombría se asienta en sus rasgos. —Lo haré. Tienes mi palabra.

—Tu palabra mejor que valga algo —advierto, luego salimos del coche, dejándolo para que contemple su próximo movimiento.

Felix se acerca, sus ojos fijos en los míos. No dice una palabra; no necesita hacerlo. Sus brazos me rodean, fuertes y firmes, y por un segundo, me permito apoyarme en él. Es un respiro de la frialdad que atenaza mi corazón, un reconocimiento silencioso de que es familia. —Tú puedes con esto.

—Gracias —murmuro, mi voz amortiguada contra su pecho.

—Cuando quieras —dice, su aliento cálido sobre mi cabeza—. Sabes que te cubro las espaldas.

Asiento, apartándome ligeramente para mirarlo. Su rostro está serio, pero hay una suavidad

en sus ojos que no estaba antes. Es como si lo entendiera: el caos dentro de mí, la tormenta que apenas comienza a amainar.

El aire nocturno es fresco y húmedo contra mi piel, y por un momento, simplemente me quedo ahí, tratando de ordenar mis pensamientos. No funciona; todo sigue siendo un desastre confuso. —Te veré luego. Supongo que ambos tenemos algo de introspección que hacer.

—Nah, yo estoy bien —lo descarta con un encogimiento de hombros.

Asintiendo, observo cómo Oliver abre la puerta principal y espera a que yo pase junto a él para entrar.

—Voy a asearme y a dormir —murmuro.

Él toma mi mano. —¿Estarás bien?

Sonriéndole, asiento. —Siempre.

Me dirijo escaleras arriba, cada paso pesado por el agotamiento. Me quito la ropa, abro el grifo de la bañera, observando cómo el vapor comienza a elevarse del agua caliente. Me deslizo dentro, el calor es abrasador, envolviendo mi cuerpo exhausto.

Cierro los ojos, dejando que el calor se filtre profundamente en mis músculos, deshaciendo los nudos de tensión uno por uno. No tiene sentido pensar en lo que viene después, no cuando cada hueso de mi cuerpo clama por descanso. Pero aun así, esa inquietante sensación de que la lucha no ha terminado sigue arañando el fondo de mi mente.

—A la mierda —murmuro para mí misma, hundiéndome más hasta que el agua me llega a la barbilla. Por ahora, esta bañera es mi santuario, mi respiro del mundo exterior, y me empaparé en ella hasta que esté lista para enfrentar cualquier infierno que me espere después.

CAPÍTULO 19

RAPHAEL

Observo a Eliza a través de las cámaras secretas instaladas en su baño, conteniendo la respiración ante la visión de ella en la bañera. Las gotas de agua se aferran a su piel como si no quisieran desprenderse. Está perdida en su propio mundo, su mano moviéndose entre sus piernas en un ritmo que me deja clavado en el sitio. El agua de la bañera se agita peligrosamente cerca del borde mientras se masturba, con la cabeza echada hacia atrás en abandono. Dios, es una visión, y no puedo apartar los ojos. La forma en que sus dedos trabajan en su coño húmedo hace que la sangre ruja hacia mi propia excitación, poniéndome dolorosamente duro en cuestión de segundos.

Es una maldita tortura estar tan cerca de su placer pero no ser parte de él. Mi mano se mueve hacia mis pantalones, bajando la cremallera porque no hay forma de que pueda soportar esto sin algo de alivio. Agarro mi polla, acariciándola al mismo ritmo que Eliza sigue, imaginando que es su mano en lugar de la mía.

Mi necesidad por ella araña mis entrañas, caliente y exigente. Necesito tocarla, sentirla bajo mis manos. Al diablo con la paciencia. Me quito la ropa, mi polla rebotando frente a mí mientras cruzo el dormitorio y bajo las escaleras. Abro la puerta de su habitación, cruzo hacia el baño y me quedo en el umbral mientras ella jadea un orgasmo que lamento haberme perdido.

—Raphael —exhala, y es toda la invitación que necesito para deslizarme en el agua detrás de ella.

—Eliza —mi voz está cargada de deseo. Estoy cerca, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo. Extiendo la mano y mis manos encuentran su piel sedosa y cálida por el agua. Trazo el tatuaje en su espalda, la calavera y la rosa que se han convertido en un símbolo de quién es ella: feroz y hermosa. Mis manos recorren sus curvas, que he memorizado pero de las que no puedo tener suficiente.

Se recuesta contra mí, su cabeza descansando en mi hombro. Aprieto mi agarre, mis dedos deslizándose sobre su piel húmeda mientras la anclo a mí. Este momento con ella es donde pertenezco. Este es nuestro santuario en las sombras de nuestras vidas, en la peligrosa alianza de los legados de nuestras familias. Juntos, somos algo completamente diferente, algo salvaje e incontrolado.

Ella se gira en el agua y se inclina. Me siento atraído como un imán hacia el tirón de sus labios. El beso aterriza, duro y hambriento, sin contenerse. Es fuego, es necesidad pura envolviéndonos, enredándonos en un frenesí. Las manos de Eliza arañan mi espalda, acercándome más, y me pierdo en su sabor, en la sensación de su lengua empujando contra la mía.

Nos separamos solo para chocar juntos de nuevo, nuestros besos profundizándose, más

desesperados con cada encuentro. Nuestros cuerpos se presionan juntos, sin dejar espacio, sin aire entre nosotros, solo este calor abrasador que amenaza con quemarnos vivos a ambos.

El agua salpica por el costado de la bañera mientras ella se mueve hacia atrás. —Dormitorio —murmura, y es toda la dirección que necesito.

Somos un enredo de extremidades mientras me levanto y la saco de la bañera.

Al bajarla a la cama, mi estómago se retuerce en un nudo mientras nos balanceamos al borde de algo que nunca he hecho antes. Yo follo. Duro y salvaje. Pero esto es diferente. Esto es suave y gentil, y solo nosotros dos.

Nuestra piel mojada se pega a las sábanas, pero no importa. Nada importa, excepto la forma en que ella me mira, la forma en que su cuerpo se arquea hacia mi toque, buscando más, buscándolo todo, y planeo dárselo, todo. Cada último pedazo de mi alma que grita su nombre en la oscuridad silenciosa.

Su respiración sale en suaves jadeos, el sonido mezclándose con el silencio de la habitación. Nuestros cuerpos están cerca, tan cerca que puedo sentir su corazón latiendo como el mío. Sus ojos se clavan en los míos, verdes e intensos y llenos de algo feroz que me agarra con fuerza.

—Eliza —comienzo, mi voz apenas por encima de un susurro, pero es toda emoción, todos bordes crudos y nervios expuestos—. Te amo. Necesito que me lo digas de vuelta. —Necesito esas palabras más que nada en mi vida.

Ella escruta mi rostro, su mirada firme incluso mientras su cuerpo tiembla contra el mío. —Raphael —comienza, su voz fuerte a pesar de la vulnerabilidad que veo nadando en sus ojos—. Yo también te amo. Muchísimo. —Sus dedos se clavan en mi piel con una especie de desesperación que me dice que ella significa cada palabra—. Necesitas entender lo profundo que es esto para mí.

Su confesión me golpea como una bala, directamente en el pecho. Es lo que quiero, lo que he estado anhelando oír de sus labios. Su agarre sobre mí se intensifica, como si temiera que no le creyera, como si tuviera miedo de que me escapara. Pero no voy a ir a ninguna parte.

—Eliza —susurro, mi voz cargada de emoción. La habitación está brumosa con el calor de nuestros cuerpos, la calidez de las palabras que acabamos de intercambiar. Es como si todo hubiera cambiado, el eje de mi vida inclinándose hacia su espíritu brillante y feroz.

Pero entonces, hay esta oleada dentro de mí, una marea abrumadora que está tratando de arrastrarme lejos de ella. Es demasiado, demasiado intenso: el amor, el miedo a perderla, la pura fuerza de lo que tenemos. Mis instintos se activan, diciéndome que retroceda, que ponga algo de espacio entre nosotros para poder respirar de nuevo.

Intento alejarme, pero sus manos fuertes e implacables están sobre mí. Me dice sin palabras que si me voy, eso será todo. Nunca tendré otra oportunidad con ella. Sus ojos se clavan en los míos, y no hay duda del enojo entremezclado con preocupación.

Puedo sentir el poder crudo de su agarre, no solo físico sino también emocional, como si estuviera alcanzando mi pecho y aferrándose a mi alma. No hay forma de que pueda liberarme, no es que quiera hacerlo, solo estoy entrando en pánico como un cobarde. No puedo vivir sin ella. Necesito su toque, su presencia, para mantenerme con los pies en la tierra, para recordarme que lo que tenemos es real y vale cada bit del riesgo.

—Estoy aquí —murmuro, relajándome en su abrazo. Física, emocional y completamente. Pase lo que pase, lo que sea que enfrentemos, está claro que Eliza no es solo parte de mi vida ahora: ella es mi vida, y nada va a arrancarla de mí, ni siquiera mis miedos.

Sus dedos se clavan en mi nuca, firmes e insistentes.

—Tú me hiciste esto —dice Eliza, su voz afilada como el cristal—. No puedes echarte atrás

ahora, no después de todo.

Tiene razón. La empujé a abrirse, a desnudar su alma ante mí.

—Me quedo, Eliza. Contigo.

Su cuerpo se relaja contra el mío, pero aún hay ese filo en ella, esa disposición a saltar si vacilo. Es embriagador cómo me empuja, cómo exige lo mejor de mí.

—Prométemelo —susurra.

—Te lo prometo, Eliza. Me tienes, para bien o para mal. —Siento que las palabras se fijan en su lugar, un voto inquebrantable. Esta mujer ha puesto mi vida patas arriba, pero no la quiero de ninguna otra manera. Estoy completamente entregado al caos, la locura y el amor de todo esto.

Sus labios encuentran los míos, feroces y posesivos, y me pierdo en su sabor, en su aroma. No queda duda en mi mente. Pertenezco a Eliza, y ella me pertenece a mí.

Aplastando su cuerpo bajo el mío mientras sus manos recorren los tatuajes en mis brazos, mi polla se esfuerza por llegar a su dulce coño que está ardiendo por mí. La ferocidad en su beso enciende mis venas, y guío mi polla dentro de ella con una urgencia que roza lo aterrador. Nuestros besos se convierten en mordiscos, nuestro toque una mezcla de dolor y placer: así es como amamos, duro y sin reservas.

Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca, más profundo. Embisto en ella; cada movimiento lleno de la pasión cruda que nos impulsa. Follamos con un abandono salvaje, el calor resbaladizo de su cuerpo llevándome más lejos hacia la locura.

—Más fuerte —gime contra mis labios, sus palabras enviando una oleada de deseo primitivo a través de mí. Le doy todo lo que tengo, sintiendo la cama rebotar con la fuerza de nuestra follada.

Las uñas de Eliza arañan mi espalda, dejando marcas que me recordarán este momento mucho después de que haya pasado. Saboreo cada punzada de dolor: no es nada comparado con la intensidad cuando su coño se aprieta alrededor de mi polla.

Observo su rostro retorcerse de placer y veo cómo sus ojos se cierran mientras se acerca al borde.

—Joder, Raphael —jadea, y sé que está cerca.

Con una mano, inmovilizo las suyas por encima de su cabeza; con la otra, alcanzo entre nosotros y encuentro su clítoris. Lo froto en círculos apretados, ásperos e implacables, porque así es como le gusta, así es como nos gusta a ambos.

Cuando se deshace con un grito de éxtasis, es mi perdición también. Con unas cuantas embestidas más poderosas, la sigo sobre ese precipicio, mi clímax atravesándome como un maldito huracán. Ella es solo mía en este momento, y yo soy inequívocamente suyo.

Jadeando exhausto, me desplomo a su lado, y ella gira la cabeza para mirarme, esos ojos verdes suyos ahora suaves de satisfacción pero aún ferozmente vivos.

—Raphael —exhala, su voz ronca por el esfuerzo y la lujuria—. Me destrozas cada vez.

Sus palabras son como una insignia de honor, y una sonrisa tira de mis labios incluso mientras recupero el aliento.

—Ese es el plan —respondo, mi brazo encontrando la curva de su cintura mientras la acerco más a pesar del calor pegajoso entre nosotros.

—Nunca me dejes —murmura, el terror en su voz difícil de ignorar.

Apretando mis brazos a su alrededor, le hago una promesa con todo lo que me queda.

—No lo haré, pequeña asesina. No puedo. Estoy atado a ti, y ese lazo es irrompible.

Ella suspira y apoya su cabeza en mi pecho, y en segundos, está profundamente dormida.

CAPÍTULO 20

TARQUIN

Con los codos sobre las rodillas, miro fijamente la pantalla del portátil frente a mí, colocado en el escritorio en la esquina de mi habitación.

No estoy seguro de qué pensar sobre esto.

Raphael ha tirado todas las cartas al suelo y me ha dejado con el culo al aire. No es que lo culpe. Si yo hubiera tenido esta oportunidad, probablemente habría hecho lo mismo. Ellos tienen una conexión que va un poco más allá. No estoy seguro de cómo o por qué. Tal vez porque ambos son líderes, y en su mundo, él es su alfa. No lo sé. No puedo señalar exactamente qué es. Inhalando profundamente, los observo mientras él duerme en sus brazos. He estado sentado aquí durante cerca de una hora. Eliza se quedó dormida después de sus declaraciones de amor y su sexo sensual; ahora las tornas han cambiado. Ni siquiera puedo recordar la última vez que vi a Raph dormir. No está en paz, ni mucho menos, se estremece y frunce el ceño, lo que despertó a Eliza, pero sin duda está dormido.

Tomando la decisión que me ha atormentado durante los últimos sesenta largos minutos, me levanto y cierro el portátil, dirigiéndome a zancadas hacia la puerta y saliendo para golpear suavemente la puerta de Eliza, que está junto a la mía.

—¿Sí? —llama ella suavemente, lo que me sorprende, dada la vulnerable posición en la que se encuentra. Aunque, pensándolo bien, dudo que alguien que quisiera hacerle daño llamara a la puerta. O siquiera llegara tan cerca de ella, joder.

Sudando de nervios, mi mano resbala en el pomo de la puerta, pero la abro silenciosamente y asomo la cabeza.

—Hola —murmura ella con somnolencia—. ¿Qué pasa?

—Nada. No es nada. —Estoy a punto de retroceder porque mis nervios de acero, que me han acompañado en más peleas de las que puedo contar, de repente se han tensado y roto por todas partes, joder.

Pero ella me mira con esos ojos esmeralda que todo lo saben, entrecerrados y preocupados, y sé que no saldré de esta habitación sin soltar lo que me está retorciendo las entrañas. Pasándome una mano por el pelo, vacilo de nuevo.

Su ceño se frunce y se mueve ligeramente, con cuidado de no despertar a Raphael, que sigue profundamente dormido a su lado. —Habla conmigo, Tarquin.

Dudo, pero luego estallo. —Lo amas.

—¿Y?

—Yo te amo.

Ella aprieta los labios, tratando de no sonreír. —Yo también te amo.

—¿De verdad? —Es una suave exigencia mientras caigo de rodillas a su lado.

Ella entrecierra los ojos. —Si me conocieras lo suficiente como para decir que estás enamorado de mí, deberías saber que no digo esas palabras. O no las decía antes de hoy.

—Me siento como un intruso cuando te veo con él —suelto.

Su ceja derecha se arquea. —¿Verme con él?

Mis entrañas se retuercen. No puedo confesar que la he estado observando sin su consentimiento. Me despellejará vivo. —Así —señalo a los dos—. Y mi habitación está al lado. Ninguno de los dos es silencioso cuando folláis.

Ella resopla. —Lo siento. Deberíamos haberte incluido, pero supongo que nos dejamos llevar por nosotros dos. Está bien, Tarquin. A veces puede ser así.

—¿Lo conocías antes de venir aquí? —pregunto esta ardiente cuestión.

Eliza se apoya sobre un codo, dejando que las sábanas se deslicen para revelar las curvas de sus pechos, pero no es lujuria lo que me invade ahora, sino un intenso anhelo de conexión.

—Tuvimos un momento en la casa de mi padre —dice finalmente—. Yo estaba un poco ebria y cachonda, él estaba merodeando y estaba jodidamente bueno. Follamos sin saber nada el uno del otro.

—Oh. —Me pregunto por qué nunca me lo contó—. Entonces, ¿no sabías quién era cuando llegaste aquí?

Ella niega con la cabeza. —No olvides que nosotros también hemos tenido un polvo caliente y sudoroso, solo tú y yo.

—Lo sé, pero eso parece haber sido hace una eternidad.

—Fueron unas pocas semanas —se ríe—. Supongo que tenemos que hablar de esto con todos.

Cubro su mano con la mía, presionándola contra mi piel un momento más. —Sí —murmuro.

Nos quedamos en silencio por un rato; el único sonido es la respiración tranquila de Raphael. En algún momento, su mano encuentra la de Eliza entre las sábanas, incluso dormido, buscándola. Una parte de mí envidia la facilidad de su conexión, pero otra está decidida a labrar mi propio lugar en su corazón.

—Estoy preocupado por ti —susurro después de unos minutos.

—¿Por qué? —No hay hostilidad, solo una pregunta.

—James y Oliver dijeron que te encargaste de Lila y que pareces confiar plenamente en Felix.

—Lo hice, y así es.

—¿Estás bien con haber matado a Lila? —Abordo esto en dos partes ahora, ya que juntarlas sería un error.

—Sí —dice con un suspiro—. Me afectó, pero era una perra que necesitaba ser borrada de la faz de la tierra. ¡Le disparó a su propio hijo! ¿Puedes creerlo?

—Desafortunadamente, sí puedo —gruño, y ella se ríe.

—Sí, bueno, en cuanto a Felix, quiere ser un Hughes. Eso lo hace leal a mí. Me cubrió las espaldas cuando fácilmente podría haberme liquidado en múltiples ocasiones. Es un niño perdido buscando atención pero sin saber cómo obtenerla, ¿sabes? Lila lo trataba como una mierda.

—Entonces, ¿no hay trauma?

—¿Olvidas con quién estás hablando? —pregunta con arrogancia.

—No, pero tengo que comprobarlo.

—Aprecio que te preocupes. —Se inclina para besarme suavemente en los labios.

Su beso envía una onda de choque a través de mí, feroz y tierna a la vez. Me aparto ligeramente, nuestras frentes tocándose en la penumbra de la habitación. —Solo necesito saber

que no estás cargando con esta mierda sola.

Eliza ríe suavemente. —Estoy bien, lo juro. Pero gracias por preocuparte. Significa más de lo que crees.

Asiento y me levanto lentamente, mi mano alejándose de la suya con reluctancia.

—Debería dejarte descansar —murmuro, ya extrañando el calor de su piel, y salgo de la habitación. El pasillo está en silencio mientras regreso a mi dormitorio, pero dentro hay un rugido en mis oídos que suena sospechosamente como esperanza mezclada con terror.

De vuelta en mi habitación, me tiro en la cama, pero el sueño parece un enemigo esta noche. En su lugar, repaso cada escenario sobre la charla de mañana con Eliza y los chicos. ¿Cómo navegamos esto? Una reina de la mafia y sus cuatro amantes, no es exactamente material de libro de texto.

Pero, de nuevo, ¿cuándo hemos hecho algo según las reglas? Todo lo que sé es que ella necesita poner las cartas sobre la mesa, para que todos sepamos exactamente dónde estamos y si esto es algo equitativo, o lo que sea que sea. Levantándome para agarrar el portátil, me acomodo de nuevo en la cama y lo abro, acostándome con la cabeza en la almohada, simplemente mirándola. Raph se mueve, y ella se desliza sobre él. Él está listo para la acción mientras empiezan a moverse bajo las sábanas; a pesar de su herida en el costado, eso no parece estar frenándolo, pero no lo culpo. Tendría que estar muerto para no estar con ella si me lo pidiera.

El problema es que no me pidió que me quedara. Me dejó ir y luego se subió encima de Raph. Eso es mucho para procesar, pero tengo que dejarlo de lado y estar feliz de que me quiera en absoluto. Cerrando los ojos, me quedo dormido, esperando que mañana se sienta un poco más brillante que esta oscuridad que todo lo consume.

CAPÍTULO 21

ELIZA

Estoy caminando de un lado a otro sobre la lujosa alfombra de la amplia sala de estar de la casa. Cada paso se siente como si estuviera pisando la delgada línea entre dos mundos: el que mi padre gobernaba con puño de hierro y el oscuro abismo que ahora me llama.

De alguna manera, he caído justo en medio de tierra de nadie. Sin gobernar, pero ya no soy la princesa. Siento como si hubiera pasado por algún rito de iniciación donde matar a tu propia familia te hace o te destruye. Anoche le dije a Tarquin que estaba bien, y lo estoy. Pero hay algo en todo esto que odio tanto, que quiero acurrucarme en un rincón y llorar.

Debilidad.

Los Hughes no son débiles.

—No, papá, pero a veces tienen sentimientos —murmuro—. Momentos de flaqueza donde parece que el mundo se derrumba.

Tengo las palmas sudorosas, pero las aprieto con fuerza, con los nudillos blancos.

El legado de la familia Hughes se siente más como una carga que nunca. Papá es un rey entre ladrones, un hombre que exige respeto con solo una mirada. Pero aquí estoy yo, su hija, su heredera, tratando de averiguar si puedo ser la mitad del líder que él es sin caer en la oscuridad aplastante que viene con la corona, forzándome a estar sola y triste. No es la oscuridad lo que me molesta. Es la última parte. No quiero terminar como mi padre. Quiero tenerlo todo, pero ¿es eso siquiera posible? ¿Llegará un día de repente y me arrebatará todo, como le pasó a él con mi madre?

Pero tengo que tomar una decisión. Una que se me exige, me guste o no. Solo puedo culparme a mí misma. Me involucré y caí profundamente.

La puerta se abre y entran. James con sus tormentosos ojos avellana y su cabello oscuro despeinado por el sueño; Raphael, mi guardián silencioso, sus ojos azules cautelosos; la sonrisa de Tarquin apenas contenida porque sabe de qué se trata esto; y Oliver, la calma que apacigua mis tormentas internas con sus ojos grises iluminados con picardía. Se dispersan, sentándose y mirándome. Son mi mundo fracturado, cada uno llevando un pedazo de mi corazón.

—¿De qué se trata esto? —James es el primero en romper el silencio, su voz firme mientras corta la tensión.

—Necesito poner todas las cartas sobre la mesa —mi voz no tiembla; no puede. No ahora—. Esta es una conversación que está muy atrasada, pero la estaba evitando porque me hace sentir cosas, y no me gustan los sentimientos. Complica las cosas. He tenido sexo con todos ustedes en las últimas semanas, con algunos más que con otros, algunos encuentros más oscuros que otros... —Mi mirada se detiene en James, quien no responde en lo más mínimo—. Y está jugando con mi cabeza, estos sentimientos... son complicados. Están complicando las cosas para mí.

—Estoy a tu lado, Eliza. A través del infierno y de vuelta, si es necesario —dice James con firmeza, casi como si esto fuera ensayado.

¿Acaso Tarquin me delató?

Las palabras de James resuenan en mi cabeza cuando Raphael habla.

—Eliza —dice, con voz firme pero tranquilizadora—, te he visto luchar, te he visto mantenerte firme cuando otros se derrumbarían. Tienes una fuerza en ti que no tiene igual, física, mental y emocionalmente. Eres una diosa, no una Reina. Eres todo lo que necesito en mi vida, en mi amor. Me desafías, pero sé que yo también te desafío. Ambos necesitamos eso. Te amo. Eso nunca va a cambiar.

Su seguridad me envuelve, estabiliza el temblor en mis huesos. Miro en sus ojos y encuentro la verdad allí. Como yo, Raphael no solo lanza palabras al aire; las dice en serio.

Tarquin se acerca a mí, todo sonrisa arrogante y encanto pícaro. La luz en sus ojos habla volúmenes de sus intenciones, la chispa juguetona inconfundible. Su mirada me recorre, audaz y sin disculpas, y siento que se agita un calor familiar.

—Ve al grano, palomita. Nos necesitas, a todos nosotros, y estamos aquí para ti. Para compartir cada parte de ti —su voz baja a un susurro ronco, y es como un fósforo encendido contra la yesca seca de mi control. Se trata de la conexión cruda e innegable entre nosotros. Estos hombres, mis hombres, me conocen, cada rincón oscuro, cada pensamiento secreto, y aun así, están aquí. Listos para reclamarme, listos para ser míos.

En el silencio cargado, Oliver se levanta y da un paso adelante. Su presencia es como una sombra fresca, tranquila y profunda. Toma mi mano suavemente, sus dedos envolviendo los míos con certeza inquebrantable. La tensión que se anuda en mis hombros se alivia un poco con su toque.

—Te veo. Toda tú. Tus batallas, tus miedos, tu increíble fuerza —sus ojos, tan llenos de tranquila comprensión, sostienen los míos—. Es un honor estar a tu lado a través de cada tormenta y cada calma. Eres extraordinaria.

—Oliver... —mi voz se quiebra, llena de una emoción que me es tan ajena como el griego antiguo. Aclaro mi garganta, estabilizándome—. Todos ustedes —agrego, mi mirada deslizándose por cada uno de sus rostros—. ¿Están preparados para esto? ¿Para todas las complicaciones, los peligros, no solo para mí, sino para todos nosotros? —pregunto, con el corazón martilleando—. ¿No solo como amantes, sino como socios, como confidentes, como mi familia *elegida*? ¿Pueden compartirme, no solo mi cama, sino mis cargas, mi poder, mi vida y las de cada uno de ustedes?

Las preguntas flotan pesadas en el aire, cargadas con el significado de lo que estoy preguntando. Pero necesito saberlo, y necesito escucharlo de ellos. No estamos jugando un juego; estamos planeando un futuro, uno donde el amor no está atado por convenciones ni limitado por el miedo.

—Pequeña asesina, ¿nos estás pidiendo que tengamos una relación contigo? —Raphael sonríe con suficiencia, haciendo que mis mejillas se sonrojen.

—Bueno, sí, obviamente, imbécil. *Si* es lo que quieren. Ninguno de ustedes está obligado a hacer nada...

—No queremos nada menos que todo de ti, cada matiz de tu alma —interrumpe—. Todos nosotros, juntos. Somos tus Reyes, y tú eres nuestra Reina.

—Pensé que era una diosa —murmuro, dándole una sonrisa lenta.

Él se ríe. —Diosa de la mafia no suena tan amenazante.

—De acuerdo, es cierto —concedo.

Tarquin se ríe, un sonido bajo que vibra a través de la tensión. —Te queremos, toda tú. Pero necesitas decidir si esto es algo equitativo o qué planeas hacer exactamente con nosotros.

Encontrando su mirada, puedo ver que está preocupado por mi respuesta, así que no lo hago esperar demasiado. —La igualdad lo es todo. Nadie está por encima o por debajo de nadie más. Habrá momentos en que estaremos juntos y momentos en que estaremos solos, y eso está bien. Así es como tiene que ser para que podamos crecer y profundizar nuestras conexiones individuales.

Él asiente, con alivio grabado en su expresión.

Oliver aprieta mi mano. —Estamos aquí, Eliza. Completamente comprometidos.

James, su presencia constante una fuerza en sí misma, dice: —Nada podría impedirnos estar a tu lado. Ni ahora, ni nunca.

Asintiendo lentamente, contenta de haber aclarado eso pero temerosa de lo que esto significa para el futuro, aparto los miedos porque esto es real. Esta es mi... nuestra loca, poco convencional y poderosa familia. Juntos, somos una fuerza en sí misma, unidos no por sangre sino por elección, más fuertes que cualquier lazo que la tradición pudiera dictar.

—Esto hará que la alianza sea aún más fuerte —murmuro—. Nadie puede romper a la nueva generación.

—Que lo intenten —declara Raph con un brillo amenazador en sus ojos.

Sin palabras que decir, Tarquin me aplasta contra él, sus labios magullando los míos mientras Oliver se acerca más, deslizando su mano por mi brazo. Raphael y James se unen rápidamente a nosotros, quitándose la ropa mientras estamos a punto de consumar esta unión de poder.

Gimo mientras manos me despojan de mi ropa. Los labios de Raphael encuentran mi cuello desde atrás, chupando lo suficientemente fuerte como para dejar una marca que le dirá al mundo que estoy tomada, y que nadie más puede tocar.

James se arrodilla a mi lado; su mirada fija en la mía mientras me aparto de besar a Tarq y lo miro con una intensidad que me asusta y me emociona a la vez. Él sabe lo que quiere, y lo toma —mi sumisión, mi pasión— sin preguntar porque no necesita hacerlo. Sus dedos recorren mi muslo antes de sumergirse en mi coño, arrancándome un gemido que es tragado por el beso exigente de Oliver.

Raphael tira suavemente de mi cabello para inclinar mi cabeza hacia atrás y alejarla de Oliver, su boca cubriendo la mía en un beso que es toda posesión y poder.

La boca de Oliver desciende sobre mi pezón mientras James me folla con los dedos hasta que mis rodillas están a punto de ceder. Raph me sostiene y me levanta de los dedos de James para que Tarquin pueda deslizar su polla esperando dentro de mi coño empapado, empapándolo mientras se hunde profundamente en mí. Jadeo, la sensación es abrumadora mientras soy llenada completamente, cada terminación nerviosa gritando de placer. Tarquin gruñe, sus caderas moviéndose hacia adelante en un ritmo que nos hace gemir a ambos.

Las manos de Raphael están en mis caderas, estabilizándome mientras muerde mi hombro, marcándome de nuevo. El dolor es delicioso, contrastando con el placer que recorre mi cuerpo.

—En el suelo —murmura James, y siento que Tarq sale de mí mientras Raph me tiende en la suave alfombra. Arqueo mi espalda mientras Tarq se arrodilla frente a mí, arrastrándome de vuelta a su polla mientras James añade sus dedos también, estirándome ampliamente—. ¿Puedes tomar a dos de nosotros? —murmura.

—¡Sí! —grito, necesitándolo.

Reposicionándonos de nuevo, esta vez conmigo a horcajadas sobre Tarq, quien está golpeando mi coño ferozmente, James se desliza detrás de mí mientras Oliver presiona su polla

contra mis labios. Lo tomo con avidez mientras James mete su polla en mi coño junto a la de Tarquin.

Grito alrededor de la polla de Oliver, la sensación de estar tan llena es alucinante. Es un enredo de extremidades y piel caliente, el aire cargado con nuestra excitación colectiva. Raphael se arrodilla a nuestro lado, su mano acariciándose ante la vista de nosotros.

James y Tarquin se mueven juntos dentro de mí, empujes de dominación y deseo que me empujan tan cerca del borde que apenas puedo respirar. Mis gemidos son ahogados por la polla de Oliver mientras folla mi boca con un ritmo lento y constante que me tiene mareada de necesidad.

Oliver gime, su mano agarrando mi cabello, guiando mis movimientos mientras chupo más fuerte. Raphael se inclina, tirando de su polla mientras sus ojos nunca dejan la escena.

—Mírate, nuestra Reina tomando a sus Reyes como una jodida buena chica —dice Raphael, su voz ronca de necesidad.

Estoy tan cerca ahora, al borde de hacerme pedazos en un millón de piezas. James se estira y encuentra mi clítoris, provocándolo al ritmo de sus embestidas hasta que ya no puedo aguantar más.

Con un grito explosivo que es mitad sollozo, mitad grito, me deshago alrededor de ellos. Mi orgasmo me atraviesa en oleadas que no parecen terminar, cada pulso provocando otra embestida de Tarquin y James hasta que ya no pueden aguantar más.

James maldice mientras se derrama dentro de mí, seguido de cerca por Tarquin, quien deja escapar un gruñido tan primitivo que envía réplicas a través de mi cuerpo.

Mientras se vacían profundamente en mi coño, Oliver sale de mi boca y me levanta de sus pollas, queriéndome para sí mismo hasta que Raph se une a él.

Oliver me empuja suavemente sobre mis manos y rodillas, y sin dudarlo, se desliza en mi coño desde atrás y comienza a golpear, magullando mis caderas con su agarre.

Raphael no pierde un segundo. Se arrodilla frente a mí, su miembro endurecido en mis labios. Lo miro con ojos entrecerrados, tomándolo tanto como puedo. Chupo y lamo, saboreando su líquido preseminal con un suave gemido.

Su ritmo se vuelve implacable, las embestidas de Oliver penetrándome con una especie de urgencia posesiva mientras Raphael folla mi boca con igual entusiasmo.

El agarre de Oliver en mis caderas es fuerte, pero el dolor es solo una capa más del placer. Su mano se extiende para rodear mi clítoris, frotándolo en círculos apretados que envían chispas de éxtasis a través de mí.

Con unas cuantas embestidas más poderosas, Oliver gruñe y se mantiene profundamente dentro de mí mientras derrama su semen para mezclarse con el de Tarquin y James. Se retira, y es entonces cuando Raph se sienta y me arrastra a su regazo. Me empala rápidamente, su miembro deslizándose fácilmente en mi coño lubricado y lleno de semen.

—Prepara su trasero —murmura a Tarq.

Raph me levanta y saca su miembro para que su gemelo pueda sacar el semen de mi coño para lubricar mi trasero.

Tan pronto como Tarq está libre, Raph empuja su miembro engordado de vuelta dentro de mí mientras se recuesta, llevándome con él para que mi trasero quede levantado para Tarquin.

Siento una oleada de adrenalina cuando los dedos de Tarquin rodean mi ano, esparciendo la mezcla resbaladiza de su semen antes de presionar contra la entrada de mi trasero. Me apoyo en el pecho de Raph, mirándolo a los ojos, viendo la oscura promesa en su mirada. El empuje es lento pero insistente, y luego estoy tomando a Tarquin también, el estiramiento bordeando el

dolor, pero es jodidamente increíble.

—Joder —jadeo, tratando de ajustarme a la sensación de ser completamente poseída por estos hombres. Tarq no me da tiempo para adaptarme, sin embargo. Comienza a moverse, un ritmo constante que me hace apretar alrededor de Raph.

Soy suya. Una posesión compartida que nos une más fuerte que cualquier voto. Cada embestida envía nuevas sacudidas de placer a través de mí, y comienzo a moverme con ellos, encontrando las embestidas ascendentes de Raph y empujando hacia atrás sobre el miembro de Tarquin.

Raph agarra mis caderas con fuerza. Guía mis movimientos, sus ojos nunca dejando los míos. —Joder, Eliza —gime—. Te ves tan perfecta tomándonos así.

Tarq se inclina hacia adelante, sus manos encontrando mis pechos y pellizcando mis pezones lo suficientemente fuerte como para hacerme gritar. Duele tan jodidamente bien, y no puedo detener el gemido que se me escapa.

—Buena chica —murmura James desde donde nos observa, acariciándose perezosamente. Sus ojos están oscuros de lujuria y orgullo mientras los dedos de Oliver encuentran mi clítoris.

—Joder, eres una buena putita, ¿no es así, tigresa? —murmura—. Una zorra tan perfecta tomando cuatro pollas y siendo su basurero de semen.

—¡Joder! —rujo mientras el elogio degradante golpea mi punto caliente de una manera que nunca pensé que ser llamada zorra lo haría—. ¡Sí! ¡Más!

—Más —murmura, soltándome para moverse junto a Tarquin—. ¿Estás lista para eso, putita?

—¡Joder! ¡Sí! —grito, preparándome para la triple penetración, que no decepciona.

Cuando Oliver empuja su miembro junto al de Tarquin, siento como si me fuera a partir en dos, pero es el tipo de dolor que está entrelazado con tanto placer que es casi insoportable. Se mueven juntos, y estoy completamente a su merced. Apenas puedo recuperar el aliento, cada embestida golpeando nervios que ni siquiera sabía que existían.

—Las cosas que nos haces, Eliza —gruñe Tarquin, su voz tensa. Golpea mi trasero con fuerza, el ardor mezclándose con la abrumadora sensación de estar tan completamente llena.

—¡Joder!

Los dedos de Oliver se clavan en mis caderas mientras empuja más fuerte, su otra mano golpeando contra mi piel enrojecida también. Con cada golpe, un rayo de deseo dispara directamente a mi centro.

Raphael agarra mi barbilla, inclinando mi cabeza para encontrarse con su intensa mirada. —Eres nuestra —dice ferozmente—. Solo nuestra.

Solo puedo asentir porque les pertenezco, en cuerpo y alma. Su posesión es absoluta, y es exactamente lo que anhelo.

James se acerca, su miembro presionando contra mis labios. Lo succiono ansiosamente, llevándolo profundo en mi boca. Sus embestidas coordinadas envían vibraciones a través de mí, intensificando el placer.

—Me estoy corriendo —jadea Raph—. Joder, me estoy corriendo en tu coño, pequeña asesina.

Gruñe, su cuerpo temblando mientras se vacía dentro de mí. La sensación de él perdiendo el control me empuja al borde de nuevo. Grito alrededor del miembro de James, mi clímax desgarrándome.

Tarquin y Oliver no están lejos detrás, arrastrados al límite. Tarquin llena mi trasero con su semen caliente, justo antes de que Oliver gima, y su miembro pulse semen por todo el miembro

de Tarquin, aún clavado en mi trasero.

—Qué buena zorrita —raspa Oliver—. Todo este semen llenando tus agujeros. ¿Qué se siente ser tan sucia?

—¡Jodidamente glorioso! —grito, sacando mi boca del miembro de James para que pueda correrse por toda mi cara y tetas.

—Jesús —jadea Oliver, saliendo de mí lentamente—. Chica sucia.

Todo mi cuerpo está temblando por la intensidad de nuestros orgasmos compartidos, y colapso sobre el pecho de Raph.

—Te cuidaremos —susurra Oliver, apartando un mechón de pelo de mi cara. Se inclina para besarme suavemente en la boca. Es un gesto tierno que contrasta con la rudeza en la que acabamos de deleitarnos.

Tarquin se inclina y besa el tatuaje en mi espalda mientras los dedos de James se enredan suavemente en mi pelo.

Nunca me he sentido más apreciada que en este momento. Estos hombres han visto cada lado de mí —la despiadada jefa de la mafia en entrenamiento y la mujer vulnerable que anhela su toque— y aman todo. Está en la forma en que me manejan con tanto cuidado ahora, sus toques suaves y reverentes.

Los brazos de Raph se aprietan a mi alrededor, su respiración calmándose mientras acaricia mi espalda. —Lo hiciste tan bien para nosotros, pequeña asesina —elogia en un bajo ronroneo que vibra contra mi oído.

Dejo escapar un profundo suspiro, sintiendo que el peso del mundo se desliza por un momento mientras estoy rodeada por su abrazo. —Esto es perfecto. Todos son perfectos para mí.

—Tú eres perfecta para nosotros —susurra James, levantando mi cabeza para dejar caer un beso en mis labios—. No temes a la oscuridad que traemos.

—Nunca asustada —murmuro antes de que profundice su beso, enredando su lengua con la mía, excitándome de nuevo.

CAPÍTULO 22

ELIZA

Recostada en mi cama, mis dedos daban vueltas y más vueltas al sobre color crema. Finalmente, decidiendo que no iba a hablarme por sí solo y que tendría que leerlo para ver qué decía, rompí el sello oficial. Dentro, el pesado papel se desplegó revelando la pulcra caligrafía del Vicerrector Peters:

—Señorita Eliza Hughes, es con gran placer que la invitamos a ser coronada como Reina del Castillo en la próxima ceremonia dentro de dos días.

Reina del Castillo.

El título de repente me pesa en el pecho.

Es gracioso, ¿sabes? Aquí estoy, a punto de ser coronada como una especie de realeza del campus cuando la verdadera corona a la que aspiro está hecha de sangre y pecado. Cierro los ojos, dejando que el momento me invada. Los recuerdos destellan como disparos. Sesiones de estrategia, conversaciones susurradas en rincones oscuros, aprendiendo cada centímetro del negocio familiar hasta que las líneas entre lo legal y lo ilegal se difuminaron en la nada.

He recorrido un largo camino desde la niña que solía sentarse en las rodillas de su padre, observando el mundo con grandes ojos verdes. Ahora, esos ojos calculan riesgos y alianzas.

Pero todo es parte del juego, ¿no? No naces en la familia Hughes sin esperar jugar tu papel, y si eso significa que mi vida universitaria tiene menos que ver con fiestas y más con mantenerme a mí y a mis hombres a salvo de las sombras que quieren vernos caer, que así sea.

Lo arrojo a un lado con una sonrisa, sabiendo que esto es para lo que me enviaron aquí, es solo una formalidad. Cada cabrón aquí sabe que soy yo, pero la validación será agradable para aquellos que no estén de acuerdo.

Hojeo un libro de historia, tratando de distraerme con el ascenso y caída de imperios, cuando escucho un suave golpe en la puerta. No es uno de mis chicos; es más suave. Me deslizo fuera de la cama, mis pies descalzos cruzan el suelo mientras me dirijo a la puerta.

—Hola —digo, abriéndola, sorprendida de ver a esta chica revoloteando en el pasillo—. Imogen, ¿qué pasa?

—Eliza, hola —exhala, pasando junto a mí hacia la habitación, sus ojos revoloteando alrededor como si la amenaza pudiera estar escondida bajo mi cama o en el armario—. Sé que aprecias la falta de rodeos, así que iré directo al grano. He oído cosas sobre los Reyes.

Mi sangre se congela, incluso mientras mi cerebro comienza a dispararse como una ametralladora. —¿Cosas?

—Rumores de que alguien quiere derribarlos.

—¿Alguna idea de quién es?

—Nada concreto aún. Solo susurros, pero ya sabes cómo funciona este mundo. Los susurros

son tan buenos como los gritos.

—Vale, bueno, no es exactamente una novedad que los cabrones siempre estén tratando de atraparnos. Es solo una cosa más con la que lidiar.

Imogen asiente, su mirada fija en la mía. —Esto de que te conviertas oficialmente en Reina... ¿te das cuenta de lo que significa? El blanco en tu espalda está a punto de hacerse más grande.

—Reina suena bien, ¿no? —digo con media sonrisa, sin estar particularmente preocupada.

—Es poder, influencia. La gente querrá usarte, o peor, eliminarte a ti o a la gente que te rodea.

—Los Reyes.

—Para *convertirse* en los Reyes.

—Que lo intenten. No saben ni la mitad de lo que soy capaz.

Me lanza una mirada inquisitiva. —Me enteré de lo de tu tía. Eso es duro.

—Así es la vida. Esta vida.

—Es un hecho. Eres la mujer más fuerte que conozco, y eso ya es decir algo. Te respeto mucho.

—Gracias.

La mano de Imogen se posa en mi brazo. —Te cubro las espaldas, Eliza, pase lo que pase.

Miro en sus ojos y veo la verdad en ellos. —Lo sé.

—Bien. —Los labios de Imogen se curvan en una sonrisa.

—Por cierto —añade Imogen con un guiño mientras se dirige hacia la puerta—, haces que "Reina del Castillo" suene como un título impresionante.

—Solo porque no estoy sola —digo, ofreciéndole una sonrisa.

—No, no lo estás. —Hace un saludo casual y se desliza por la puerta.

La habitación vuelve a estar en silencio, pero es un tipo de silencio diferente ahora. Arruinado. Echado a perder. Esperaba tener al menos un día para mí. Sentada en la cama y mirando fijamente la puerta, me muerdo el labio. La coronación es una bomba de relojería, un espectáculo que podría encender la envidia o algo peor.

—A la mierda. No es como si esto no fuera a seguir aquí mañana.

Decidiendo que esto puede esperar ya que los chicos están todos aquí conmigo de todos modos, también tratando de experimentar algo de tiempo de descanso ya que todos hemos sido golpeados las últimas semanas, me dirijo a la cocina, lista para comerme un caballo entre dos panes si es necesario.

Rebusco en la nevera, sacando ingredientes para un sándwich, nada elegante, solo sustancioso y real. Con cada rebanada de pan y cada untada de mayonesa, me pierdo en la simplicidad de la tarea. La lechuga crujiente, el sabor fuerte del queso, la gruesa rodaja de jamón... es mundano, y es perfecto.

Después de devorar el sándwich a una velocidad récord, me sirvo una rara copa de vino, rojo como la sangre, pero suave y calmante. Sosteniéndola en alto, pienso en Lila, haciendo casualmente sus planes para destruirme mientras bebía su vino. Con un gruñido bajo, doy un sorbo, dejando que el líquido caliente baje por mi garganta, apartando a esa perra salvaje de mis pensamientos. No merece ser recordada.

Llevo la copa a la ventana de la sala de estar, con la mirada fija en el campus al otro lado de las puertas eléctricas, bañado por el crepúsculo. Es una vista inquietantemente hermosa, y suspiro de placer al ser la gobernante de este pequeño y contenido Reino.

Cruzando hacia las escaleras, subo lentamente de vuelta a mi habitación. Un baño de burbujas puede ser un cliché, pero los clichés existen por una razón. Dejo el vino y abro los

grifos, el vapor se eleva tentadoramente. Mientras me quito la ropa, echo un vistazo a mi espalda en el espejo, a mi tatuaje —una calavera entrelazada con una rosa— que aparece a la vista, un recordatorio de quién soy y lo que he jurado proteger.

Me deslizo en el agua, el calor envolviéndome, penetrando en los músculos tensos por demasiados secretos. Cerrando los ojos, me rindo al abrazo del agua. Me permito el pequeño placer de imaginar una vida sin amenazas acechando en cada esquina.

—Mañana —le prometo a las paredes silenciosas—, mañana lucharé. Pero esta noche, respiro.

CAPÍTULO 23

JAMES

Reviso cada parte del rifle, mis dedos recorren el metal y el polímero como si buscara un pulso. Tiene que ser perfecto. La voz de mi padre resuena en mi cabeza: —Precisión, James. Siempre precisión —. Asiento para mí mismo, aunque él no esté aquí para verlo. El peso del apellido Blackthorne me sienta bien, como hecho a medida, pero no hay tiempo para reflexiones. El trabajo tiene que hacerse.

¿Cargador? Lleno. ¿Mira telescópica? Clara como el día. ¿Cañón? Lo suficientemente limpio como para comer en él, aunque no lo intentaría. Cada pieza encaja con un chasquido que me excita. Doy un último vistazo al arma ensamblada antes de desmontarla y guardar cada pieza en el maletín. Es solo otro día, otro trabajo. Hay que mantener el profesionalismo y la distancia. No hay espacio para errores ni emociones.

Mientras el resto de la casa descansa, durmiendo y relajándose, yo salgo en silencio. Doy un paso fuera de la casa adosada; la puerta se cierra tras de mí con un suave clic. El sedán blanco espera en la acera, tan corriente y poco llamativo como es posible: perfecto para pasar desapercibido. Me deslizo en el asiento del conductor, sintiendo el cómodo asiento bajo mi cuerpo. El motor arranca al girar la llave, una silenciosa promesa de anonimato cuando me dirija a la ciudad, a media hora de distancia en esta mañana de sábado a finales de septiembre.

Mientras me alejo de la acera, la casa adosada se convierte en solo otra mancha borrosa en el espejo retrovisor. Las calles están tranquilas; algunas personas ya están empezando su día, paseando a sus perros y yendo a las tiendas, ajenas a la oscuridad que se esconde bajo sus narices. Conduzco con determinación, pero no la suficiente como para llamar la atención. Soy solo otro tipo en un coche yendo a algún sitio.

El paisaje cambia a medida que me acerco al lugar, y mi agarre en el volante se tensa. Hora de jugar. Aparco a una manzana de distancia en un estacionamiento al aire libre, solo otro vehículo anónimo en el mar del tráfico matutino.

Es hora del espectáculo.

Y estoy listo.

Compro mi ticket de estacionamiento, lo coloco en el parabrisas y agarro el maletín de acero de asiento del copiloto. Es lo suficientemente pequeño como para no llamar demasiado la atención.

El edificio en cuestión se alza, silencioso e inadvertido. Es extraño verlo tan quieto en fin de semana cuando el ajetreo de los días laborables parece una característica permanente. Me deslizo hacia la entrada lateral, lejos de cualquier mirada indiscreta que pueda estar por ahí a esta hora temprana. Una cerradura se interpone entre mi objetivo y yo: solo un pequeño inconveniente. Me arrodillo, herramientas en mano, y me pongo a trabajar.

El cilindro hace clic, el sonido casi inaudible. Esa es mi señal. Guardo mis herramientas y abro la puerta con cuidado, deslizándome dentro. Los pasillos me reciben con silencio, del tipo que amplifica cada pequeño ruido. Mis pasos no son ni siquiera un susurro en el suelo de baldosas. Me muevo por los pasillos sin iluminar, cada paso calculado, evitando los parches de luz de las ventanas ocasionales.

Más adelante, veo la puerta de la escalera, exactamente donde los planos de mi padre decían que estaría. Subo las escaleras de dos en dos, silencioso como una sombra. El piso designado aparece a la vista, el número grabado en la puerta metálica. Presiono la puerta para abrirla con el lado del puño, miro a través del hueco antes de salir.

Vacío. Tal como debería estar.

Hago un barrido por el piso, habitación por habitación, asegurándome de que no haya nadie alrededor, y concluyo que el lugar es un pueblo fantasma.

Bien.

No puedo permitirme sorpresas, ni hoy ni nunca.

Caminando a lo largo de la hilera de ventanas que dan a la calle más concurrida ahora, encuentro el lugar para hacer el disparo. Arrodillándome, abro el maletín y saco las piezas del rifle con cuidado. Cada parte encaja con una facilidad reconfortante, tal como debe ser, tal como siempre ha sido en las horas que he pasado desarmándolo y volviéndolo a armar. La memoria guía mis manos mientras ensamblo el arma, el metal frío y familiar bajo mis dedos.

Todo se trata de precisión. Cada pieza tiene su lugar; no hay espacio para errores en este tipo de trabajo.

El rifle está listo, y yo también. Ahora solo queda esperar. Pero la paciencia es parte del trabajo, algo que mi padre me inculcó desde que pude sostener un arma. Puede que operemos en las sombras, pero estamos atados por el mismo código inquebrantable: honrar a la familia, completar la misión, proteger lo nuestro.

La brisa fresca acaricia mi piel mientras abro la ventana con cuidado, lo justo para el cañón del rifle y una vista sin obstrucciones. Mis ojos recorren la calle, una jungla de concreto que despierta y se vuelve más vibrante a medida que pasan los minutos.

Pero no estoy aquí por el ambiente, estoy aquí por el golpe. Escaneo el área, buscando cualquier indicio de movimiento, cualquier señal del objetivo. Sé que aparecerá pronto; estoy justo a tiempo.

Los segundos pasan, cada uno transcurriendo como un latido. Me mantengo inmóvil, mi respiración controlada, mis sentidos afilados como una navaja.

La tensión se enrolla dentro de mí como un resorte, apretado y listo para saltar. Cada músculo de mi cuerpo está preparado, cada terminación nerviosa encendida con anticipación. Esta es la parte del trabajo que te pone a prueba: la espera, el tramo desconocido de tiempo antes de la acción. Pero prospero con ello, la adrenalina burbujeando bajo mi piel, la silenciosa promesa del final del juego.

Mi dedo descansa ligeramente sobre el gatillo, listo para controlar la muerte con un solo apretón. Es poder, crudo e inflexible, y lo manejo con certeza.

Cambio ligeramente mi peso, manteniendo la sangre fluyendo y permaneciendo alerta. El objetivo aparecerá, y cuando lo haga, estaré listo. Listo para hacer lo que hay que hacer. Listo para honrar el legado que me han transmitido.

El juego de la espera termina.

Una figura entra en mi campo de visión, confiada de que este será otro día normal. No saben que estoy aquí arriba, con el ojo pegado a la mira, la vida y la muerte acunadas en mis manos.

No saben que alguien ha pagado por su muerte con dinero manchado de sangre por acciones que ni conozco ni me importan.

Me fijo en el objetivo, firme como una roca. Son solo otro blanco, otro nombre que tachar de una lista, nada personal. Pero así es como sobrevives en este juego. No piensas en los susurros que nunca pronunciarán ni en el suelo que no volverán a pisar. Piensas en sobrevivir.

Una respiración profunda, la retengo, la suelto lentamente. La ciudad se mueve a nuestro alrededor, ignorante. Soy una sombra entre las sombras, un fantasma cuya existencia nadie conoce. Mi dedo, un juez silencioso, aprieta el gatillo. El disparo silenciado se escapa, un susurro de muerte cabalgando el aire de la mañana. Encuentra su objetivo, y sé sin mirar que el trabajo está hecho. Siempre lo está.

Siento la adrenalina, la oscura satisfacción recorriendo todo mi cuerpo.

El cuerpo golpea el suelo, ahora un saco sin vida. No me estremezco. No siento nada. Mi rostro es duro, solo otro día en la oficina mientras paso a la siguiente fase.

Trabajo rápidamente, desmontando el rifle. Pieza por pieza, se desarma en mis manos. Cada movimiento es exacto, sin movimientos desperdiciados. Las partes se acomodan en sus moldes de espuma, silenciosas como una tumba.

Cierro el maletín de golpe, sin siquiera un eco en la habitación vacía, me pongo de pie, listo para desvanecerme nuevamente en el latido de la ciudad.

Salgo del edificio silencioso y me muevo por el callejón alejándome de mi trabajo, me uno al flujo de gente en la acera, escuchando los gritos al otro lado del edificio. El maletín en mi mano es solo otro maletín más, nada que grite que llevo las herramientas de mi oficio. Me deslizo en el flujo y reflujo de la vida que despierta, mis pasos suaves contra el pavimento.

El sedán me espera, justo donde estaba, y me deslizo en el asiento del conductor, dejo caer el maletín en el lado del pasajero y arranco el motor. Ronronea al encenderse, un sonido apagado ahogado por el creciente ruido de la ciudad. Me incorporo al tráfico, otro ciudadano sin rostro comenzando su día mientras las sirenas gritan cerca.

Hormigón y acero pasan rápidamente mientras conduzco, pero mi mente no está en el paisaje. Ya está dando vueltas sobre lo que viene después. Siempre moviéndome hacia adelante, como un tiburón que se ahoga si deja de nadar. La casa adosada se alza en la distancia, una fortaleza de secretos y poder.

Mientras me detengo en la acera, el silencio me envuelve nuevamente, solitario y denso. Salgo del coche, llevando el maletín conmigo, y entro. La puerta se cierra detrás de mí, sellándome con la fría oscuridad del vestíbulo.

—Hola —dice Oliver, saliendo de la cocina con una taza de café—. ¿Trabajo temprano?

—Sí.

—Bien.

Asiento con la cabeza, subiendo las escaleras, sin necesidad de entrar en más detalles. Él sabe que no debe preguntar.

Mi habitación está como la dejé, inmaculada, las persianas bien cerradas.

Después de dejar el maletín, mis pensamientos se desvían brevemente hacia Eliza antes de apartarlos. En el silencio de mi habitación, me quedo quieto por un momento, dejando que la adrenalina se drene, sin dejar nada más que el frío del deber cumplido.

Cierro la puerta con llave y me froto la tensión que anuda mis hombros. El silencio a mi alrededor se siente pesado, cargado con las verdades no dichas de mi existencia. El tipo que aprieta el gatillo, que hace lo que hay que hacer sin vacilación ni remordimiento.

Mientras saco el kit de limpieza, dispongo cada pieza con perfección robótica, la rutina

familiar y reconfortante. Las partes del arma yacen esparcidas ante mí como un ominoso rompecabezas esperando ser rearmado.

Empiezo con el cañón, pasando el cepillo por su longitud, eliminando cualquier residuo. Cada parte recibe el mismo tratamiento: meticuloso y exhaustivo. Hay un ritmo en ello, un proceso metódico que requiere la concentración suficiente para evitar que mi mente divague donde no debería.

Nada en esta vida es simple, pero esta parte, la limpieza, es directa. Pieza por pieza, borro la evidencia del trabajo de hoy. Sin huellas dactilares, sin manchas, sin errores. En este mundo, no te los puedes permitir.

Las piezas metálicas brillan bajo el toque del paño y vuelvo a colocar las partes donde pertenecen. Está listo ahora, justo como necesito estarlo yo, para cualquier trabajo que venga después. Siempre hay un después en este juego.

Finalmente, guardo el arma, oculta pero al alcance. Una compañera necesaria. Me desplomo en la silla. Mi cabeza es un remolino de sombras y susurros, del tipo que viene con el territorio, un compañero constante en esta vida que llevo. No es solo un trabajo; es quien soy, lo que corre por mis venas, lo que me mantiene alerta. La oscuridad es seductora, envolviéndome, apretando con cada respiración.

Me excita, y finalmente, me relajo lo suficiente para sentir mi polla, dura y exigente. Necesito liberación, algo para aliviar la tensión después de la euforia del golpe. Abro mi portátil, la imagen de Eliza llena la pantalla, la única persona que entiende esta parte retorcida de mí sin inmutarse.

Está dormida, sus ondas de cabello esparcidas sobre la almohada. Sus labios están entreabiertos, y me imagino los suaves suspiros que haría si estuviera allí, tocándola, sintiendo su calor.

Sacando mi polla, me acaricio, rudo y rápido, con los ojos fijos en Eliza. Es una belleza rara, feroz y hermosa, y verla dormir sin su consentimiento es tremendamente excitante. Me imagino esos ojos verdes abriéndose de golpe, fijándose en mí con esa aguda inteligencia que ve a través de la mierda. Ella me desafía, me empuja, eso es exactamente lo que necesito. Agarrando mi polla con más fuerza, me reclino en la silla, mi otra mano bajando para acariciar mis bolas. La presión aumenta, una intensidad que me tiene al borde. Los pensamientos de Eliza alimentan la necesidad, la forma en que se mueve contra mí cuando estamos follando, su confianza, cómo toma lo que quiere sin vacilar.

El calor se enrosca más fuerte, girando hacia abajo mientras persigo el placer, persiguiendo el olvido que viene con él. Mi respiración se entrecorta, y me inclino hacia la sensación, la presión aumentando hasta que ya no puedo contenerme más.

—Eliza —gimo, bajo y gutural, mientras mi clímax se desata sobre mí. Por un segundo, nada más existe, solo el pulso crudo del placer y la visión de ella acostada allí, tan pacífica, tan hermosa, que duele.

Mientras las olas se desvanecen, me limpio, frío y meticuloso de nuevo. Emociones guardadas, deseo satisfecho, cierro el portátil, cortando la conexión. Es hora de volver al negocio, de vuelta a las sombras donde prospero, donde espero la próxima llamada a la acción, la próxima vez que pueda perderme en la mirada de Eliza.

CAPÍTULO 24

ELIZA

Mi teléfono vibra en la mesita de noche, sacándome de entre el enredo de sábanas de seda. Estiro el brazo para alcanzarlo y entorno los ojos para leer. La pantalla se ilumina con un mensaje críptico.

—Reina Eliza, el tablero de ajedrez está a punto de cambiar. Ya sabes dónde reunirte si quieres mantener a tu rey en juego. Lucas

Si no me equivoco, Lucas es ese tipo alto y delgado que fuma mucho y se junta con la gente de mala reputación.

Me deslizo fuera de la cama, me visto rápidamente y me ato el pelo en una trenza suelta mientras salgo sigilosamente de la habitación.

El campus está tranquilo en las primeras horas antes de que comiencen las clases, y encuentro a Lucas esperando en el patio, ya fumando, apoyado contra la pared con un pie en alto descansando sobre la piedra detrás de él. Tiene esa mirada que siempre tiene, como si supiera algo que nadie más sabe.

—Eliza —me saluda, con voz baja.

—Déjate de suspenso, Lucas. ¿Qué es tan urgente? —pregunto, apoyándome contra la pared con los brazos cruzados.

—Se dice que hay alguien buscando destronarte —dice, con los ojos moviéndose de un lado a otro como si esperara que las sombras nos saltaran encima—. No es solo un aspirante cualquiera; tiene recursos, conexiones.

—¿Ah, sí? —digo, manteniendo un tono neutro. La confianza es difícil de ganar en nuestro mundo, y la repentina aparición de Lucas como un posible aliado es tan sospechosa como intrigante—. Eso no es nada nuevo.

—Mira, sé que no somos precisamente confidentes —continúa—, pero creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Ayudar cómo? ¿Apuñalándome por la espalda cuando te convenga? —replico, dejando que un toque de amenaza coloree mis palabras.

—O cuidándonos las espaldas. Este jugador va por sangre, Eliza. La tuya y la mía.

—¿Por qué la tuya? —Lo estudio, buscando mentiras o vacilación, pero se mantiene firme. Tengo que admitir que estoy impresionada. Pero aun así, la cautela es mi mejor amiga.

—Soy el tipo que sabe cosas. Siempre hay una diana en mi espalda, y para ser sincero, me está jodiendo.

—¿Y crees que yo puedo protegerte?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no simplemente pedirlo?

Medita eso por un minuto como si ni siquiera se le hubiera ocurrido, pero luego sonríe y da una larga calada al cigarrillo antes de soltar una bocanada de humo directamente sobre mi cabeza.

—La información es mi moneda, y es como trabajo. Tú la necesitas; yo la tengo. Pero también necesito garantías.

—Garantías —repito.

—Protección. Di la palabra y estaré a tus órdenes. Recházame y podrías arrepentirte.

Es un movimiento audaz, poner sus cartas sobre la mesa de esa manera. Podría ser una trampa, pero también podría ser mi mejor apuesta para mantenerme por delante del juego.

—De acuerdo —decido, sosteniendo su mirada—. Pero si me traicionas, Lucas...

—Ni siquiera tendrás que levantar un dedo —me interrumpe—. Tus Reyes tendrán mi cabeza antes de que lo pidas.

—Buena respuesta —replico con una sonrisa burlona—. Tenemos un trato, por ahora.

Lucas asiente, y por un momento fugaz, veo algo parecido al respeto en sus ojos. Podría ser genuino o otra capa de engaño. Solo el tiempo lo dirá.

—Consígueme lo que necesito, entonces —le ordeno antes de darme la vuelta para irme—. Y Lucas, no hagas que me arrepienta de esto.

—Directa como siempre —responde con una sonrisa. Saca un sobre de su chaqueta y me lo entrega—. Todo lo que necesitas saber sobre tu nuevo adversario.

Tomo el sobre, resistiendo el impulso de abrirlo aquí mismo. En su lugar, lo guardo dentro de mi propia chaqueta, manteniendo mis ojos fijos en los suyos.

—¿Y por qué debería confiar en que esto no es una elaborada trampa?

—Porque ambos queremos lo mismo —dice Lucas, con voz baja—. Verte mantener tu trono.

—Claro —me río, pero sin humor—. ¿Y qué sacas tú de esto, otra vez?

—Digamos que estoy invirtiendo en mi futuro —responde, con un toque de dureza bajo su tono casual.

—Hombre listo —asiento, reconociendo la jugada—. Pero no confío fácilmente.

—Compruébalo tú misma.

—Lo haré —confirmo, girándome ligeramente para indicar que la reunión ha terminado. Pero antes de que pueda alejarme, vuelve a hablar.

—Eliza —dice, y me detengo—. No me subestimes. Ese sería tu mayor error.

—¿Y por qué haría yo eso? —respondo sin mirarlo.

—Solo lo dejo caer —replica, y sus palabras tienen un peso que suena a promesa... o a advertencia.

Mientras me alejo, el sobre quema un agujero en mi bolsillo, pesado con secretos y el potencial de cambiar el equilibrio de poder. La confianza es un lujo que no puedo permitirme, pero a veces, es la única moneda que vale la pena apostar. Y Lucas... bueno, está a punto de mostrar su mano, le guste o no.

Las palabras de Lucas persisten en mi cabeza, haciendo que mis entrañas se retuerzan con anticipación y temor. Sacando el sobre de mi bolsillo, lo abro de un tirón y saco una foto.

Parpadeando, me muerdo el interior del labio. —Hmm.

Metiéndola de vuelta en el sobre, esto hace que lo que dijo Imogen sea un poco más amenazante, pero ahora mismo, cualquier cosa podría ser genuina o falsa.

—Joder —murmuro, pasándome una mano por el pelo. Es un juego mortal, pero he estado tirando los dados desde que aprendí a caminar. Quizás sea hora de apostar por la carta salvaje.

El campus no deja que la tensión disminuya. Las miradas me siguen, los susurros persiguen

mis pasos. Están esperando una grieta, una señal de debilidad. Pero no les daré esa satisfacción.

El reloj avanza. El momento de decisión se acerca. Cada elección tiene su precio, y esta alianza podría morderme el culo, o podría resultar útil. —El riesgo viene con la corona —susurro. Es hora de jugar la mano que me han repartido y jugarla como si fuera dueña de la maldita mesa.

Encuentro a Lucas apoyado contra la misma pared, un cigarrillo colgando entre sus labios, intentando parecer demasiado despreocupado al verme acercar. Eso me dice mucho. Su mirada se encuentra con la mía, y el aire entre nosotros se tensa, cargado de amenazas no dichas.

—Habla —ordeno, sin gastar aliento en cortesías.

—Pensé que nunca lo pedirías, Reinita —sonríe con sorna, poniéndome a prueba.

—Corta el rollo, Lucas, no tengo tiempo para gilipolleces.

—Tranquila, Reinita. Estoy aquí para ayudar —interrumpe, levantando las manos en falsa rendición.

—Demuéstralo —exijo—. Y aviso: si me traicionas, acabaré contigo.

—Ay. Sabes cómo herir a un tío —sonríe, pero hay un destello de respeto en sus ojos—. Vale, vale. ¿Quieres garantías? Las tienes. Mi palabra es mi compromiso, Eliza.

—Tu palabra no vale una mierda a menos que la respaldes —me acerco más, mirándolo fijamente—. Quiero un nombre.

—De acuerdo —cede, dejando caer la actuación—. Pero recuerda, estamos jugando con fuego aquí. Esta mierda va más allá de ti o de mí.

—Menos mal que no me asusta quemarme.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder primero. Pero entonces, lentamente, asiente, sellando el trato con una peligrosa promesa. —Lo conseguiré para ti.

—¿No lo tienes ya?

—Digamos que la información llega a cuentagotas. Normalmente, espero hasta tenerlo todo, pero esto saltó a la vista y, bueno, ya lo viste.

—Sí, joder, lo vi. No me jodas. Tienes dos días como mucho. Después de la coronación, quiero los detalles.

Asiente. —Entendido.

Mientras me alejo, los susurros se deslizan por el campus como sombras al atardecer; mi alianza con Lucas Walker no es un secreto. Me apoyo contra la fría pared de ladrillo de la vieja biblioteca, con los brazos cruzados, observando cómo los grupos se reúnen y se dispersan bajo la apariencia de la vida universitaria cotidiana. Pero nada es normal aquí, no desde que Castle se convirtió en mi imperio.

Mientras el sol se eleva más alto, proyectando sombras sobre la Universidad Castle, siento la carga eléctrica del conflicto inminente. Lo acojo con gusto. Con mis Reyes a mi lado, estoy lista para enfrentar cualquier tormenta de mierda que se esté gestando en esta pequeña taza de té.

—Que empiece el juego —susurro. Este es mi mundo, mi guerra, y yo soy la Reina del Castillo, gobernante del tablero de ajedrez, maestra del juego.

Y juego para ganar.

Siempre.

CAPÍTULO 25

OLIVER

—¿Estás lista para esto?

—¡Joder, sí! —Eliza golpea su puño contra la palma de su mano—. Por fin, algo de acción seria.

Resoplo.

—Lo dice la que ha tenido acción sin parar desde que llegó aquí.

—Uf, no me lo recuerdes. Pero todo eso ha sido una mierda molesta. *Esto* es lo que quiero estar haciendo.

—La emoción del crimen organizado.

—Tú lo has dicho. —Sonríe mientras miramos la impresionante mansión a un par de pueblos de CastleGate—. ¿Quiénes son?

—¿Acaso importa?

Ella capta mi mirada firme, y su sonrisa se vuelve siniestra.

—No.

—Entonces vamos.

Salimos del Jeep estacionado justo fuera de las puertas, y Eliza se dirige al intercomunicador. Extiende la mano para presionar el timbre, pero yo le agarro suavemente la muñeca.

—Vamos por encima.

Ella arquea una ceja.

—¿Por encima, eh? Puedo hacerlo. No hay perros de ataque listos para morderme el culo, ¿verdad?

—¿Te detendría si los hubiera? —Mi pregunta es seria, y ella lo sabe.

—Ni de coña. Prevenida y todo eso.

—Entonces no, no hay perros, de ataque ni de otro tipo. Hay un gato que creo que podría estar organizando el levantamiento, pero lo dejaremos estar. Ni de coña me enfrento a un genio felino malvado.

Eliza suelta una carcajada mientras agarra los barrotes de hierro de la puerta y se impulsa hacia arriba.

—No te culpo —dice mientras balancea su cuerpo ágil por encima, evitando los pinchos y aterrizando, ejem, como un gato, sobre sus pies, con las rodillas flexionadas en cuclillas al otro lado. La sigo y tomo su mano mientras caminamos hacia la puerta principal. Golpeo con fuerza y le sonrío, observando sus mejillas sonrojadas. Está disfrutando completamente estando en la calle. Es una chica del tipo que se ensucia las manos, y me encanta eso de ella.

La puerta se abre revelando a una mujer delgada como un rail acariciando al gato demonio.

—Tú —sisea—. Habéis llegado un día antes.

—Tu marido se retrasó un día con el pago la semana pasada. Conoce las condiciones.

Sus ojos se entrecierran mientras observa a Eliza, quien le devuelve una sonrisa amenazante pero permanece en silencio.

—Esperad aquí. —La mujer nos cierra la puerta en la cara, y se abre de nuevo unos segundos después para revelar a su marido.

—Sterling.

—Richards. ¿Tienes mi dinero?

Le lanza una mirada inquisitiva a Eliza.

—¿Quién es ella?

—Mi nueva seguridad. No querrás meterte con ella.

Eliza le sonríe ampliamente, y me cuesta todo lo que tengo no estallar en carcajadas.

Richards entrecierra los ojos y se lame los labios.

—No lo tengo —dice, volviéndose hacia mí.

—Consíguelo. —Mi tono es como el hielo, y él retrocede involuntariamente un paso—. Ahora.

—N-no puedo conseguirlo hasta mañana.

—Mala suerte. Lo quiero ahora. Sabías que esto iba a pasar, Richards. Créeme, no quieres que vuelva con mi padre y le diga que no pagaste. Otra vez.

—¡Pagué la última vez!

—Con un día de retraso, así que la penalización es ahora el pago con un día de anticipación. ¿Por qué te estoy explicando esto de nuevo?

Eliza, aparentemente harta de esta mierda, da un paso adelante con Flick en la mano. Presiona la hoja contra la garganta de Richards, y su voz baja un tono más oscuro, lleno del tipo de peligro que irradia de todo su ser.

—Parece que estás malinterpretando la situación. No nos iremos sin lo que vinimos a buscar.

Richards traga saliva con dificultad, y puedo ver la marca de la hoja en su cuello escuálido.

—Ella tiene sed de sangre. Yo buscaría ese dinero lo antes posible.

Ella retrocede solo una fracción, permitiéndole respirar un poco más fácilmente, pero su intención es clara en sus ojos, girando el cuchillo lo suficiente para verlo sudar.

Richards nos mira alternativamente, dándose cuenta ahora de verdad de la profundidad de la mierda en la que está metido.

—Yo... tengo algo de efectivo en la caja fuerte. Puedo dároslo como anticipo.

—Eso será suficiente por ahora —declaro, y Eliza retrocede pero mantiene a Flick donde Richards puede verla.

Richards se apresura y regresa con una bolsa, que me entrega. —Está todo ahí. Encontramos el extra...

—Seguro que sí —murmuro y hago un espectáculo de abrir la bolsa y contar los cinco mil. No es mucho. Es una miseria en realidad comparado con lo que algunas personas pagan para que no les rompan las rótulas, pero lo mantiene bajo control.

—Gracias, Concejal. Volveremos la próxima semana —declaro y retrocedo cuando nos cierra la puerta en la cara.

—Concejal. Sabía que me resultaba familiar —murmura Eliza mientras lanzo la bolsa sobre las rejas y la sigo rápidamente. Ella está cerca detrás de mí, y subimos de nuevo al Jeep—. ¿Vamos a ver a tu padre ahora?

—No, esto es mío.

—Oh, qué bien. Papi te trata muy bien.

Riéndome, enciendo el coche. —¿Como si el tuyo no lo hiciera?

—Touché. ¿Adónde vamos entonces?

—De vuelta a casa. —Las dos palabras oscurecen sus ojos al captar mi significado, pero aunque el sexo es definitivamente una ventaja, quiero sentarme con ella primero y hablar.

El viaje a casa es corto, mi mano descansa en su muslo mientras ella mira la puesta de sol. Al llegar al camino de entrada de casa, cierro las puertas detrás de nosotros y tomo su mano y la bolsa mientras entramos en la casa.

La puerta se cierra detrás de nosotros, el silencio nos envuelve como una manta gruesa.

—Por fin, algo de paz —digo, lanzando mis llaves sobre la mesa del recibidor y la bolsa al suelo.

Eliza sonríe, pero sus ojos están cansados. El tipo de agotamiento que no se arregla con una siesta o una buena noche de sueño. Es profundo, tallado en ella como líneas en el mármol.

Caminamos hacia el mullido sofá y nos sentamos, el cojín hundiéndose bajo nosotros, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su piel pero sin tocarnos. Todavía no.

Miro su perfil, la forma en que su cabello castaño cae en ondas, captando la luz. No importa cuán difíciles se pongan las cosas, cuán sucio tengamos que jugar, hay algo en Eliza que nunca parece perder su brillo.

—Oliver, ¿alguna vez piensas en tomar un camino diferente? —Se gira para mirarme, sus ojos verdes penetrantes.

—Todo el tiempo —admito. Se siente como estar al borde de un acantilado, exponiendo las partes de mí que sueñan más allá del lío mafioso en el que estamos enredados.

—Cuéntame —insiste.

—Cuando era pequeño, quería ser abogado, como mi madre. Luego descubrí que ella trabajaba en el lado equivocado de la ley, y ese sueño se desvaneció un poco, pero me hizo darme cuenta de que nunca iba a ser otra cosa que su hijo.

Eliza asiente, su expresión suavizándose. —¿Y ahora?

—Ahora —hago una pausa, buscando la verdad en el caos de mi corazón—. Quiero proteger esto: a ti, a los chicos, lo que estamos construyendo.

Se inclina más cerca, su aliento cálido contra mi mejilla. —Tenemos mucho en juego. Más de lo que la mayoría podría manejar.

—Tal vez por eso somos buenos en esto. Estamos hechos para las cosas difíciles, para la lucha. —Es lo más cerca que llego a la poesía, crudo y honesto.

Sus labios se curvan en una sonrisa, pero está bordeada de acero, con el conocimiento de la sangre derramada y las decisiones tomadas en la oscuridad de la noche. —Sí, lo estamos.

Nuestra conversación deriva, las palabras entretejiendo nuestros miedos, repasando nuestros deseos como trazando patrones en un cristal empañado. Hay algo en hablar con Eliza que hace que el futuro parezca posible, aunque sea solo por un segundo.

—A veces me preocupa —confiesa, su voz apenas por encima de un susurro—, lo que se necesitaría para detenernos, para separarnos.

—Nada lo hará —digo con una certeza que me sorprende incluso a mí—. Somos demasiado tercos para dejar que algo se interponga en nuestro camino.

Su risa es triste, y me corta profundamente. —Probablemente eso es lo que dijeron mi madre y mi padre.

Extiendo la mano, colocando un mechón de cabello suelto detrás de su oreja. Su piel es suave bajo mi tacto, y me pregunto cómo alguien tan hermosa puede estar tan dispuesta a estar conmigo, a sangrar conmigo.

—Si te sirve de algo, no tengo amantes celosos esperando entre bastidores para acabar contigo. ¿Tú sí?

Sus ojos se abren, pero luego lo toma como estaba destinado y se ríe. —No. No creo. He sido muy reservada toda mi vida.

—Igual yo.

Eliza se reclina, sus ojos esmeralda parpadeando cuando suspira. —A veces esta vida puede ser asfixiante.

—La presión es una mierda.

—Exactamente. —Sus manos gesticulan como si estuviera sosteniendo el peso en sus palmas —. No puedo equivocarme, ni siquiera un poco. Papá me está preparando para hacerme cargo, pero es más que eso. Es como si tuviera que ser impecable, inquebrantable. No se trata de querer; se trata de no tener otra opción.

Sus palabras me golpean con fuerza, y asiento, sintiendo ese familiar nudo en el estómago. —Lo entiendo. Para mí, encontrar mi lugar, descubrir quién soy fuera de todo esto —hago un gesto con la mano alrededor de la habitación, abarcando la casa adosada que apesta a dinero viejo y deudas de sangre— es como tratar de leer un mapa sin nombres. Se supone que debo ser el tipo duro, ¿no? La nueva generación de la mafia. Pero ¿y si hay más en mí?

—¿Lo hay? —pregunta Eliza, con voz baja y desafiante.

—Tal vez —me encojo de hombros, con una media sonrisa jugando en mis labios—. Tal vez quiero ser alguien que no tenga que mirar por encima del hombro cada cinco segundos. Alguien que pueda amar ferozmente sin preocuparse por tener una diana en su espalda o en la de ella.

—Amar ferozmente, ¿eh? —Sonríe con suficiencia, y capto un destello de admiración. ¿O es un desafío?

—Absolutamente —me inclino más cerca, nuestras rodillas se rozan—. Alguien tiene que mostrarte cómo vivir un poco peligrosamente.

—Cuidado, Ollie —dice, pero su risa me dice que no está realmente enojada—. Podría tomarte la palabra.

—¿Lo prometes? —Mi voz es baja, provocadora, y casi puedo saborear el calor entre nosotros como si fuera algo vivo.

—Digamos —responde Eliza, su aliento cálido contra mi mejilla— que estoy abierta a la persuasión.

La atraigo hacia mí, mis brazos envolviendo su esbelta figura, sintiendo el calor de su cuerpo. La habitación está quieta, salvo por nuestra respiración, cargada con el peso de nuestras confesiones.

Su cuerpo se presiona contra el mío, sus curvas encajando conmigo como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Somos dos piezas de un rompecabezas que el mundo nunca quiso que encajaran, pero aquí estamos, creando nuestra propia imagen.

La miro, mirando fijamente esos ojos verdes que han visto demasiado. Ella es una Reina en este reino áspero que llamamos hogar, y yo soy uno de los hombres que está a su lado justo donde pertenezco.

—Sea lo que sea que nos espere ahí fuera —susurra Eliza, su voz firme a pesar del caos que siempre acecha—, lo golpearemos el doble de fuerte.

Asiento porque las palabras no son suficientes para expresar la tormenta dentro de mí: el orgullo, la protección, el hambre cruda por esta mujer que se ha convertido en mi todo.

—Lo tenemos controlado.

—Joder que sí, porque somos la hostia.

Riendo por su habilidad para tomar cada situación y hacerla más poderosa que dolorosa, presiono mis labios contra los suyos. Por mucho que quiera devorar su cuerpo, hacer que empape mi polla, ahora mismo, solo quiero que este beso nunca termine. Mis manos van a su pelo mientras ella se aferra a mi camisa, devolviendo lo que toma.

Su boca está caliente, su beso es feroz. Muerde mi labio, y siseo una respiración, cada parte de mí gritando por más. Nuestras lenguas se enredan con el tipo de hambre que solo viene cuando has probado algo prohibido, y estás desesperado por tu próxima dosis.

Me aparto lo justo para mirarla a los ojos de nuevo, para asegurarme de que sepa que esto no es solo sobre necesidad, es sobre deseo. Con ella, siempre son ambas cosas.

—Te amo, Eliza. Es una locura lo rápido que ha pasado, y a veces me pregunto si solo lo deseo demasiado, pero creo que es crudo y real. ¿Es demasiado para ti?

—No —responde con una sonrisa—. Lo entiendo. Siento lo mismo por ti. Es como si de alguna manera estuviera destinado a ser.

—El destino —murmuro contra sus labios.

—Un destino jodidamente retorcido —dice ella—. Yo también te amo. —Su expresión es seria, diciéndome cuánto le cuesta decir esas palabras, así que las tomo y las atesoro con cada parte retorcida de mi alma que es capaz de expresar estos sentimientos que no implican mutilar y matar.

—¿Tenemos que preocuparnos por Grenville? —pregunta Eliza de repente, apartándose, sus manos aún en mi pecho.

—¿Cuál de ellos?

—El que está en el puto jardín trasero —exclama, agarrando mi camisa con más fuerza.

—Ah, no estaba seguro si te referías a su padre. Pero no, tuvo un buen baño de lejía. Pronto desaparecerá.

—Joder —dice, recostándose—. No te andas con rodeos.

—En cuanto a su padre, está mortalmente aterrorizado de Rafe Carver. No hará ningún movimiento.

—Rafe. Supongo que es su padre que no me consideró digna de una presentación.

—Ese es su lenguaje del amor. En realidad, está impresionado y te quiere como a una nuera.

Ella estalla en carcajadas. —Mentiroso, pero lo acepto de todos modos.

—No necesitas impresionar a nadie, Eliza. Tu papel está dado, siempre lo estuvo.

—Tal vez, pero sería agradable para la mujer en mí tener esa validación de los padres.

—Bueno, los míos te adoran y no pueden esperar para conocerte.

Sonríe, y eso ilumina la habitación. —Yo tampoco puedo esperar para conocerlos.

—Estarán en la coronación.

Su rostro se llena de nervios pero lo disimula y lo acepta con entereza, como todo lo demás. —Mejor me aseguro de verme lo mejor posible entonces. Solo iba a presentarme con pantalones de combate y una camiseta.

Riendo con ella, tomo su mano y la beso. —No hay nada malo en ser fiel a quien eres.

—Gracias, Ollie —dice tímidamente de repente—. Has aligerado mi carga solo por estar aquí.

—Entonces mi trabajo está hecho.

Compartimos otra sonrisa mientras ella se acurruca contra mí, y aunque mi polla llora de frustración porque un buen polvo no está en las cartas, mi alma negra y desgarrada necesita esto más.

CAPÍTULO 26

ELIZA

Al caer la noche, me detengo en la entrada del Gran Salón de la Universidad Castle, con el corazón latiendo como el bajo en un club clandestino. Me tomo un segundo para calmarme, pasando mis manos por la tela de mi vestido. Es negro, elegante y fluido como tinta derramándose por los bordes de una página, abrazando mis curvas antes de caer suavemente al suelo. Los finos tirantes están más sueltos de lo que me gustaría, y el escote roza la parte superior de mis pechos, no tan ajustado como antes. He perdido algunos kilos desde que llegué aquí, pero no es sorprendente con comidas irregulares, poco sueño, mucho sexo y una lucha por mi vida cada dos días.

Qué tiempos tan divertidos.

Respirando profundamente, entro en el salón.

Está abarrotado, los cuerpos apretados, el zumbido de sus conversaciones llenando el aire. Tanto el personal como los estudiantes se giran para mirarme, con los ojos muy abiertos, los susurros volando rápidos y silenciosos como sombras. Puedo sentir sus miradas, cargadas de expectación, pesando sobre mis hombros más ligeramente que la corona que me espera en ese escenario.

Escaneo la multitud, mis agudos ojos verdes captando los sutiles cambios de postura, los apenas perceptibles asentimientos y señales con las manos que hablan mucho más que las palabras. Las alianzas brillan como cuchillos en la oscuridad; las rivalidades hierven a fuego lento, listas para estallar. Noto quién está con quién, quién evita el contacto visual, quién lleva sonrisas falsas. Todo es un juego, y conozco los movimientos de memoria.

Al encontrarme con la mirada de mi padre, sonrío, más emocionada de lo que las palabras pueden expresar por su presencia. No es que alguna vez lo dudara. Sé que no se lo perdería por nada del mundo. Esto es lo que él quiere para mí. Esta es la razón por la que estoy aquí.

Avanzo con mis tacones altos, cada paso medido, irradiando confianza por cada centímetro de mi ser. El mar de gente se aparta, y me dirijo directamente al centro del escenario. Este es mi momento, y estoy lista para reclamarlo.

Mi vestido negro fluye detrás de mí como una sombra que controlo. El suave crujido de la tela es casi ahogado por el murmullo de la multitud, su energía eléctrica y expectante. Levanto la barbilla, mis ojos buscando hasta que encuentran los cuatro pilares de mi imperio.

James, con su complexión esbelta y ojos afilados como cristal cortado, está a un paso de Oliver, cuyos anchos hombros son una silenciosa promesa de refugio. Está Raphael, ese brillo salvaje en su mirada habla de rebelión, y Tarquin, tranquilo y compuesto, sus rasgos aristocráticos en una máscara de serena autoridad. Juntos, son una fuerza, mis Reyes elegidos en este juego de poder.

Cruzo miradas con cada uno de ellos, dejando que una breve sonrisa juegue en mis labios. Es nuestra conversación silenciosa, donde novelas enteras se escriben en una sola mirada. Sus asentimientos de vuelta son sutiles, pero leo volúmenes en ellos: lealtad que podría eclipsar cualquier corona, feroz protección entretejida en sus posturas. Están listos para defender, para luchar, para amar. Y yo también.

Antes de que pueda moverme hacia ellos, el Vicerrector Peters se adelanta, dominando la sala con la facilidad que nace de años al timón. Su voz corta el murmullo, fuerte y clara.

—Damas y caballeros, esta noche somos testigos de la historia —comienza, su tono imbuido de la gravedad del momento—. La corona que espera a Eliza Hughes no es meramente un símbolo, es el legado de una dinastía que da forma al tejido de nuestra sociedad.

Las miradas se dirigen a mí y luego vuelven a él, pendientes de cada palabra que pinta una imagen de mi futuro reinado. Me mantengo erguida, sintiendo el peso de los siglos sobre mí, no como grilletes sino como una armadura forjada por el tiempo y templada en sangre.

—A través de la fuerza, la astucia y la determinación inquebrantable, la familia Hughes ha grabado su nombre en los anales de nuestro mundo. Hoy, ese legado se confía a una nueva generación, a una líder que no solo lo mantendrá, sino que lo redefinirá —continúa el Vicerrector Peters, su voz resonando en las paredes de piedra.

Siento el tirón de la historia, el llamado a levantarme y enfrentarlo de frente. Esto es más que una ceremonia; es la consagración de mi destino, y con mis cuatro Reyes a mis espaldas, estoy lista para dar un paso a la luz y reclamar el trono que me espera.

Todos los ojos en el salón están sobre mí, pero es la visión de la corona la que demanda mi atención.

Vice Chancellor Peters, una figura imponente incluso entre la élite del bajo mundo, se yergue ante mí. Sus ojos son agudos, su rostro marcado por los años que ha servido a Castle. Me uno a él en el escenario, levantando mi vestido mientras camino lentamente hacia él. El brillo en sus ojos es feroz, recordándome que no está de mi lado. Él amañó ese concurso de combate para sacarme, pero hasta ahora no he tenido tiempo de volver a pensarlo. Levanta la corona, y mientras se cierne sobre mi cabeza, el tiempo se ralentiza. Ya no soy solo Eliza Hughes; estoy a punto de convertirme en el emblema de un imperio construido sobre sombras y fuerza.

—Eliza Hughes —retumba la voz de Peters—, con esta corona, liderarás, protegerás y reinarás sobre esta antigua y élite universidad con la autoridad que te otorga la historia y el poder de las familias fundadoras.

El metal descansa sobre mi cabeza, frío y pesado, y resisto el impulso de mirar a mis cuatro Reyes.

Mientras la corona se asienta en su lugar, una transformación se enciende dentro de mí. Es más que un simple aro de oro; es una promesa, una carga, una declaración de que ahora soy, irrevocablemente, la Reina de este intrincado y peligroso mundo que habitamos.

El salón estalla, los aplausos retumban como una tormenta, algunos más entusiastas que otros mientras vitorean a la nueva Reina de Castle. Esta es mi coronación, mi momento, y lo aprovecharé con ambas manos porque en este mundo, este sangriento mundo mafioso, donde nunca se deja de mirar por encima del hombro, esto significa algo. Para los de fuera, será un momento tonto sin importancia, pero todos aquí saben que soy una fuerza con la que hay que contar. Todo el entrenamiento, todas las noches sin dormir, todas las reuniones, asesinatos, palizas —tanto dadas como recibidas— han valido la pena para estar aquí y que todos estos cabrones sepan que si se meten conmigo, caerán.

—¡Reina de Castle! —grita el Vicerrector por encima de los aplausos.

Intercambiamos una sonrisa rígida, casi fría. Sé que él es uno de los que están en mi contra pero no lo admitirá abiertamente, no ahora. Pero hay que vigilarlo. Es una víbora en esta guarida, y puede deslizarse entre las grietas sin ser visto ni notado por quién es.

El silencio se desliza después de los aplausos, denso y expectante. Escaneo el salón, mi mirada cortando a través de la multitud como una cuchilla. Están todos aquí: ladrones, ejecutores, líderes, seguidores, vestidos de gala, susurrando secretos en rincones sombreados. Esta es mi corte ahora, un nido de serpientes de juegos de poder y pecado.

Siento sus ojos sobre mí, sopesando, juzgando. Pero no soy ajena al escrutinio ni a la danza silenciosa de la dominación. Mis ojos son agudos y no se pierden nada, ni el leve asentimiento entre familias rivales ni el desdén apenas disimulado de un subordinado ambicioso. El aire es un enredo de alianzas y enemistades.

Papá se mantiene apartado del resto, su presencia una tormenta silenciosa. Nuestros ojos se encuentran a través de la sala, y por un momento, no hay nadie más aquí sino nosotros.

En su mirada hay orgullo, eso está claro. Su hija, erguida donde él una vez reinó. Pero también veo el acero de una advertencia brillando a través. Es una mirada que dice: "estate preparada". Porque él sabe mejor que nadie lo que se necesita para mantener una corona en nuestro mundo, y conoce el costo. La tristeza que lo invade solo es perceptible para mí, pero incluso entonces, desaparece antes de que pueda estar segura. Por mucho que amara a mi madre, secretos y todo, y cuánto la echo de menos, espero que mi padre pueda algún día superar su muerte y encontrar a alguien con quien estar. Tal vez ahora que Lila ha sido llevada ante la justicia mafiosa, pueda encontrar esa paz.

Papá inclina la cabeza, y yo sigo la línea con una ceja levantada. Él sabe lo que tengo que hacer.

Hago un gesto a Robert Gannon, extendiendo mi mano. Bajo las grandes arañas, mira por encima de su hombro y luego de vuelta a mí, una fuerza de la naturaleza de primer año. Nuestros ojos se encuentran, y hay un entendimiento tácito entre nosotros.

—Robert Gannon —mi voz resuena, firme y autoritaria—. Da un paso adelante.

Él navega por el laberinto de personas, las cabezas girando a su paso. Los susurros se enroscan a nuestro alrededor como humo, pero me mantengo firme, mi determinación una espada de acero desenvainada. Él está emparentado conmigo, lo sé. Su lealtad no está escrita en papel; está grabada en nuestros huesos.

—Eliza, ¿qué es esto? —murmura, con los ojos muy abiertos, un destello de incertidumbre cruzando sus facciones.

Lo interrumpo con una mano levantada. —Un juramento oficial, de familia a familia.

Sonríe lentamente, haciéndome saber que lo sabía todo el tiempo. Pequeño cabrón. —Lo sabes.

—Lo sé, y ahora todos los demás también lo saben.

—Vas a alborotar algunas plumas bastante grandes —murmura, colocando su mano sobre su corazón e inclinándose ligeramente.

—¿No es de eso de lo que se trata la vida?

—Lo es ahora. —Sonríe con suficiencia.

—¿Estás de acuerdo con eso?

—Joder, sí. Bienvenida a la familia.

—Gracias. Espero enorgullecernos a todos.

—Lo harás. Es un honor, Eliza. Puedes contar conmigo. —Se gira sobre sus talones y marcha fuera del escenario.

La multitud se agita, mares inquietos que se abren para un nuevo barco que zarpa bajo mi bandera. Se produce un revuelo, pero nadie me desafiará abiertamente, no mientras mi padre esté ahí de pie.

Pero entonces ese pensamiento me atrapa.

Claro, Damon Hughes despellejará a cualquiera que me mire de manera extraña, pero es más que eso. Saben que *yo* también lo haré, y finalmente me doy cuenta de que soy mi propio poder, separada de mi padre y mi madre.

La realización es como un puñetazo en el estómago, uno bueno. Es empoderante e intoxicante. He salido de sus sombras, y como mi propia entidad, soy jodidamente formidable.

Vuelvo mi atención al mar de rostros, desafiando a cualquiera a que me rete. Todos están en silencio, algunos sonriendo, otros no tanto. Mis cuatro Reyes, de pie juntos pero apartados del resto. Sus miradas se clavan en mí, cada par de ojos contando una historia diferente, y luego dan un paso adelante, y siento que la atmósfera en el salón cambia drásticamente.

CAPÍTULO 27

JAMES

Estamos al borde de un precipicio. Eliza se ha atado a la familia Gannon frente a todos, alto y claro para que todos los lados de nuestro turbio mundo lo escuchen. Se me revuelve el estómago. Entiendo por qué lo hizo; son su familia tanto como los Hughes, pero nos pone una gran diana a ella y a nosotros también como resultado. No es que me moleste ser un objetivo. Estoy acostumbrado a mirar por encima del hombro. Crecí en un estado constante de soledad y aislamiento porque mis padres no confiaban o no podían confiar en nadie.

—James, ¿estás bien? —Oliver me da un codazo, devolviéndome al presente.

—Siempre —miento, volviendo mi mirada a Eliza. Está radiante, peligrosa, intocable, pero sé que en el fondo ha activado un interruptor que nos pondrá en el punto de mira tarde o temprano. Pero eso es para otro día.

La mirada de Eliza atraviesa la multitud y se encuentra con la mía mientras los Reyes se acercan a ella. Sus ojos verdes, afilados como fragmentos de cristal, brillan con comprensión. Lo entiende; ve la inquietud en mi interior sobre el juramento a los Gannon. Reprimo las ganas de hablarlo y en su lugar le hago un gesto con la cabeza. Esta noche es para disfrutar del momento, no para airear preocupaciones.

No necesitamos palabras. Nuestro propósito está claro: Eliza, nuestra Reina, nuestra responsabilidad. Somos una unidad cuando subimos al escenario, cuatro pilares alrededor de Eliza. Su seguridad, su reinado, ahora depende de nosotros más que nunca.

Me acerco a Eliza. El Gran Salón está lleno de susurros, pero se desvanecen en la nada cuando me paro frente a ella.

Mi voz es fría como el hielo cuando hablo.

—Eliza Hughes, te juro mi lealtad. Ahora y siempre —mis palabras cortan el murmullo de la multitud, sin dejar lugar a dudas.

Raphael da un paso adelante.

—Mi lealtad es tuya —declara, su tono resuelto, una oscura promesa flotando en el aire.

Tarquin le sigue, sus ojos nunca dejando a Eliza.

—A ti, mi Reina, mi inquebrantable lealtad —dice, su tono feroz como si desafiara a alguien a hacer un movimiento.

Oliver es el último, cada una de sus palabras grabada con el fuego de su espíritu.

—Tu mandato es mi voluntad —afirma, el tono de peligro en su voz claro para todos los que escuchan.

Eliza nos sonríe a cada uno, sus ojos brillando con el conocimiento de nuestro vínculo compartido. Acercándose, sus labios se encuentran con los míos en un beso que sella mi juramento. Es rápido pero lleno de una promesa de pasión.

Se gira hacia Raphael, su beso con él es poder y oscuridad. Tarquin recibe un beso que habla de respeto mutuo, un reconocimiento silencioso de la fortaleza que hemos construido a su alrededor. El beso de Eliza a Oliver es feroz, rebosante de la intensidad que lo define.

Cada toque de sus labios es una marca, señalándonos como suyos frente a todos en Castle. Cuando se retira, su expresión es de amor y picardía que envía un oscuro escalofrío por mi piel. Está tramando algo, y no puedo esperar a escuchar qué es.

Alcanzándola, guío a Eliza por las escaleras del escenario, serpenteando entre grupos de personas, sus ojos siguiendo cada movimiento. Mis padres están cerca del lateral, con copas en la mano, a una distancia prudente del corazón de la fiesta.

—Mamá, papá —digo mientras nos acercamos—, esta es Eliza.

La cálida sonrisa de mi madre se ensancha al percibir la presencia de Eliza.

—Es un placer conocerte finalmente —dice, su tono genuino. Mi padre asiente en señal de saludo, con una mirada medida en sus ojos mientras la evalúa.

—Lo mismo digo —responde Eliza con esa fría confianza suya. Estrecha sus manos, su agarre firme—. Se han superado con este —Ella me guiña un ojo, y yo oculto mi sonrisa.

Mi madre sonríe al verlo.

—Oh, lo sé, pero gracias. Es agradable ser apreciada.

Mi padre permanece en silencio, su desconfianza hacia todo lo relacionado con los Hughes le impide ser más cálido. No es que sea muy amistoso, de todos modos. Es un asesino frío y brutal hasta la médula.

Oliver se mueve junto a Eliza, dedicando una sonrisa a mis padres con ese aire desenvuelto que solo él puede lograr, y toma su mano.

—Eliza —dice, girándola hacia la izquierda—, estos son mis padres. —La presenta, y ella repite los saludos de mis padres con un interés cortés.

Mientras ella entabla una conversación educada después de que la señora Sterling la abrazara tan fuerte que creí oír el crujido de una costilla, me vuelvo hacia Raph.

—¿Dónde están tus padres?

—Decidieron declinar —afirma Raphael fríamente.

—¿Hay alguna razón en particular por la que debamos preocuparnos?

—No, solo están haciendo una declaración que no pasará desapercibida. Es estrategia. Traerá rumores y conspiraciones directamente a la puerta de Eliza sobre por qué la desairó.

—Damon se va a volver loco —murmuro, escaneando el área en su busca, pero parece que se ha ido.

—¿Cuándo ha detenido eso a Rafe Carver de hacer algo?

—Además —añade Tarquin—, hay algo raro pasando entre él y nuestra madre.

—¡Tarq! —le ladra Raph con una mirada tan feroz que podría quemarle la piel.

—¿Qué? —dice encogiéndose de hombros—. Es así. Vale la pena mencionarlo en caso de que esto no sea una gran conspiración para joder a Eliza.

—¿Raro en qué sentido? —pregunto con el ceño fruncido.

—Problemas en el paraíso —murmura Raphael, volviendo su mirada hacia Eliza. Frunce el ceño mientras mira por encima del hombro de ella.

Al girarme, lo veo también y doy un paso adelante entre ella y el camarero que lleva una bandeja de copas llenas de champán, que se ha dirigido directamente hacia ella.

—Ella no bebe —afirmo, con los brazos cruzados.

Me da un encogimiento de hombros y sigue adelante. Tal vez estaba alterado, tal vez no, pero no podemos ser demasiado cuidadosos. No esta noche. Es el momento perfecto para que alguien

haga su movimiento contra ella y contra nosotros.

Después de más charla trivial con los padres, se despiden mientras ellos y el personal comienzan a marcharse.

—Necesitamos hablar —murmura mi padre al pasar junto a mí de camino a la salida.

Le doy un rápido asentimiento, sin preocuparme por ello. Tiene preguntas, pero yo tengo respuestas, así que es un asunto para otro momento.

El Gran Salón se transforma, la energía cambia a la de una fiesta universitaria que casi hace volar el techo del antiguo edificio cuando suben el volumen de la música.

Un grupo de chicos de nuestra clase se agrupa junto al bar, sirviendo chupitos. Las chicas bailan, sus risas mezclándose con el ritmo de la música.

Las yemas de los dedos de Eliza rozan mi brazo, ligeras como una pluma pero suficientes para arrastrar mi atención lejos de la multitud. Me giro hacia ella, y me da *esa* mirada. Es amor, feroz y suave a la vez, con una sombra que me dice que sabe exactamente a qué tipo de mundo nos enfrentamos. Es fascinante, esta chica que domina la sala con solo estar quieta.

Eliza se desliza junto a nosotros mientras nos apartamos de la ruidosa multitud, Reina de los condenados y los queridos. No vacila, no se estremece. Si acaso, se mantiene más alta y poderosa que nunca. Me veo atrapado en su órbita de nuevo, voluntariamente cautivado.

El ritmo de la música se intensifica, retumbando a través del Gran Salón, coincidiendo con el latido de mi propio pulso. Puede que estemos celebrando ahora, pero los problemas siempre tienen una manera de encontrarnos, especialmente cuando menos lo esperamos. Miro a Eliza, rodeada de admiradores, presidiendo como la verdadera potencia que es.

Imogen la agarra de la mano y se la lleva con Raph y Tarq siguiéndolas de cerca. Me siento y observo el panorama general mientras Oliver se mueve hacia los lados para hacer lo mismo.

La risa de Eliza corta a través del ruido, aguda y brillante, pero aún está en guardia. Somos una unidad compacta, nosotros cuatro, unidos entre nosotros y a ella. Siempre estoy vigilando, siempre listo. Es lo que hago, lo que tengo que hacer porque ahí fuera, más allá de las doradas paredes de este salón, acechan los enemigos, esperando la oportunidad de atacar. El guardián entre los Reyes, silencioso en mi vigilancia. Es definitivamente donde prefiero estar. Dejo que mi mirada se detenga en cada uno de ellos, tranquilizado por su presencia y su inquebrantable fuerza.

Al cruzar la mirada con Eliza a través de la sala, todo lo demás desaparece. Solo está ella, la encarnación de todo lo que representamos, todo por lo que lucharemos. En su risa, en su presencia dominante, veo el futuro de nuestro imperio: una llama ardiendo brillante contra la oscuridad que todos conocemos demasiado bien, y que me condenen si dejo que algo la apague.

CAPÍTULO 28

ELIZA

Demasiado acalorada y sobreestimulada por la música estridente y los gritos de la fiesta, me escabullo del Gran Salón, dejando que la puerta se cierre suavemente detrás de mí. El ruido de las celebraciones de la coronación se desvanece en un murmullo distante, reemplazado por el aire fresco de la noche que roza mi piel. Por un momento, simplemente respiro, dejando que el silencio se asiente a mi alrededor como un manto.

Les dije a los chicos que iba al baño de damas, y lo hice para escapar de las celebraciones por unos minutos, pero luego vi la puerta lateral y decidí que esto era mejor. Saldrán en breve, no tengo duda, para buscarme, pero por ahora, me apoyo contra la pared fría y me relajo.

Frunciendo el ceño, veo al Vicerrector Peters a unos metros de distancia. Está solo, con las manos cruzadas detrás de la espalda mientras mira fijamente a la luna, pareciendo la viva imagen de un hombre perdido en pensamientos estratégicos. Pero yo sé que no es así.

Su cabeza gira y nuestros ojos se encuentran. Una sonrisa maliciosa se arrastra por su rostro, lenta y conocedora. Es como si tuviera un secreto, algo perverso e implacable, y todo tiene que ver conmigo. Se me eriza la piel.

—Eliza —dice con demasiada suavidad.

—Vicerrector —mantengo mi voz neutral. Respetuosa, pero no cálida. No puedo mostrar debilidad, ni siquiera un atisbo.

Peters da un paso más cerca; es deliberado, una invasión. Sus ojos tienen un toque de malicia que no pasa desapercibido. —¿Disfrutando de las festividades?

—Necesitaba aire —breve y al grano, no le daré nada que pueda tergiversar.

—Por supuesto, el aire fresco es vigorizante —la forma en que me mira es como si me estuviera midiendo para un ataúd.

—Hmm.

Se acerca aún más, lo suficiente como para que pueda oler el leve aroma de su colonia, algo caro y penetrante. Su mirada se detiene en mi rostro, luego baja, un desafío silencioso. No me muevo, no me estremezco. Si quiere intimidación, ha elegido a la chica equivocada.

—Simplemente observando —dice finalmente, con voz ligera, pero no hay nada simple en el Vicerrector Peters. Todo tiene un propósito. Su sonrisa se ensancha un poco más.

Cuadro mis hombros mientras Peters se cierne sobre mí, tratando de intimidarme, pero no retrocedo. Mantengo su mirada, firme, sin parpadear. Quiere miedo, pero no soy una niña asustada: soy una Hughes, por el amor de Dios. ¿Es que no sabe nada de mí?

—Eliza —comienza, con la voz cargada de ese desdén que he llegado a esperar—. Tienes la vena salvaje de tu madre: imprudente y peligrosa. Ella no trajo más que caos a la Universidad Castle —se inclina lentamente, demasiado cerca—. ¿Crees que puedes llenar sus zapatos?

¿Dirigir el imperio que ella manchó? Nunca te apoyaré.

—Bueno, eso quedó bastante claro en el concurso de combate cuando intentó que me mataran.

Retrocede, con los ojos entrecerrados. —¿Matarte? Oh, no, nunca haría tal amenaza. Golpearte, tal vez. Bajarte los humos un poco.

—Bueno, parece que no me conoce tan bien como cree, así que si eso es todo... —lo mantengo frío, casual, como si fuera un tipo molesto en un bar, no un hombre con suficiente influencia para hacer mi vida difícil.

Su mirada de suficiencia, plasmada en su rostro, es como si ya hubiera ganado. Pero mientras los engranajes en mi mente giran, piezas de un rompecabezas que ni siquiera había considerado comienzan a encajar. Entrecierro los ojos, no por ira, sino porque ahora lo veo: la vendetta personal que se esconde detrás de cada uno de sus movimientos calculados. El Vicerrector Roger Peters nunca me vio como Eliza Hughes; yo era solo la hija de la mujer que debió haberlo atormentado, retorcido por dentro. Casi puedo saborear la amargura entrelazada en cada una de sus intenciones hacia mí ahora.

El pensamiento se desliza por mi mente, y me pregunto si hay algo más en este odio, algo más profundo, algo perdido. ¿Estaba enamorado de ella? La idea es casi risible: él, enamorado, y mi madre eligiendo a mi padre sobre su amargado trasero. Eso explicaría el resentimiento que se pudre en sus ojos, el tipo que no muere sino que crece y se deforma en algo feo.

Quiero preguntarle, pero eso disminuiría mi poder y le haría saber que conozco por qué está en mi contra. No, prefiero mantener eso como un pequeño secreto. Peters quiere que fracase, no por lo que yo pudiera hacer, sino por una sombra del pasado, un fantasma que se parece a mí, habla como yo, pero nunca será yo.

La amenaza que emana de él en oleadas hace que mi mano sienta comezón por Flick, atada a mi muslo derecho bajo este vestido suelto. Pero un destello de movimiento capta mi atención, y sé sin mirar que mis chicos están aquí.

No dicen una palabra, pero no necesitan hacerlo. Su sola presencia habla por sí misma, un muro de solidaridad contra lo que sea que Peters crea que puede lanzarme. El aire está cargado de tensión, como el momento antes de que estalle una tormenta, electrizado y esperando una chispa.

—Parece que tu pequeña fiesta ha llegado —se burla Peters. Sabe que está en desventaja numérica, superado en fuerza y número, pero sigue siendo el Vicerrector aquí, y eso significa algo incluso para nosotros.

—Nunca nos fuimos —afirma Raph, ignorándome, lo que me indica lo enfadado que está. Pero qué diablos. No soy una idiota que necesita que la salven a cada segundo. Podría derribar a Peters con los ojos cerrados, y él lo sabe. Sin embargo, eso sería motivo de expulsión, y no hay ninguna posibilidad de que renuncie a esto ahora que es mío. Él lo sabe. Yo lo sé, y los chicos lo saben. Así que permanecemos en un estado de jaque, pero eso me parece bien.

Peters nos fulmina con la mirada, el enfrentamiento llegando a su punto de ebullición mientras considera sus opciones. Golpear a los estudiantes, incluso si pueden patearte el trasero, se considera de mal gusto, y bueno, él sabe que mi padre iría por su sangre si me pusiera un dedo encima. Así que da un paso atrás, una retirada calculada, sabiendo que ya ha perdido esta ronda.

—Buenas noches, Eliza —De alguna manera, hace que esas dos simples palabras suenen amenazantes.

Mientras desaparece en las sombras, me giro para enfrentar a James, Oliver, Tarquin y Raphael. Todos me miran, con el fastidio grabado en sus rostros serios, pero sacudo la cabeza

ligeramente, diciéndoles sin palabras que no estoy preocupada por Peters.

—No vuelvas a hacer eso —murmura Raph.

—¿Qué?

—Irte sin avisarnos —explica James.

—No me fui, salí a tomar aire.

—Aire o no, deberías habernos avisado —Las palabras de Raphael son un gruñido, su cuerpo un resorte tenso listo para defender.

—Está bien, está bien, lo entiendo —cedo, acercándome a ellos, dejando un rastro de besos rápidos y suaves en sus mejillas—. Siento haberlos preocupado, pero se está poniendo un poco intenso ahí dentro.

—De acuerdo —murmura James mientras Oliver asiente.

—¿Incluso para ti? —le pregunto con una risa, sus ojos grises iluminándose.

—No soy un gran fan de las multitudes. Me ponen nervioso, y odio estar nervioso. Me gusta estar tranquilo.

—Igual —murmuro, con los ojos fijos en sus labios, lo que desata una energía sexual que rebota entre nosotros.

Raphael me rodea la cintura con un brazo, su cuerpo duro presionado contra el mío. Sisea suavemente cuando me giro y lo rodeo con mis brazos.

—Lo sabía —le espeto, pinchándole el pecho—. Es peor de lo que aparentas.

—Estoy bien —dice entre dientes—. No me va a frenar.

—Sí, lo sé, y eso es lo que me preocupa —digo, casi regañándolo.

—Y así es como me sentí cuando supe que estabas herida.

—Bueno, vaya, cuando lo pones así —Pongo los ojos en blanco, y él sonríe con suficiencia —. Te dejaré en paz, pero si te veo hacer una mueca o sisear de nuevo, te dejo fuera.

—No puedes dejarme fuera —dice, con un toque de peligro que envía chispas de oscura lujuria por mis nervios.

—¿Quieres apostar?

Da un paso más cerca, atrapándome entre su cuerpo y la fría pared de piedra. —¿Quieres intentarlo? —me provoca, con voz baja y ronca.

Nuestros ojos se encuentran, el desafío claro entre nosotros, y puedo sentir mi corazón latiendo salvajemente. Tarquin nos observa con una sonrisa divertida. La expresión de James es indescifrable pero intensa, y Oliver tiene esa mirada en sus ojos, la que me dice que está listo para saltar a la menor oportunidad.

El aire nocturno es fresco, pero el fuego que Raphael aviva en mi alma eclipsa cualquier frío. Sus dedos se enredan en mi vestido y suben poco a poco. Me inclino hacia él, nuestros labios flotando a centímetros de distancia: una invitación, una promesa.

—Cuidado —susurro, sin aliento por la anticipación—. Estás jugando con fuego.

La sonrisa de Raphael se ensancha. —Sabes que puedo manejar el calor —responde antes de cerrar la distancia entre nosotros.

Sus labios son firmes contra los míos mientras el beso se profundiza, hambriento y lleno de tensión contenida. James se aclara la garganta ruidosamente, un recordatorio de que no estamos solos. Alejándose ligeramente, la mano de Raphael permanece en mi muslo. Sus ojos aún fijos en los míos.

En momentos como estos, el mundo fuera de nuestro círculo se desvanece: solo somos yo y mis hombres.

—Salgamos de aquí —sugiere Oliver casualmente.

—Tengo una mejor idea —murmuro y me escabullo del agarre de Raph, caminando hacia el patio, esperando completamente que me alcancen.

Y lo hacen.

CAPÍTULO 29

ELIZA

Cuando los cinco estamos reunidos al otro lado del patio, en el extremo más alejado de la Gran Sala, me quito los tacones altos, perdiendo unos centímetros entre estos hombres altos construidos para luchar, para matar.

—Esta noche vamos a jugar un pequeño juego. Quiero que me persigan —digo, mirando a cada uno de ellos—. Ustedes me cazan, me atrapan, me atan y me fuerzan. Tienen mi consentimiento para violarme. —Las palabras quedan suspendidas en el aire, una promesa oscura que todos sentimos. Es un juego peligroso el que estamos jugando, pero con estos hombres, mis amantes de confianza, lo quiero, lo necesito. Al escuchar la brusca inhalación de James y la mirada sorprendentemente ardiente de Oliver, veo cómo se enciende la emoción en los ojos de los gemelos, la forma en que sus cuerpos se tensan, listos para la cacería. Lo necesitan tanto como yo.

—¿Estás segura de esto, Eliza? —pregunta James, con voz baja. Hay un dejo de preocupación allí, pero es anulado por el deseo que veo ardiendo en su mirada.

—Estoy segura. —Necesita escucharlo, y estoy feliz de dárselo. Tienen mi consentimiento, y ahora quiero que actúen.

Los chicos intercambian miradas. Su comunicación silenciosa habla por sí sola mientras se preparan para sumergirse en la oscuridad conmigo. Sus ojos se clavan en los míos, intensos, inflexibles, mientras doy un paso atrás, señalando el comienzo de nuestro retorcido juego.

James se adelanta, dejando caer su chaqueta sobre mis zapatos y arremangándose meticulosamente la camisa blanca. —Tienes treinta segundos de ventaja. Corre.

Sus palabras envían una punzada de miedo a mi sangre, y sin decir nada más, me doy la vuelta y salgo corriendo, lista para llevarlos a una persecución salvaje bajo el cielo iluminado por la luna.

Recogiendo mi vestido, dejo atrás a los chicos, con poder en cada paso mientras me dirijo al borde del campus, que limita con una pequeña zona boscosa que será perfecta para nuestro juego. El pulso de la emoción golpea a través de mí, crudo y salvaje. La hierba fría bajo mis pies descalzos me envía una sacudida, pero no es nada comparado con la adrenalina en mis venas.

Frente a mí, la noche se extiende como una promesa, oscura y llena de secretos.

—Dispérsense y acorrállenla —oigo gritar a James detrás de mí, su voz llevada por la quietud de la fría noche.

Hace que se me ericen los pezones, y me muerdo el labio, corriendo más rápido.

Una rápida mirada por encima del hombro lo confirma. James, Oliver, Tarquin y Raphael se mueven con determinación, sus ojos clavados en mí. Son depredadores en trajes de diseñador, su hambre apenas contenida. Cada paso que dan es medido y calculado, lo opuesto a mi prisa.

—Lista o no —susurro a la noche, una invitación suspendida entre nosotros, no dicha pero entendida. Cada respiración se siente como fuego, y me impulso más rápido, decidida a estirar este momento, a hacerles sentir cada segundo de la cacería.

Al entrar en el bosque, los árboles se cierran a mi alrededor, oscuros y susurrando secretos. El aire frío acaricia mi piel. La luz de la luna se filtra entre las hojas, pintando patrones fantasmales en el suelo del bosque. Estoy viva de maneras que solo la oscuridad y el peligro pueden despertar.

Cruzando hacia las sombras, la emoción de lo desconocido por delante me impulsa hacia adelante. Los hombres no revelarán sus posiciones en absoluto. Me tomarán completamente por sorpresa, y eso es lo que quiero. Quiero sentir el miedo. Quiero que cacen, que conquisten; necesito que cumplan la fantasía que ha ardido en mí desde que James y yo exploramos su fantasía oscura.

El aroma de la tierra y lo salvaje llena mis pulmones mientras me adentro más en el bosque, el mundo se reduce a este emocionante juego de persecución.

El bosque se vuelve más denso, el camino más desigual, pero no disminuyo la velocidad. Las ramas se enganchan en mi pelo, las ramitas se quiebran bajo mis pies; este no es lugar para la vacilación. No quiero que me encuentren esperándolos. No, quiero que me atrapen mientras corro y me obliguen a someterme.

Mientras me escabullo entre los árboles, la adrenalina surge como un rayo por mi sangre. Este es el límite por el que vivo, donde el control se tambalea y se desvanece, dejando solo el deseo crudo e indómito. Con cada paso, mi cuerpo vibra con la necesidad de ser capturada, reclamada, abrumada por la pura fuerza de su fortaleza.

Mis pies descalzos son ágiles sobre la tierra fría y húmeda, cada músculo de mi cuerpo tenso y listo. Los chicos no se ven ni se oyen por ninguna parte.

El bosque está vivo con los sonidos de la noche. Me esfuerzo más, esquivando ramas bajas, mi cabello ondeando detrás de mí como una bandera de desafío.

Mi corazón no solo late rápido, truena mientras navego por una cresta estrecha, la tierra suelta bajo mis pies. Las hojas crujen bajo mis pies descalzos mientras me abro paso entre el denso follaje, las ramas agarrando mi cabello como dedos de fantasmas, rasgando mi piel hasta hacerme sangrar. La emoción me atraviesa, un cable vivo directamente conectado a mi pulso acelerado.

Mi pie se engancha en una raíz, y tropiezo, maldiciendo en voz baja. Por un fugaz momento, siento que lo he hecho demasiado fácil, pero no, recupero el equilibrio y sigo adelante. El pensamiento de sus manos sobre mí, reclamándome después de esta persecución, añade combustible a mi huida.

Estoy jadeando ahora, cada respiración un remolino de miedo y excitación mientras me adentro más en el abrazo del bosque, su patio de juegos tanto como el mío.

El suelo se eleva bruscamente bajo mis pies, una pendiente que exige fuerza de mis muslos ya ardientes. La escalo temerariamente, sintiéndome más viva con cada paso que me acerca a lo inevitable. Mis pulmones luchan por aire, pero no hay rendición en mí, no ahora, no nunca, especialmente cuando se trata de ellos y del placer que sé que me arrancarán.

CAPÍTULO 30

ELIZA

Corriendo a toda velocidad por el bosque, con los pulmones ardiendo, las piernas presionando con fuerza contra la tierra, cada respiración es una batalla, pero sigo adelante. El sudor gotea por mi rostro y mi corazón late como si intentara liberarse.

Los chicos están ahí fuera, pero son tremendamente escurridizos. Han preparado esta trampa, un juego del gato y el ratón en el que yo soy el ratón, pero no se lo pondré fácil, no ahora, no cuando me han enseñado a evadir y sobrevivir.

El bosque es espeso, y las hojas crujen bajo mis pies mientras esquivo ramas bajas. Esta es nuestra versión retorcida del escondite, pero las apuestas son más altas y el juego más peligroso.

Mi sangre se dispara de nuevo, una ráfaga que me dice que estoy viva y que tengo el control.

Mi vestido es un desastre, desgarrado por donde se ha enganchado en las zarzas. No es nada comparado con la tierra que mancha mis pies, marcas de lo lejos que he llegado esta noche, de la sangre en mis brazos por los arañazos. Los ecos de las lecciones de mi infancia resuenan en mi mente: nunca muestres debilidad, mantente siempre alerta. No puedo permitirme errores, no cuando James, Oliver, Tarquin y Raphael son maestros en explotarlos.

Mirando por encima del hombro, busco alguna señal de ellos, pero no hay nada. Solo árboles interminables y una oscuridad que parece engullirlo todo. Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica.

Un pequeño claro entre los árboles llama mi atención, un rayo de luz de luna que me llama como un faro. Sin dudarlo, me desvío del camino trillado y me lanzo hacia el claro. La espesa maleza intenta frenarme, pero me abro paso, las ramas azotan mi piel, dejando nuevos arañazos que escuecen con cada zancada.

Irrumpo en el espacio abierto, con los pulmones gritando por aire, y me obligo a reducir la velocidad por un momento. Mi pecho se agita mientras me inclino, con las manos presionando contra mis rodillas. ¿Dónde están? Este silencio no es normal. Son astutos, claro, pero este silencio es inquietante. Agudizo el oído en busca de alguna señal de ellos, pero no hay nada. Ni crujido de hojas, ni susurro de movimiento. Solo mi propia respiración entrecortada que poco a poco se va calmando.

—Mierda.

La luna me baña aquí, proyectando sombras siniestras en el suelo. Es lo suficientemente brillante como para que, si están observando, me vean. Necesito moverme. Pero me tomo otro segundo, solo uno más, para dejar que mi respiración se normalice.

Mi pecho sube y baja en un ritmo constante, el aire frío llenando mis pulmones. Me enderezo, girando los hombros para sacudirme la tensión acumulada por la carrera. El claro se siente como un santuario por un momento: sereno, intacto. Pero todo es parte del juego, ¿no?

Parte de la emoción.

Dejo escapar un suspiro lento, uno que lleva consigo el peso de mi legado. Para esto estoy hecha. El peligro, la estrategia, la adrenalina... están en mi sangre tanto como en cualquier Hughes antes que yo. En algún lugar ahí fuera, James, Oliver, Tarquin y Raphael están esperando, planeando su próximo movimiento. Estoy lista para lo que sea que me lancen.

Una rama se quiebra en algún lugar en la oscuridad, un sonido sutil que cualquiera que no estuviera alerta habría pasado por alto. Mi cabeza gira, escudriñando la línea de árboles. Nada más que sombras jugando a engañarme a la luz de la luna, o eso parece. Una sonrisa tira de la comisura de mis labios. Están cerca y delatando el juego. El hormigueo en la nuca que me dice que me están observando nunca miente. Me dice que están aquí, acechando justo fuera de mi vista, listos para atacar.

Doy un paso silencioso hacia adelante, mis pies descalzos presionando la tierra fría, cada terminación nerviosa encendida por la anticipación.

De repente, sin previo aviso, mis brazos son tirados hacia atrás, la sorpresa del plástico frío mordiendo mi piel mientras las bridas se aprietan alrededor de mis muñecas en un cierre demasiado apretado. Una risa burbujea en mi garganta. Me retuerzo ligeramente, tratando de ver cuál de mis hombres finalmente me ha alcanzado, pero es inútil; me están sujetando con firmeza.

Lucho, manteniéndome en el juego, lista para gritar y agitarme y patear.

El agarre sobre mí no cede; se aprieta, y abro la boca para gritar. Una mano la cubre, envuelta en un pesado guante negro. El silencio se extiende un instante demasiado largo, y un frío hilo de confusión comienza a abrirse paso en mi pecho mientras me retuerzo. El aire nocturno parece más frío ahora, la oscuridad más absoluta.

Algo no está bien.

Estiro el cuello, luchando contra el agarre apretado, y es entonces cuando veo un rostro enmascarado. Es la muerte encarnada, y el sobresalto en mi sangre se enciende.

El pánico me atrapa, golpeando mi pecho como un martillo. Mi respiración se entrecorta mientras intento procesar lo que está sucediendo. Esto no es el juego. El sudor gotea en mis ojos, picando y nublando mi visión. La brida de plástico se clava en mi piel, demasiado apretada, implacable. Lucho contra el agarre de hierro del hombre que me tiene, pero es inútil.

—¿Quién eres? —exijo cuando quita su mano de mi boca.

Ninguna respuesta viene de la figura enmascarada, solo el sonido de mi propia respiración pesada. Estoy atrapada, pero no por uno de mis chicos.

—Carnada —dice finalmente.

Escaneo el claro frenéticamente, esperando captar un vistazo de uno de mis chicos, pero no hay nada, ninguna señal de ellos, solo sombras y la escalofriante realización de que estoy completamente sola.

El pavor se asienta en mi estómago, frío y pesado. He caído en una trampa, o la trampa me persiguió, y lo que venga después, sé que no será bueno. El agarre del extraño sobre mí es un mensaje claro: ya no tengo el control. Mi mundo, donde siempre he tenido el poder, se ha volteado de cabeza en un instante.

—Suéltame —escupo, pero mi voz tiembla, traicionando el terror que trepa por mi garganta. No puedo permitirme mostrar debilidad, no ahora, nunca. Pero mientras los segundos pasan, con solo el bosque silencioso y este siniestro captor por compañía, no puedo evitarlo. El miedo me tiene en su agarre, y por primera vez en mi vida, no sé si puedo liberarme.

—Eso no va a suceder —comenta el hombre enmascarado, su voz monótona y para nada amenazante.

Pero es familiar.

Frunciendo el ceño mientras lucho, preguntándome qué está haciendo, pregunto:

—¿Profesor Franks?

Su voz, casi tímida y tranquila, es una que puedo escuchar hablando sobre Historia Medieval como si fuera su pasión.

—¿Qué quieres? —pregunto mientras me arrastra un poco hacia un arbusto—. Más te vale ser rápido porque los chicos vienen, y te matarán donde estés si no me libero de esto primero.

—No vas a ir a ninguna parte —murmura, y entonces siento un pinchazo en mi cuello.

—Ay —siseo, luego—: ¡Mierda! —rujo tan fuerte, preguntándome dónde diablos están los chicos—. ¡Ayuda!

Mi grito de auxilio es lamentable, y me doy cuenta de que todo lo que esto hará es hacer que los chicos, que aparentemente se separaron, piensen que todavía estoy jugando el juego, y que uno de los otros me atrapó.

La mano de Franks va debajo de mi vestido, y me retuerzo ferozmente.

—¡Oye! —exclamo, pero todo lo que hace es agarrar a Flick y sacarla de su funda—. ¡No toques eso, maldito!

Mi voz se quiebra, y mi cabeza da vueltas.

Mis rodillas flaquean, pero Franks me sostiene y luego me gira para enfrentarlo. Esa máscara es espeluznante como la mierda, deformada y teatral, negra y cubriendo la cara de Franks completamente, excepto por dos ranuras donde están sus ojos.

—Vas a pagar por esto, imbécil —gruño, pero mi voz no es más que un susurro. Mi cabeza da vueltas, y él me levanta, echándome sobre su hombro como un saco de patatas.

—Ayuda —jadeo—. Ayuda.

Pero es inútil. Franks avanza a zancadas por el bosque, mis ojos cerrándose por voluntad propia, y mi mundo se vuelve negro mientras soy secuestrada, impotente para detenerlo.

Continúa con Gambit, Libro 2 Gambit

Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo: Eve Newton's Books & Readers

Únete a mi boletín para noticias exclusivas, sorteos y concursos: Eve Newton's News

También de Eve Newton

https://evenewton.com